

El análisis de la realidad social

Métodos y técnicas de investigación

Compilación de
Manuel García Ferrando, Jesús Ibáñez y Francisco Alvira

Alianza
Editorial

BIBLIOTECA - FLACSO - E C
Fecha: 24 - oct - 2002
C.: 51.07
Pr.: Alianza Editorial
C.:
D.: Fondo de Solidaridad



- © de la compilación: Manuel García Ferrando, Jesús Ibáñez y Francisco Alvira
- © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1986
- Calle Milán, 38; 28043 Madrid; teléf. 200 00 45
- I.S.B.N.: 84-206-8105-9
- Depósito legal: M. 24.449-1986
- Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
- Impreso en Hijos de E. Minuesa, S. L. Ronda de Toledo, 24. 28005 Madrid
- Printed in Spain

INDICE

Introducción	9
--------------------	---

PRIMERA PARTE. EL DISEÑO DE LA INVESTIGACION SOCIAL

I.1. <i>Cuestiones previas acerca de la ciencia de la realidad social.</i> Miguel Beltrán	17
I.2. <i>Perspectivas de la investigación social: el diseño en la perspectiva estructural.</i> Jesús Ibáñez	31
I.3. <i>Diseños de investigación social: criterios operativos.</i> Francisco Alvira	67

SEGUNDA PARTE. LA OBTENCION DE DATOS

II.1. <i>La observación científica y la obtención de datos sociológicos.</i> Manuel García Ferrando y Ricardo San Martín	95
II.2. <i>La encuesta.</i> Manuel García Ferrando	123
II.3. <i>La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta y la discusión de grupo.</i> Alfonso Ortí	153
II.4. <i>Documentos personales: historias de vida.</i> Bernabé Sarabia ...	187
II.5. <i>Medir en las ciencias sociales.</i> Pedro González Blasco	209
II.6. <i>La muestra: teoría y aplicación.</i> Jacinto Rodríguez Osuna	269

que del objeto de la perspectiva adoptada que precisamente configurará el objeto de estudio. La adopción de una perspectiva concreta depende del nivel a que se sitúe el investigador en el despliegue del saber/conocimiento; la realidad que se puede conocer adoptando la perspectiva distributiva es una realidad aparente y en cierto modo engañosa: es una realidad que es o puede que sea; la perspectiva estructural permite llegar más al fondo de esta realidad buscando aquello no aparente y básico de la misma y la perspectiva dialéctica posibilita trascender la realidad puesto que permite cambiarla.

En este sentido Jesús Ibáñez parece adoptar la idea de que la sociedad humana —y, por tanto, el hombre— son infinitamente moldeables y transformables.

El último capítulo se centra en la exposición de diseños de investigación específicos y de los criterios básicos para evaluarlos. F. Alvira retoma el argumento inicial de M. Beltrán planteándolo al nivel del proyecto de investigación: los objetivos de una investigación condicionan el tipo de diseño más adecuado y qué criterios utilizar para llevarlo a cabo.

Después de una incursión por diferentes tipos de objetivos de investigación, F. Alvira se centra en criterios de evaluación de diseños y en la exposición de diferentes diseños no utilizados más frecuentemente, todo ello dentro de la tesis argumental de que los objetivos investigadores condicionan el tipo de diseño necesario, es decir, el tipo de diseño más adecuado.

CUESTIONES PREVIAS ACERCA DE LA CIENCIA DE LA REALIDAD SOCIAL

Miguel Beltrán

I

La Sociología es la ciencia que estudia la realidad social. Por extraño que parezca, echar por delante una definición tan *naïve* como la indicada puede tener sus ventajas. Y seguramente la primera es destacar por contraste la extrema problematicidad de este saber al que llamamos Sociología, tanto en lo que se refiere a su condición de saber, de ciencia propiamente dicha, como al objeto sobre el que tal saber versa, la realidad social. Bueno será recordar que los problemas que caracterizan al estatuto científico de la Sociología no son en modo alguno exclusivos de ella, sino que en mayor o menor medida afectan a todas las ciencias sociales, por más que sea en la Sociología donde se manifiestan quizás con más acritud. Y habrá que decir también que aunque todas las ciencias sociales (o, si se prefiere, las distintas disciplinas que comprenden) mantengan un nivel de disputa más o menos alto en relación con la identificación de su objeto, ninguna como la Sociología, que ofrece en su seno soluciones para todos los gustos, hasta el punto de que no existe nada que pueda con propiedad ser llamado *la* tradición sociológica. Discutir, pues, sobre la Sociología y sobre sus métodos no es, en modo alguno, empeño banal, pues la problematicidad radical de tales cuestiones pone precisamente de relieve las características epistemológicas y metodológicas más importantes de nuestra disciplina y, eventualmente, posibles vías de solución para sus querellas.

En mi libro *Ciencia y Sociología* (1979) me he comprometido con una serie de posiciones que están en el centro de la discusión acerca de la condición científica de la Sociología. Allí he sostenido que, en mi opinión, la Sociología no ha de tomar como modelo a las ciencias físico-naturales: las ciencias sociales son, efectivamente, ciencias, pero de diferente manera en que lo son «las otras», las ciencias por antonomasia. La orientación positivista, incluso atenuada, que trata por todos los medios de asimilar la Sociología a esas otras ciencias, explicando

quizás que *todavía* no ha alcanzado el nivel necesario para codearse con ellas en plano de igualdad, estimo que debe ser firmemente rechazada.

Pues bien, si el modelo para la Sociología no ha de buscarse en las ciencias de la naturaleza, varias cuestiones de empecinada presencia en la literatura teórica pueden ser replanteadas de modo menos compulsivo: la primera, el tema de los valores. Puede reconocerse así que la construcción de una ciencia social exenta de valoraciones es imposible, lo que no implica que la ciencia social sea imposible. Se tratará en todo caso de una ciencia en que los valores del estudioso están presentes, expresa o tácitamente, consciente o inconscientemente (y dicho sea entre paréntesis: suele darse por sentado demasiado fácilmente que «las otras» ciencias, las físico-naturales, no sufren de tan grosera imperfección; mucho habría que decir del tema, y no quedarían tan bien libradas como pudiera parecer). Pero que los valores del estudioso no puedan separarse de su trabajo no quiere decir que la ciencia social haya de resignarse a la arbitrariedad, el capricho o el subjetivismo. Y hay incluso más: no debe suponerse que los valores sean en ciencias sociales una suerte de intrusos inevitables a los que haya que resignarse; *in suo ordine* no cumplen un papel espúreo, sino legítimo, por lo que creo que hay que recuperar explícita y deliberadamente el componente normativo que existe desde la más antigua reflexión del hombre sobre el hombre. Lo que tampoco implica, digámoslo de inmediato, concebir la Sociología como un arma ideológica o como una sucursal de la arena política, sino como una contribución reflexiva, racional, a la crítica de los fines sociales, no sólo al examen de la pertinencia de ciertos medios respecto de fines dados.

No significa esto que haya de rechazarse sin más el positivismo en nombre de un saber normativo, sino que ha de afirmarse la condición a la vez empírica y normativa de la Sociología, del mismo modo que han de tener cabida en ella la hermenéutica y la explicación causal, el microanálisis del comportamiento y la explicación de la totalidad social, la sincronía y la diacronía, el genetismo y el ambientalismo: y todo por la peculiaridad de su objeto, que no exige menos para ser descrito y, si cabe, explicado. Pero en el bien entendido de que tal pluralismo cognitivo y metodológico no tiene nada que ver con una pretendida e imposible integración teórica, ni con un eclecticismo acomodaticio al que más tarde me referiré.

La variedad de sociologías que se cobijan bajo la denominación de Sociología no es resultado de una falta de madurez de la ciencia social que pueda resolverse con el tiempo, ni del capricho de sus cultivadores (con excepción, evidentemente, de algunos ejercicios de frivolidad suficientemente desacreditados): sino que es el resultado, históricamente manifiesto, de tener que habérselas con el objeto más complejo y duro de roer que imaginarse pueda. A saber: el hombre en su dimensión social, hacedor y producto de la *polis*.

En resumidas cuentas: para intentar manejarse entre los problemas teóricos y metodológicos de la Sociología creo que habrá que atender a los dos puntos básicos que acaban de ser esbozados: por una parte, y en primer lugar, el objeto por el que la disciplina se interesa, *la realidad social*. Lo que importa en tal examen es apreciar hasta qué punto se trata de una realidad peculiar, tanto que genera la especificidad de todas las teorías y métodos que han de habérselas con ella. A estos efectos me propongo polemizar aquí contra el reduccionismo, que escamotea lo específico de la realidad social en favor de otras realidades diferentes, sobre todo de la realidad individual y de la realidad biológica. Ya me he ocupado en ocasión anterior del reduccionismo implicado en las posiciones indi-

vidualistas (Beltrán, 1984), que vacían a la realidad social de su carácter propio y convierten a la Sociología en una suerte de Psicología vergonzante. Ahora quiero discutir aquí el otro gran reduccionismo, el biólogo, que en sus formas más radicales y a la moda reivindica las ciencias sociales como provincias irredentas de una pretendida «nueva síntesis» sociobiológica, esto es, de la Biología.

Por otra parte, y en segundo lugar, será preciso atender a la especificidad de la realidad social que, como tengo dicho, exige la noción de *pluralismo cognitivo*: un pluralismo no irenista ni ecléctico, e incluso no relativista, que viene impuesto por la peculiaridad epistemológica del objeto, mal que nos pese a los sociólogos, y que comporta un inevitable pluralismo metodológico coherente con lo que se acaba de indicar. Pues bien, argumentaré también para terminar en contra del eclecticismo.

Pero antes de entrar en materia, y sin perjuicio del cierto desenfado argumental que permite toda página introductoria, no me parece ocioso referirme a la ciencia como empeño histórica y socialmente articulado de persecución del conocimiento, en cuyo empeño ha de inscribirse sin duda la Sociología con todas sus peculiaridades.

II

Puede suponerse que casi todo el mundo estaría dispuesto a admitir que la ciencia permite a los hombres adquirir conocimientos acerca del mundo en que viven, y acerca de ellos mismos; pero es fácil que la discusión se produzca al intentar precisar qué sea esa ciencia. Para Francis Bacon, en el dintel del mundo moderno, la ciencia consiste en observación y experimentos, no en intuición o razonamiento; la observación es la primera tarea del científico, y sólo a partir de ella cabe establecer el conocimiento. La propuesta contenida en el *Novum Organum* es, pues, pragmática e inductivista, y no cabe duda de que el empeño baconiano de huir de toda especulación prematura y de rechazar el argumento de autoridad convencionalmente admitido tiene el mérito de intentar romper con la superstición y el oscurantismo de siglos anteriores. Pero desgraciadamente ni los hechos, por mucho y muy cuidadosamente que se los observe, hablan por sí solos, ni su acopio indiscriminado, determinado por la pura curiosidad, conduce a otra cosa que a la confusión: los hechos sin teoría son inescrutables (no producen información, sólo ruido), y fungibles (no son unos más relevantes que otros, y su selección y reunión es obra del azar). Se requiere partir de alguna teoría, por provisional que ésta sea, para determinar qué observaciones han de ser tenidas en cuenta, y éste es el fallo básico del método baconiano; como dice Harris (1980: 7), si éste hubiera prevalecido no hubieran sido posibles los descubrimientos de Galileo, Kepler o Newton.

Pero si los hechos sin teoría carecen de significado, es verdad que les ocurre lo mismo a las teorías sin hechos: la pasión baconiana por reunir hechos, toda clase de hechos, constituía una saludable reacción contra la especulación intuitiva de corte aristotélico y contra la confirmación de las teorías por apelación a los dogmas religiosos o al principio de autoridad. Y, en todo caso, hay que dar la razón a Bacon en que, antes de toda teoría o deducción lógica, el conocimiento de lo existente empieza por la observación ingenua de algún fenómeno; pero hay que convenir en que la observación liminar, curiosa y desordenada, no es la que permite construir la ciencia.

Camino opuesto en todo al de Bacon es el emprendido por Descartes, racionalista y deductivista. Siendo sospechosa la evidencia de los sentidos, el conocimiento ha de obtenerse por la vía euclidiana: formulación de teoremas derivados de la pura razón, de los que se deduzca todo lo necesario. Pero tal planteamiento, óptimo por lo que se refiere a las matemáticas, resulta inapropiado para el conocimiento de lo que nos rodea, incluso de lo puramente físico. Un lógico-deductivista tan importante como Tarski reconoce que «los conceptos y los métodos lógicos no han hallado, hasta el presente, aplicaciones específicas o fértiles» en el dominio de las ciencias empíricas, esto es, no matemáticas (1951: 13 y 14): para Tarski no hay más ciencia deductiva que las matemáticas.

No creo que sea del caso reproducir aquí los argumentos, por lo demás estériles, de la tantas veces desenfocada polémica entre inductivistas y deductivistas: lo cierto es que ambos planteamientos son indispensables para la lógica del conocimiento, y que la deducción permite formular predicciones derivadas de una hipótesis que hacen posible su contrastación, esto es, someterla al *test* que implica su confrontación con la realidad de los hechos. Por su parte, la inducción es necesaria, pero no suficiente, para el conocimiento de la realidad; y, en cierta medida, toda deducción está basada en alguna inducción previa obtenida del mundo real y fundamentadora de las suposiciones de que parte la deducción. De hecho, ni el induccionismo ni el deduccionismo han sido nunca, utilizados de modo exclusivo, y tan raro es encontrar un baconiano puro como un cartesiano puro (salvo en matemáticas): la ciencia se ha elaborado siempre en un proceso de interacción entre empirismo y racionalismo, y la polémica científica se ha centrado en desvelar las demasías metafísicas o la aceptación de fenómenos irrelevantes en que han podido incurrir unos u otros.

De todas formas, la cruda dicotomía aludida hasta aquí no constituye las coordenadas de la ciencia moderna: no es Bacon, sino David Hume, quien sienta el punto de partida del empirismo positivista distinguiendo el conocimiento que pueda ser obtenido de la relación entre proposiciones lógicas, del que pueda serlo de la relación entre hechos. Su tesis es que la certeza del primero puede ser acreditada racionalmente, en tanto que ni la razón ni la intuición pueden establecer certeza alguna en el segundo caso: en éste, esto es, en el caso de la relación existente entre hechos no matemáticos, la observación y la experiencia —si se quiere, la inducción— tienen un límite: no pueden conducir a generalizaciones, o al establecimiento de leyes, cuya certidumbre sea absoluta. La conexión entre hechos, por muy repetitiva que sea, no puede ser demostrada como *necesaria*: las llamadas relaciones causales no son sino la consecuencia psicológica de una recurrente conexión de hechos. Por consiguiente (y éste es el punto central de la argumentación de Hume), el concepto de necesidad utilizado como *a priori* de la conclusión carece de rigor veritativo. Al conocimiento no le queda otra vía que la de la constatación empírica de regularidades, por más que ello no garantice en términos absolutos la verdad de las conclusiones o, más exactamente, su absoluta certeza. Esto no significa en modo alguno que Hume rechace el papel de la razón en el proceso del conocimiento: significa, sencillamente, que la razón y la observación, conjunta y articuladamente, permiten la construcción de la ciencia.

No es este el lugar de indicar cómo ha evolucionado la noción de certeza, y cómo de la verificación se pasó a la falsabilidad y a la corroboración probabilística; pero sí quisiera indicar que, en mi opinión, el ansia de certeza, tan humana, ha de quedar siempre insatisfecha: la verdad, establecida de modo absoluto, no es consuelo que los dioses hayan dejado al alcance del hombre. Lo que no implica

que el conocimiento quede confinado al ámbito de lo irracional, cualesquiera sean las formas (místicas, dogmáticas, poéticas, intuitivas) que ello adopte. Por supuesto que historiadores, sociólogos y psicólogos han puesto de manifiesto sobradamente que la construcción de la ciencia no es tan ordenada y articulada como muchas versiones optimistas habían querido hacernos ver; pero de ahí a sostener que el edificio del conocimiento tan trabajosamente levantado es poco menos que casual y engañoso, media un abismo. Pienso que hay que rechazar tanto la pretensión de que la ciencia se maneja con verdades inconcusas, como la de que no es posible el conocimiento; y creo que hay que estar de acuerdo con Larry Laudan en rechazar que una teoría haya de ser verdadera, falsa, o más o menos probable (1977: *passim*): las teorías son simplemente útiles, y lo son hasta que la aparición de otra más útil vuelve inútil a la primera. Aparición que implica la muy laboriosa aplicación de unos modos de operar que solemos denominar «método científico».

Pero el «método científico» expresado así, en singular, es sin duda uno de los grandes mitos positivistas. Convendrá indicar que es muy dudoso que tal cosa exista, salvo que se le limite a muy sucintos requisitos de control de la observación y de la lógica argumental. Tarski, desde su olimpo matemático, constata la sorprendente oposición que existe entre el desarrollo de las que llama ciencias empíricas (las no matemáticas) y la pobreza de su metodología, que «a duras penas puede jactarse de algunos resultados precisos» (1951: 14). Pero sin necesidad de adoptar puntos de vista tan extremos, lo cierto es que tiene poco que ver el establecimiento matemático de teorías en física con las mucho menos precisas descripciones y explicaciones de la biología, por ejemplo. Se diría que hay una línea que va de menor a mayor complejidad, y no sería exagerado sostener que el organismo unicelular más simple es harto más complejo que el sistema planetario. Pues bien, en esa línea de complejidad creciente se situarían la física, la química y la biología, siendo a lo largo de ella cada vez más raro el uso de las matemáticas y la formulación de leyes. Y sin necesidad de salir de este campo de las ciencias físico-naturales, creo que puede afirmarse que no existe nada que pueda ser llamado *el* método científico, salvo en los muy amplios términos en que lo estableció Hume, términos que básicamente siguen siendo válidos.

No quiero dejar de apuntar aquí mi opinión sobre determinadas posiciones que dicen rechazar la ciencia al rechazar el capitalismo, el industrialismo, la tecnocracia, o cualquiera otra de las que suelen estimarse como encarnaciones del mal público en nuestros días. Para estas posiciones, el conocimiento racional, empírico y objetivo, la ciencia en una palabra, es un arma de opresión que debe ser destruida para que el conocimiento vuelva a estar al servicio del hombre. Un antropólogo, Kurt Wolff, puede ejemplificar a la perfección la posición aludida: para él, usamos la ciencia y la tecnología para controlar, manipular y explotar a los demás y a nosotros mismos, por lo que la precondition del conocimiento debe ser la suspensión total de las nociones recibidas (*apud* Harris, 1980: 325). La ciencia burguesa positivista debe desaparecer, dando paso a un conocimiento reflexivo, crítico, dialéctico y radical que luche por la libertad y la igualdad de las gentes: un conocimiento emancipatorio. Pues bien, la ciencia ciertamente ha sido y es utilizada para manipular y explotar a la gente, del mismo modo y a la vez que es utilizada para favorecerla y liberarla; dirigirse contra la ciencia es tanto como ir contra el instrumento olvidando a quien lo maneja y para qué lo maneja. El rechazo de la ciencia es intelectualmente oscurantista y políticamente ingenuo, y equivoca tanto

el lugar de la lucha política como la identificación de los responsables de los desmanes. No es el conocimiento objetivo, ni siquiera sus aplicaciones, lo que en nombre de la libertad y de la igualdad ha de destruirse, sino el uso malvado de dicho conocimiento. Es verdad que vivimos en un mundo construido sobre la ciencia aplicada, y la tecnología impregna nuestra vida cotidiana: no es raro, pues, que haya quienes acumulen poder al controlar la tecnología, y que usen de ese poder no en beneficio, sino en perjuicio de los demás. Pero pretender enfrentar tal situación, tan irracional como se quiera —y bien lo puso de manifiesto Marcuse, entre otros muchos— apelando a una nueva irracionalidad, la del abandono de la ciencia, carece de sentido.

No se necesita menos ciencia, sino más ciencia. Y si esa ciencia ha de ser liberadora y emancipadora, es decir, *práctica*, no hará falta menos tecnología, sino más. Lúchese, pues, en buena hora. Pero lúchese contra el agresor, no contra el instrumento.

Afirmaciones como las anteriores puede parecer que sugieren una suerte de fetichismo de la ciencia, una absolutización de su valor. Lo que sería un engaño, pues la realidad es que el conocimiento científico es siempre provisional e inseguro; cuando hablamos de conocimiento objetivo queremos decir que el conocimiento trata de ser objetivo, luchando por eliminar la arbitrariedad y los sesgos más o menos conscientes. Es claro que no podemos obtener un conocimiento absolutamente verdadero, pero de ello no se sigue que todo conocimiento sea igualmente inseguro, o que todas las teorías científicas sean igualmente válidas o inválidas. No es necesario poseer la verdad absoluta para rechazar la pretensión irracionalista de que todas las teorías son igualmente verdaderas o igualmente falsas. La certidumbre de cualquier hallazgo científico no es nunca absoluta, pero ello no debe llevar a rechazar la ciencia, sino a empeñarse en que la búsqueda del conocimiento sea más rigurosa. La valoración de la ciencia como actividad humana ha de ser, pues, conscientemente humilde: no otra cosa exige la presencia masiva de la duda y la incertidumbre en el meollo mismo del conocimiento. Pero al menos podremos decir que luchamos contra el error, el prejuicio y la superstición, y esa es una vía, bien que indirecta, de hacerlo en favor de la verdad.

III

La cuestión de lo biológico y lo cultural, o del genetismo *versus* el ambientalismo, es legítima y apasionante, aunque muy probablemente irresoluble. El animal humano, en tanto que individuo y que *zoon politikon*, es un compuesto inextricable de naturaleza y de cultura, resultado de un proceso en que filogénesis y ontogénesis determinan conjuntamente el producto. No se trata de que una parte de nosotros sea biológica o hereditaria y otra cultural o aprendida, sino que todo en nosotros es simultáneamente natural y cultural. Pero no es de esta cuestión de lo que quiero discutir aquí: ya me he ocupado de ella —más bien superficialmente— en otro lugar (1979: 352-360), al comentar unas páginas de Morin, Moscovici y Eibl-Eibesfeldt. Lo que me interesa en este momento, como anuncié más arriba, es discutir el reduccionismo biologista, que no pretende menos que negar la especificidad de lo social por su reducción a lo biológico. Si todo es genético, incluidos los comportamientos sociales (y se supone que también las estructuras e instituciones en que el comportamiento se produce), las ciencias sociales no tienen razón de ser como tales. Es más, serían engañosas en la medida en que inventan un

objeto que no existe. En adelante, se nos dice, no habrá más ciencia de la realidad social que la biología, que a través de la genética de poblaciones y de la etología explicará todo lo que haya que explicar, incluso, naturalmente, lo que hoy entendemos como cultura. La llamada «Síntesis Moderna», o neodarwinismo, codificada por Julian Huxley en 1942, vendría a ser sustituida, o más bien complementada, por una «nueva síntesis» sociobiológica que coronaría el edificio de la ciencia biológica. Pero oigamos directamente a los sociobiólogos, y en particular a su padre fundador.

Wilson publicó en 1975 un libro que había de hacer mucho ruido, con el título de *Sociobiología: la nueva síntesis* (1980): desde sus primeras páginas se pone de manifiesto una posición bastante radical expresada de la siguiente manera:

En un sentido darwiniano, el organismo no vive por sí mismo. Su función primordial ni siquiera es reproducir otros organismos; reproduce genes y sirve para su transporte temporal... el organismo individual es sólo un vehículo, parte de un complicado mecanismo para conservarlos y propagarlos con la mínima perturbación bioquímica. El famoso aforismo de Samuel Butler respecto a que la gallina es sólo el sistema que tiene un huevo de hacer otro huevo ha sido modificado: el organismo es el sistema que tiene el DNA para fabricar más DNA (1980: 3).

Este protagonismo de los genes, que garantizarían su continuidad «utilizando» a los organismos (y entre ellos, desde luego, al hombre), y que ha sido popularizado por una obra de divulgación de Dawkins (1979), no sería más que un inquietante planteamiento biológico sin más trascendencia para las ciencias sociales (tuviera la que tuviese para la biología) si la sociobiología no se constituyese como genética de poblaciones más etología, plantándose con ello de manera directa, y violenta, en el campo de las ciencias sociales, y específicamente en el de la Sociología. En palabras del propio Wilson, «la Sociología se define como el estudio sistemático de las bases biológicas de todo comportamiento social» (1980: 4), esto es, como el estudio del factor innato hereditario sobre la conducta social, incluyendo la humana: si la herencia genética determina no sólo la morfología, sino el comportamiento animal, la cuestión estriba en ver en qué medida tal comportamiento determinado genéticamente es propio también del hombre. Para el autor,

La Sociología... aún constituye un ente separado de la Sociobiología a causa de su enfoque primordialmente estructuralista y no genético. Intenta explicar el comportamiento humano principalmente a partir de descripciones empíricas de fenotipos extremos y por pura intuición, sin referirse a las aclaraciones que nos proporciona la Evolución en el sentido auténticamente genético... Quizá no sea muy aventurado decir que la Sociología y otras ciencias sociales, además de las Humanidades, son las últimas ramas de la Biología que esperan ser incluidas en la Síntesis Moderna (de la teoría evolutiva neo-darwinista). Una de las funciones de la Sociobiología es, pues, estructurar los fundamentos de las ciencias sociales de forma que sean incluidas en dicha Síntesis (1980: 4).

Pues bien, me temo que ha resultado, en efecto, muy aventurado calificar a la Sociología como una rama de la Biología, aunque irredenta. Esta suerte de imperialismo sociobiológico no ha sido el factor más desdeñable de las reacciones a que la Sociobiología ha dado lugar entre los cultivadores de las ciencias sociales. Evidentemente, la «Sociobiología humana» es biología, no sociología, lo que en principio no tendría por qué desatar agresividad alguna entre los sociólogos; pero

sí desde el momento en que la *nueva síntesis* se presenta con la pretensión rigurosamente reduccionista de explicar la conducta social humana desde la biología. Expuesta de manera muy simplificada, la explicación sociobiológica sostendría que la selección natural no opera a nivel de la especie, sino del individuo, movida por el egoísmo del organismo individual o, más exactamente, de los genes portados por dicho organismo; si esto es así, «nos lleva al centro del problema teórico de la Sociobiología: ¿cómo puede el altruismo, que por definición merma el éxito individual, desarrollarse por selección natural? La contestación es por parentesco» (1980: 3); en efecto, los genes se perpetúan por la reproducción de los organismos, por lo que éstos están condicionados para el sacrificio instintivo en favor de sus parientes más próximos: el presunto altruismo no es más que expresión del egoísmo genético, cuyo sujeto no es el individuo, sino el gen.

Es de interés subrayar que en la disputa entre genetismo y ambientalismo, Wilson no mantiene una posición excesivamente cerrada —quiere decir, genetista—, aunque sea a regañadientes. Llama «convencional» a la tesis de que virtualmente toda variación cultural es de origen fenotípico en vez de genético, aunque no tiene más remedio que reconocer «la facilidad con que ciertos aspectos de la cultura pueden alterarse en el espacio de una sola generación, demasiada rapidez para ser de naturaleza evolutiva» (1980: 567); y denomina «extremada visión ortodoxa del ambientalismo» a la que sostiene que no hay variación genética en la transmisión de la cultura (*ibidem*). En su opinión, «a pesar de que los genes hayan perdido buena parte de su soberanía, mantienen una cierta influencia en al menos las cualidades del comportamiento que reposan bajo las variaciones entre culturas», lo que podría predisponer a las sociedades a diferencias culturales (*ibidem*): como se ve, la posición mantenida por Wilson a este respecto es sólo moderadamente genetista. En un libro más reciente, escrito en colaboración con Lumsden (1981), Wilson reconoce de todas formas que la sociobiología había extremado la simplicidad y rigidez de la relación entre la herencia genética y la cultura, igualando prácticamente cultura con instinto; en la actualidad prefiere admitir que instinto y cultura mantienen una relación flexible, de modo que el papel de las reglas genéticas consiste en sesgar las opciones de conducta con que la gente se enfrenta. En todo caso, desde luego, le parece imperioso rechazar la teoría de que la mente humana al nacer es como una *tabula rasa*; por el contrario, la zona cerebral conocida como neocórtex operaría una suerte de función filtrante, selectiva, que orientaría la acción humana en unas direcciones con preferencia a otras, lo cual vendría genéticamente especificado y heredado. Los genes, por tanto, sesgan las opciones culturales, las influyen, pero sin establecer pautas rígidas y necesarias de conducta.

Tampoco es Wilson excesivamente radical en lo que respecta a la predisposición genética de los individuos «a entrar en ciertas clases y a representar ciertos papeles»: si bien afirma la plausibilidad del argumento general que así lo sostiene, reconoce que «hay pocas pruebas de una solidificación hereditaria del *status*, ... (aunque) la influencia de factores genéticos hacia la suposición de ciertos papeles *amplios*, no puede descartarse» (1980: 572); y entiende por papeles «amplios» cosas tales como la homosexualidad masculina, o el ser «verbalistas» o «hacedores». Es decir, que el autor manifiesta su proximidad a la tesis de la predisposición genética, aunque la evidencia empírica de que dispone no le autoriza a sostenerla; y el hecho de la gran diversidad cultural entre distintas sociedades no le parece un argumento suficientemente invalidante: «la baja prescripción no significa que la cultura se haya liberado de los genes» (1980: 577).

Bien es verdad que esta búsqueda permanente de la explicación genética, por tentativa que se presente cuando carece de apoyo empírico, lleva con frecuencia a nociones ciertamente pintorescas, como es la suposición de la existencia de «genes conformistas» (1980: 579), «genes... del tipo que favorece la adoctrinabilidad» (1980: 580), o «genes altruistas» (1980: 592); se diría que la enorme figura del Leviatán hobbesiano, compuesta de hombrecillos ensamblados entre sí, se traslada ahora al propio hombre, compuesto a su vez de un conjunto de pequeños tragos o duendes, los genes, cada uno con su modo de ser (altruistas, egoístas, conformistas, rebeldes y demás imaginables veleidades) y con su adecuada tasa de influencia en el todo, esto es, en el hombre, predisponiéndole —al menos— para actuar de una cierta manera. Imagen que parece en exceso banal para ser tomada completamente en serio, como el autor pretende, tanto más cuanto que, como afirma, «la teoría actual predice que los genes estarán mantenidos en el mejor de los casos en un polimorfismo equilibrado», en una especie de «pluralismo moral innato» (1980: 581). Pero no es mi propósito entrar aquí en polémica con la sociobiología: véanse para ello, por ejemplo, los libros compilados por el colectivo *Science for the People*, de Ann Arbor (1977), por Caplan (1978) o por Montagu (1980), e incluso el de Jacob (1981), en el que se intenta una teoría de la evolución libre de prejuicios ideológicos. Lo que en este momento me interesa es subrayar la ambición de los sociobiólogos (lo que más arriba calificué de imperialismo, esto es, de reduccionismo, y Wilson bautiza como «nueva síntesis»), dirigida a establecer en la biología el fundamento común para las ciencias humanas. Como dice Wilson:

El progreso de gran parte de la biología ha sido impulsado por la competencia entre varias perspectivas y técnicas derivadas de la biología celular y de la bioquímica... Sugiero que estamos a punto de repetir este ciclo con la mezcla de la biología y las ciencias sociales, como consecuencia de lo cual las dos culturas de la vida intelectual de Occidente podrán al fin reunirse... El núcleo (de la teoría social) es la estructura profunda de la naturaleza humana, un fenómeno esencialmente biológico que es también el foco primario de las humanidades (1978: 38).

Tal reunión de «las dos culturas» implica, por una parte, la previa fusión de la Sociología con la antropología cultural, la psicología social y la economía, y por otra la deglución de la psicología por la neurobiología; sólo entonces podrá darse el paso de dotar a la Sociología de «un conjunto duradero de principios primarios» gracias a la biología, con lo que quedará constituida la Sociobiología como Nueva Síntesis. Y «cuando hayamos progresado lo bastante como para explicarnos a nosotros mismos en estos términos mecanicistas y las ciencias sociales lleguen a florecer por completo, el resultado podría ser difícil de aceptar» (1980: 593), pues, como parece sugerir la cita de Camus con que el libro se cierra, viviríamos en un universo despojado de luces e ilusiones: en un mundo desencantado, en sentido weberiano. Pero lo que me parece difícil de aceptar es, tanto o más que ese hipotético resultado mecanicista y determinista, el mismo punto de partida: pues por debajo de una apelación constante a la genética lo que hay realmente en el libro es un estudio etológico monumental, pero bastante convencional, del que se ha dicho que conduce a una ideología tecnocrática neoliberal (Lecourt, 1981), e incluso a toda suerte de aberraciones reaccionarias y racistas. Conduzca a lo que conduzca (ya se ha dicho que no voy a entrar en ello ahora), lo cierto es que arrasa de paso las ciencias sociales, combinando una notable arrogancia con lo que me parece un mediocre conocimiento de la So-

ciología, y profesando una decidida fe en la unidad de *todas* las ciencias en el seno de la biología.

Parece claro, como piensa Sfez (1984: 202-215), que el mecanicismo explícito con que se construye por los sociobiólogos la relación entre genes y cultura no resiste la crítica. La búsqueda en las ciencias físico-naturales de la explicación de la sociedad humana es un intento tan notoriamente simplificador que parece condenado al fracaso. La transposición de conceptos de la biología a las ciencias sociales no implica en modo alguno interdisciplinaridad, sino que es una fuente de error. Así, por ejemplo, cuando los biólogos utilizan la noción de parentesco implicando sistemáticamente la transmisión genética, identifican parentesco y consanguinidad; mientras que lo que en realidad sucede es que el parentesco humano es genealógico más que genético: se trata de un nexo simbólico sumamente complejo que tiene algo que ver, en efecto, con la consanguinidad, pero más quizás con otros fenómenos, como la co-residencia. El parentesco es una construcción cultural poco relacionada con la selección natural, que lejos de poder explicarse por la relación genes-comportamiento se acoge más bien a una teoría autónoma de la cultura, como la afirmada por Sahlins (1976), basada en el lenguaje y en lo simbólico, que explicaría precisamente por qué los hombres escapan en la medida en que lo hacen a los procesos reproductivos de la naturaleza.

Se trata, pues, en resumen, de explicar, y la Sociobiología deja sin explicar lo específico de la realidad social humana. El reduccionismo biologista olvida que lo propio del animal humano es su condición de *plus-quam-animal* (en expresión de Nicolás Ramiro), con lo que la simplificación operada traiciona el objeto. Y esta es, sin duda, la conclusión de la polémica con todo reduccionismo: la infinita complejidad del objeto de conocimiento de las ciencias sociales exige aproximarse a él con un instrumental teórico y metodológico igualmente complejo (plural, variopinto, a veces aparentemente contradictorio, como sucede al demandar tanto un *approach* biológico como cultural), que no soporta los intentos de simplificación. Es claro que no son los científicos sociales los culpables de tal complejidad: acháquese en buena hora a la realidad social la malévolamente perversión de ser como es, pero aténganse a las consecuencias quienes deciden estudiarla.

IV

Se ha dicho en páginas anteriores que la afirmación del pluralismo cognitivo y metodológico en Sociología no constituye una forma de irenismo ni de eclecticismo, ni se presenta como un «mal menor» transitorio en tanto la Sociología alcanza el grado de madurez suficiente para ser como «las otras» ciencias, las físico-naturales. Sino que tal pluralismo es una exigencia epistemológica derivada de la peculiaridad de su objeto, la realidad social, extremadamente complejo y heterogéneo. Pues bien, me parece que conviene detenerse en la cuestión, aunque sea brevemente, para insistir en cómo el pluralismo cognitivo que defendiendo no es ecléctico ni sincrético.

Diógenes Laercio dio el nombre de ecléctica a la escuela filosófica caracterizada por su propensión a seleccionar lo mejor de las opiniones sostenidas por las demás escuelas; el eclecticismo es así propiamente un «seleccionismo», y tuvo su mayor auge durante el período helenístico-romano y en las distintas derivaciones del neoplatonismo, cobrando nueva fuerza desde el Renacimiento hasta la Enciclopedia. Un filósofo francés del siglo pasado que se definía a sí mismo como

eclectico, Victor Cousin, rechazaba enfáticamente el sincretismo que intenta aproximar, forzándolos, sistemas filosóficos no compatibles; el eclecticismo, en cambio, toma de todas las escuelas lo que tienen de verdadero y elimina lo que tienen de falso. Pero pese a estas distinciones, y a las que pudieran también hacerse con respecto al integracionismo y al irenismo, creo que podemos emplear el término eclecticismo para referirnos a todas aquellas actitudes seleccionadoras, aproximadoras, integradoras, tolerantes y moderadas que tratan de reunir en un único campo teórico piezas diferentes producidas desde la óptica de las distintas «escuelas», unificándolas incluso si posible fuera. Y por referirnos a las ciencias sociales, comparto la idea de Harris de que el eclecticismo viene a resultar una especie de sentido común que afirma que debe haber un poco de verdad en cada una de las teorías existentes, sin que ninguna posea la verdad completa (1980: x); ciertamente, ninguno de los sistemas o escuelas sociológicos posee la verdad completa, pero ésta, desde luego, no es la suma de todos los sistemas. Ser ecléctico implica sostener que todos los sistemas pueden ser relevantes para la resolución de un problema, siendo imposible establecer de antemano cuál será el más adecuado para un caso determinado: y esto no es en absoluto lo que se sostiene cuando se defiende el pluralismo cognitivo y metodológico en Sociología.

Con frecuencia se encuentra entre los estudiosos de la realidad social a personas que se niegan a adoptar una posición definida con exclusión de todas las demás, pero ello a causa de que no les parece que ninguna de las existentes tenga una clara y decisiva ventaja sobre el resto; con lo que toman de aquí y de allá lo que en cada ocasión les parece más adecuado para lo que se traen entre manos. Esta actitud, sin embargo, y contra lo que parece a primera vista, implica comprometerse con una muy específica posición, la ecléctica, rechazando implícitamente todas las demás; y tal compromiso con el eclecticismo constituye una profesión de agnosticismo, en el sentido de estar basado en la presunción de que todas las posiciones teóricas pueden ser igualmente adecuadas. Bastaría con esto para que quedase firmemente establecido que el pluralismo cognitivo no es ecléctico, pues su punto de partida es el de la complejidad y heterogeneidad de lo real, así como una noción pragmática de la teoría (esto es, que las teorías no son ni verdaderas ni falsas, sino más o menos adecuadas para describir y explicar la realidad social). El eclecticismo opera con una gran flexibilidad en punto a seleccionar los principios que utiliza para construir las teorías, tomando unos u otros de acuerdo con lo que le parece más oportuno para el caso. El pluralismo cognitivo, en cambio, opera sobre la base de respetar los criterios epistemológicos más adecuados para cada una de las regiones de que consta la realidad, sin permitirse, dentro de cada una de ellas, versatilidad alguna: es el objeto de conocimiento que se tiene en estudio el que determina las condiciones de la observación, los principios teóricos adecuados y la metodología a emplear.

En este sentido, para el pluralismo cognitivo no todas las teorías ni todos los métodos son utilizables en general, sino la teoría y el método adecuados al objeto de conocimiento. Y en la medida en que la realidad social, como objeto de conocimiento de la Sociología, está compuesta de una variedad de objetos muy diferentes entre sí, es ella misma quien impone que la Sociología sea epistemológica, teórica y metodológicamente pluralista, rechazando al mismo tiempo toda pretensión de integracionismo teórico, que no es acorde con la complejidad y heterogeneidad de la realidad social. Y tampoco se caracteriza el pluralismo cognitivo por actitudes moderadas y tolerantes: tales actitudes derivan en la práctica científica del eclecticismo y el sincretismo, en tanto que el pluralismo rechaza con la

necesaria firmeza tanto la utilización exclusiva de una única epistemología, teoría y método, como la utilización indiscriminada de unos u otros; y reclama el establecimiento de líneas de demarcación entre las distintas regiones de la realidad, y el empleo dentro de cada una de ellas de los instrumentos apropiados a las exigencias de la misma realidad. No se trata, pues, de considerar igualmente justificad^{os} —o injustificad^{os}— todos los puntos de vista, o de ser imparcialmente relativista: sino de apoyarse en una sola racionalidad que, por serlo, exige aproximaciones diferentes para objetos que son diferentes. Y no es sólo que el estudio de un problema de biología molecular exija unos instrumentos científicos diferentes que el estudio de la personalidad autoritaria, por ejemplo; sino que, como dice Marcuse, «tratar las grandes cruzadas *contra* la humanidad ... con la misma imparcialidad que las luchas desesperadas *por* la humanidad significa neutralizar su función histórica opuesta, reconciliar a los verdugos, tergiversar la exposición de los hechos» (1977: 101). Se me perdonará que haya apelado a casos extremos para ilustrar mi posición, y espero que con ello pueda haber quedado claro que no hay irenismo ni indiferentismo alguno en el pluralismo cognitivo, sino la respuesta necesaria a la pluralidad del objeto.

Si la realidad social es plural, como creo, su conocimiento habrá de ser pluralista: se niega, pues, que exista una vía privilegiada y única para el mismo, pero precisamente porque se afirma que existe una vía privilegiada y única para cada una de las regiones antedichas, tanto desde el punto de vista epistemológico como desde el teórico y metodológico. La única manera de manejarse en Sociología con una sola teoría es limitarse a un aspecto o región del objeto de conocimiento: lo que es perfectamente legítimo, pero impide suponer que lo que se estudia sea la realidad social propiamente dicha, ya que se trataría sólo de un ámbito o parte de ella. En la medida en que la realidad social como tal (objeto de conocimiento compuesto de objetos de conocimiento) constituye el interés del sociólogo, su Sociología habrá de ser pluralista o reduccionista. Y pienso que no hay duda en escoger el primer término de la opción, si es que se intenta hacer ciencia.

Dicho pluralismo implica, para lo que aquí nos interesa, que la Sociología carece de un método propio o privilegiado con el que abordar en exclusiva la investigación y el análisis de la realidad social. Antes bien, lo que sucede es que, según el aspecto o dimensión del objeto que haya de considerarse, el propio objeto reclamará el tratamiento adecuado, que podrá ser cuantitativo o cualitativo, histórico, comparativo o crítico-racional. Y ello tanto en la siempre posible y más o menos apropiada descripción como en la mucho más problemática explicación, trate esta última de ser causal, comprensiva o hermenéutica. Del mismo modo que no existe una sola teoría que permita decir cómo las cosas son y por qué son así, no existe tampoco un solo método *for all seasons*. Podría decirse que la Sociología dispone de una metodología en el sentido de que puede acudir a toda una panoplia de herramientas analíticas con las que aproximarse a la realidad social; y según sea la aproximación, según el ámbito o provincia de la realidad de que haya de darse razón, se utilizará una u otra herramienta, coherentemente con la utilización de una u otra teoría, exigidas ambas por el objeto mismo, esto es, por la concreta dimensión, plano o aspecto del objeto que vaya a abordarse.

Ni hay lugar, pues, a eclecticismo alguno, ni da igual una cosa que otra, ni cabe el recurso a ningún análisis que pueda considerarse último. Lo que hay es una proteica realidad, la realidad social, dotada con un millar de rostros relativamente autónomos (o que como tales los consideramos para hacer posible su análisis), que demanda un pluralismo cognitivo, y a la que por tanto hay que ir pro-

vistos de una pluralidad de teorías y de métodos que respeten su complejidad y que puedan dar cuenta de ella sin mutilarla en exceso.

Y como es claro que ninguno podemos hacerlo todo, habremos de aceptar con modestia en nuestro trabajo de estudiosos que lo que habitualmente se nos alcanza no es más que una parcela o ámbito de la realidad social, al que dificultosamente nos acercamos con la teoría que le cuadra, y en el que hurgamos con el método que parece apropiado y con las técnicas por ende pertinentes.

REFERENCIAS

BELTRÁN, Miguel

1979: *Ciencia y Sociología*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

1984: «Sobre el contenido de la realidad social», en L. Rodríguez Zúñiga y F. Bouza, comps., *Sociología contemporánea. Ocho temas a debate*, Centro de Investigaciones Sociológicas y Siglo XXI, Madrid.

CAPLAN, Arthur L., ed.

1978: *The Sociobiology Debate*, Harper & Row, Nueva York.

DAWKINS, Richard

1979: *El gen egoísta*, Labor, Barcelona (e. o. de 1976).

HARRIS, Marvin

1980: *Cultural Materialism: The Struggle for a Science of Culture*, Randon House, Nueva York.

JACOB, François

1981: *Le jeu des possibles. Essai sur la diversité du vivant*, Fayard, París.

LAUDAN, Larry

1977: *Progress and Its Problems: Towards a Theory of Scientific Growth*, University of California Press, Berkeley.

LECOURT, Dominique

1981: «Biology and the Crisis of Human Sciences», en *New Left Review*, núm. 125, enero-febrero.

LUMSDEN, Charles, y WILSON, Edward O.

1981: *Genes, Mind and Culture*, Harvard University Press, Cambridge.

MARCUSE, Herbert

1977: «Tolerancia represiva», en R. P. Wolff, B. Moore y H. Marcuse, *Crítica de la tolerancia pura*, Editora Nacional, Madrid (e. o. de 1969).

MONTAGU, Ashley, ed.

1980: *Sociobiology Examined*, Oxford University Press, Nueva York.

SAHLINS, Marshall D.

1976: *The Use and Abuse of Biology. An Anthropological Critique of Sociobiology*, The University of Michigan Press, Ann Arbor.

SCIENCE FOR THE PEOPLE, Ann Arbor... Editorial Collective

1977: *Biology as a Social Weapon*, Burgess, Minneapolis.

SFEZ, Lucien

1984: *Leçons sur l'inégalité*, Fondation Nationale des Sciences Politiques, París.

TARSKI, Alfred

1951: *Introducción a la lógica y a la metodología de las ciencias deductivas*, Espasa-Calpe, Buenos Aires (e. o. de 1940).

WILSON, Edward O.

1978: *On Human Nature*, Harvard University Press, Cambridge.

1980: *Sociobiología: la nueva síntesis*, Omega, Barcelona (e. o. de 1975).

PERSPECTIVAS DE LA INVESTIGACION SOCIAL: EL DISEÑO EN LA PERSPECTIVA ESTRUCTURAL

Jesús Ibáñez

Generalmente, la palabra «diseño» nos remite a una operación tecnológica: el diseño dentro de una técnica que se ha elegido (por ejemplo, una encuesta estadística o un grupo de discusión). Pero ¿por qué se ha elegido esa técnica y no otra? El investigador social suele elegir, sin pensar demasiado en la elección, la técnica que tiene más a mano: bien por razones personales (uno es experto en esa técnica), bien por razones organizativas (uno trabaja en una organización constituida para trabajar con esa técnica), bien por razones institucionales (uno pertenece a una institución interesada en vender esa técnica).

La *tecnología* nos da razón de *cómo* se hace. Pero antes de plantear el problema de cómo se hace, hay que haber planteado los problemas de *por qué* se hace así (nivel *metodológico*) y *para qué* o *para quién* se hace (nivel *epistemológico*). Bourdieu (1976) señala tres operaciones necesarias para el dominio científico de los *hechos sociales*: una «conquista contra la ilusión del saber inmediato» (epistemológica), una «construcción teórica» (metodológica) y una «comprobación empírica» (tecnológica). Las tres operaciones están jerarquizadas. Cada una da razón de las siguientes, construye un metalenguaje sobre ellas¹. Bourdieu se inspira en Bachelard (1949) para quien el hecho científico se *conquista, se construye, y se comprueba*.

Las tres perspectivas de la investigación social —que más adelante analizaremos—, la distributiva, la estructural y la dialéctica, puntúan de modo diferente estos niveles: la perspectiva distributiva puntúa sobre todo el nivel tecnológico (es empirista), la perspectiva estructural puntúa sobre todo el nivel metodológico (articula empirismo y formalismo), la perspectiva dialéctica puntúa sobre todo el nivel epistemológico (articula empirismo, formalismo e intuicionismo). Para que la discusión sea completa, nos situaremos en la perspectiva dialéctica.

¹ Hay una inversión al llegar al tercer nivel: la tecnología y la metodología se atienen a lo dicho y lo sabido —son positivas—, la epistemología persigue lo no dicho y no sabido —es negativa— (como la perspectiva dialéctica de la investigación social es negativa, frente a la positividad de las perspectivas distributiva y estructural).

Vamos a hablar del diseño, integrando los tres niveles (epistemológico, metodológico, tecnológico), las tres operaciones (conquista, construcción, comprobación) y las tres modalidades (cómo, por qué, para qué o para quién).

En primer lugar, discutiremos la transformación del *requerimiento* explícito en *demanda* implícita. Es una operación epistemológica: el requerimiento es formulado en términos ideológicos y hay que traducirlo a términos científicos (es una operación de «conquista contra la ilusión del saber inmediato»). En segundo lugar, discutiremos la *elección de la perspectiva metodológica* adecuada para responder a la demanda implícita, y de las *técnicas* concretas dentro de esa perspectiva. Es una operación metodológica: una «construcción teórica». En tercer lugar, discutiremos *el diseño propiamente dicho* dentro de la técnica seleccionada —teniendo en cuenta los presupuestos epistemológicos y metodológicos—. Es una operación tecnológica: una «comprobación empírica».

Del requerimiento explícito a la demanda implícita

Las expresiones *requerimiento* («commande») explícito y *demanda* («demande») implícita proceden de Herbert (1966).

La práctica técnica —como la que realizamos los investigadores sociales— está referida a *finés* que se realizan *fuera* de la propia técnica: «llena una necesidad, una carencia, una demanda, que se definen fuera de la práctica misma». Este «fuera» puede pertenecer al espacio de una *teoría* (así ocurre en las ciencias naturales: se puede utilizar la técnica para verificar o falsear una teoría —como dicen que hizo Galileo cuando arrojaba distintos objetos desde la torre de Pisa—) o al espacio de una *ideología* (como hacemos los sociólogos cuando realizamos investigaciones mediante encuesta estadística o grupo de discusión —dispositivos de investigación que son metáforas de dispositivos de dominación—). Aunque la teoría está articulada con la ideología; se desgaja de ella, pero se alimenta de ella. Aunque la ideología está articulada con la teoría social organizada (con lo que los marxistas llaman modo de producción).

Como dice Serres (1977), el desarrollo de la física ha producido teorías y técnicas muy potentes en el dominio del estado sólido, pero apenas ha producido un saber científico sobre los estados fluidos (sobre meteoros y turbulencias). Podemos calcular con siglos de antelación el momento preciso en que se producirá un eclipse, pero no podemos calcular con un día de antelación si lo podremos ver o se interpondrá una nube. Ello es así porque el poder se ejerce mediante una red sólida de circulación por la que circulan como fluidos las personas y las cosas. Hasta ahora, toda la atención se ha centrado en la construcción de esa red sólida, que pretendía ser perfectamente continente. Ahora, surge la necesidad de atrapar los fluidos que no han sido capturados (la «guerra de las Galaxias», por ejemplo, exige el control de los meteoros) o que se han escapado (la publicidad, por ejemplo, exige el control de las pulsiones). Empieza a desarrollarse una física —y otras ciencias— de los estados fluidos.

La demanda implícita expresa siempre el desajuste entre las *relaciones sociales* y el *estado de la producción*: la *demanda* es de *transformación* permanente de las relaciones sociales. La demanda es formulada por alguien en forma de requerimiento, por un cliente o jefe (o por instancias superiores en el propio investigador): quedan determinados, a la vez, la producción y el consumo del objeto. Hay una relación de complementariedad entre el requerimiento (particular) y la de-

manda («ondulatoria»: el requerimiento discreto es un punto en una onda continua).

En las ciencias naturales, entre el requerimiento y la demanda se interpone una teoría: en el continuo de la teoría tienen su lugar los requerimientos particulares. El requerimiento articula inmediatamente con la teoría, y sólo mediatamente con la ideología que la funda. La articulación entre la teoría y las técnicas es interior a la formación científica. En las ciencias sociales, el requerimiento articula inmediatamente con la ideología: las llamadas *teorías sociológicas* —subtenidas por el enfrentamiento dual sociología/socialismo— son *metáforas de la ideología dominante* (los dispositivos tecnológicos son metáforas de metáforas).

Las dos técnicas de investigación que hemos mencionado, la encuesta estadística y el grupo de discusión, tienen como referente inmediato la ideología. El *capitalismo de producción* era *individualista* (el individuo era el supuesto sujeto de la producción, aunque de hecho era fragmentado en gestos y comportamientos parcelados para acoplarse a dispositivos maquínicos de producción). El *capitalismo de consumo* es *grupalista* (el grupo es el supuesto sujeto, aunque es el objeto verdadero, de consumo, los consumidores consumen el grupo de consumidores —la marca no marca ya el producto, marca al consumidor como miembro del grupo de consumidores de la marca—). En el capitalismo de producción, decía la ideología: la sociedad es un conjunto de individuos idénticos, idéntico cada uno a cada otro e idéntico cada uno a sí mismo (no cambia), libres o autónomos todos. Si fuera así (que no lo es: son sujetos mientras están sujetos, al hablar son hablados, al hacer son hechos) la sociedad se ajustaría al modelo *gas perfecto*, y la podríamos investigar con la misma metodología estadística. En el capitalismo de consumo dice la ideología: Dios ha muerto y, al no haber nadie que nos dé su acuerdo, tenemos que ponernos de acuerdo entre nosotros. Las decisiones se producen por *consenso* y el grupo de discusión es una máquina para producir consensos.

El que en las ciencias sociales las técnicas no articulen con la teoría, sino con la ideología, no es una casualidad. Las necesidades de la sociedad no siempre son compatibles con los deseos de los individuos: la función de la *ideología* consiste en hacer deseables por los individuos las necesidades de la sociedad, para lo cual tiene que producir una representación de ella que *rellene los huecos y aplane las contradicciones* (el orden social aparece, a la luz de la ideología, como continuo y coherente). En el diálogo de Platón «Las leyes» dice un personaje «... suponiendo que tengáis leyes bastante buenas, una de las mejores será la que prohíba a los jóvenes preguntar cuáles de ellas son justas y cuáles no». No se puede preguntar por las leyes: el orden social, para que sea efectivo, ha de ser inconsciente para los ciudadanos. Sólo cuando las necesidades de manipulación dentro del orden social exigen desvelar alguno de sus aspectos, como cuando la manipulación a conciencia del efecto de sociedad y del efecto de lenguaje por la publicidad, en la sociedad de consumo, exige —y permite— poner de manifiesto cómo funcionan esos efectos, el orden social se hace parcialmente consciente (Ibáñez, 1979).

Vamos a analizar algunos ejemplos de transformación en términos de demanda social implícita de requerimientos explícitos de investigación:

a) El primer caso se refiere a *quién* —y *para qué*— va a utilizar la información producida por la investigación. La palabra información articula dos significados, informarse de (*información*) y dar forma a (*neguentropía*). El que información y neguentropía sean equivalentes cuantitativamente (la fórmula es

$$I = N \log_2 h = -E$$

donde N indica el número de selecciones necesarias entre h componentes para conocer el estado de un sistema en un momento t , el que las fórmulas sean isomorfas, no implica que cualitativamente los conceptos coincidan. Tenemos, por una parte una *observación* (descripción del estado —pasado— de un sistema), por otra parte una *acción* (prescripción del estado —futuro— de un sistema): la medida de la información es función de las posibilidades que produce en el sentido de la transformación del sistema hacia una mayor organización (hacia el aumento de la neguentropía). Cuando *observamos* algo transformamos su *neguentropía en información* (la cantidad irá de 0, si no es discernible ni describible, a 1, si es completamente discernible y describible). Cuando *actuamos* sobre algo —organizándolo o reorganizándolo— transformamos la *información en neguentropía*. Una investigación social *extrae*, por la observación, información y devuelve, por la acción, neguentropía.

Durante los años del desarrollo económico en España, hubo una profunda transformación en las empresas privadas y en las instituciones públicas. La investigación social —que, significativamente, se desarrolló en esa época— fue uno de los factores de esa transformación. Uno de los aspectos de esa transformación fue la *incorporación*, a los staffs directivos, de *tecnócratas*: así, tecnócratas ligados al Opus Dei entraron en el Gobierno, y técnicos profesionalmente cualificados —a menudo vía matrimonio con la hija del presidente del Consejo de Administración— entraron en las empresas familiares (generalmente procedentes de los departamentos de dirección comercial, marketing o publicidad: eran entonces las funciones con mayor valor para la supervivencia de la empresa, como lo habían sido antes las de producción —dominio de los ingenieros—, como lo serían después las de contabilidad y finanzas —con la expansión del capitalismo transnacional—). Dicen que cuando el ministro Ullastres empezó a manejar datos e informes técnicos en el Consejo de Ministros, todos sus compañeros enmudecieron: no porque los convenciera sino porque los deslumbraba. Similarmente, para imponerse a su suegro y a los demás familiares que soportaban la propiedad de la empresa, el nuevo director general, y antiguo director comercial o jefe de publicidad o de marketing, que soportaba la gestión, encargaba estudios de mercado, no sólo ni principalmente para informarse (pues estaba intuitivamente informado), sino también y sobre todo para imponerles las decisiones que ya había tomado (deslumbrándolos más que convenciéndolos). La función de esos estudios era fundamentalmente retórica: no es lo mismo decir «se debe hacer así porque yo creo que es lo mejor» que «se debe hacer así porque así lo demuestra científicamente este informe que ocupa tres tomos y ha costado diez millones de pesetas». La transformación (neguentropía) demandada por el cliente era la transformación dentro de la dirección de la empresa —o del Gobierno en el caso de Ullastres—. Requerían información técnica expresando una demanda de información mítica.

Muchos investigadores extrapolan a todas las situaciones. Recubren el vacío informativo, en el plano técnico, de sus informes con una cobertura retórica impresionante: encuadernación en piel con letras de oro grabadas a fuego, complicadas e incomprensibles fórmulas matemáticas, apelaciones al carácter profundamente científico de la investigación (si fuera realmente científica no sería necesario llamarla científica como no es necesario llamar natural a un zumo hecho de naranja exprimida).

b) El segundo caso se refiere al *por qué* la investigación se hace como se hace. Supongamos que un investigador recibe este requerimiento del cliente —empresa comercializadora o publicitaria—: «Quiero que me haga usted una encuesta

para ver cuál de estos dos anuncios *gusta más* a mis *clientes potenciales*.» La transformación del requerimiento en demanda exige poner en cuestión las tres expresiones en cursiva: *clientes potenciales*, *gusta más*, *encuesta*.

El requerimiento se funda en discursos ideológicos: el consumidor es el rey del mercado (su gusto es ley), la encuesta es por antonomasia la técnica de investigación (los consumidores son autónomos), el que compra un producto está en condiciones de calcular la máxima satisfacción por el mínimo coste. Pero las cosas no son como se dice.

¿Quién es el cliente potencial, el comprador o el consumidor —cuando no son el mismo, como cuando el ama de casa compra para la familia, como cuando uno compra para regalar?—. El *regalo*, por ejemplo, implica una relación sádico-masquista entre dador y tomador: se regala para *transformar* al tomador; para imponerle una *forma* (como cuando la esposa regala a su esposo una corbata «para que no vaya tan desaseado»). Cliente potencial no es un término sino una relación o sistema de relaciones, en este caso un sistema de relaciones entre dador y tomador. Sólo en casos de consumo en solitario (masturbatorio) el cliente potencial está individualmente acotado.

El que un anuncio guste no es ni suficiente ni necesario para que sea eficaz. La eficacia de un anuncio exige una comunicación que articule componentes manifiestos y *conscientes* con componentes latentes² e *inconscientes* (la publicidad es siempre subliminar). La madre no compra braguitas de plástico para que su hijito esté sano y disfrute de la vida: las compra para disfrutar ella de una vida más cómoda (ésta es la *motivación*), pero debe justificarse —la sociedad la ha diseñado de acuerdo con un modelo de madre que incluye el sacrificio por su hijo— diciendo que lo que es cómodo para ella es sano para el niño (ésta es la *racionalización*). A esta demanda contradictoria respondería un anuncio que dijera la racionalización (lo sano y feliz que va a estar el niño) y mostrara la motivación (lo descansada que va a estar la madre): por ejemplo, una voz en *off* dice el mensaje consciente, e imágenes de una señora rozagante muestran el mensaje inconsciente (subliminar). La publicidad está hecha para manipular al consumidor: si a éste le dan a elegir entre dos anuncios, elegirá —y en la elección se conjugarán mecanismos conscientes e inconscientes— el que menos le manipule. Tiene que elegir el manipulador, no el manipulado (cuando a Bertoldo le dieron a elegir un árbol para ahorcarle no encontró árbol a gusto).

La encuesta no parece una técnica adecuada para investigar la (posible) eficacia de un anuncio. Salvo casos como el de un condenado a muerte aislado en capilla, los consumidores suelen conversar con otros consumidores, la respuesta al anuncio es grupal. La eficacia de un anuncio está mediada por *interacciones de grupos* de consumidores. Hace algunos años, a propuesta del difunto señor Pemán, la Academia Española de la Lengua sugirió como denominación del «brandy» jerezano, cuando la denominación «cognac» quedó monopolizada por los productores de Cognac (Francia), la palabra «Jernignac». A primera vista parece un compromiso satisfactorio. Hasta que surgió un chiste: un señor entra en una cafetería: «Jernignac, por favor. —Sí, la primera puerta a la derecha.» De la palabra «Jernignac» nunca más se supo. Es posible que, tomados uno a uno, los consumidores de «brandy» reaccionen favorablemente a la palabra «Jernignac» pero, tomados en grupo, alguno contará el chiste o a alguno se le ocurrirá otro chiste.

² Alfonso Ortí llama «profundo» al nivel inconsciente. Reserva el término «latente» para lo que Chomsky (Chomsky, 1970) llama «estructura profunda», alcanzable mediante una transformación racional.

Este requerimiento expresa una demanda fácil de delimitar: la empresa que encarga el estudio busca un anuncio que transforme a los consumidores, que produzca un hacer de los consumidores por el decir del anuncio (que les incite a comprar). La respuesta a esta demanda sería: a un conjunto de uno o varios grupos de discusión entre consumidores potenciales se les mostraría un anuncio, y a otro conjunto equivalente de grupos de discusión se les mostraría el otro anuncio; en cada conjunto, analizaríamos (inductivamente) lo que dicen del producto después de haber visto el anuncio, e inferiríamos (deductivamente) cómo transforma su hacer ese decir; compararíamos el efecto sobre ambos conjuntos, el efecto semántico (lo que ellos dicen) y el efecto pragmático (lo que hace con ellos). El conjunto pertinente de grupos podría ser, para los casos mencionados: en el caso de un producto para regalar, quizá un grupo de dadores, un grupo de tomadores, y un grupo mixto de dadores y tomadores; en el caso de una braguita, quizá un grupo de madres «naturalizadas» y un grupo de madres desnaturalizadas (o un grupo mixto con ambos tipos de madres); en el caso del «brandy», la solución sería más compleja (pues se compra para regalar, y se consume en grupos homosexuales —maridos en el bar, o amas de casa en el hogar— y heterosexuales —conjuntos de parejas—, y en situaciones masturbatorias —machos o hembras solitarios—: habría que diseñar grupos que recubrieran las distintas situaciones).

c) El tercer caso se refiere a *cómo* se hace.

Un investigador recibe el siguiente requerimiento del Ministerio de Sanidad: «Hágame una encuesta para saber cuántos ciudadanos españoles tienen agua corriente y agua caliente.»

El *para qué* y *para quién* es fácil de inferir: la transformación que puede facilitar esta información puede ser un plan del Ministerio para fomentar la instalación de agua corriente y agua caliente en las viviendas españolas. El *por qué* no plantea problemas: la encuesta estadística es la técnica más adecuada para obtener esta información. Pero el *cómo* ha de ser puesto en cuestión.

Tener o no tener agua corriente o agua caliente no es un atributo del individuo sino de la familia o del hogar (hay una correspondencia casi biunívoca entre el conjunto de familias y el conjunto de hogares). Será necesaria una muestra de hogares, no de individuos: y cualquier individuo entre los que habitan el hogar podrá responder al cuestionario. Cuando diseñamos una muestra ponemos en juego dos tipos de unidades: unidades respondentes (los sujetos que responden al cuestionario) y unidades referentes (los objetos de los que hablan esos sujetos). En este caso, preguntando a un individuo de cada familia incluida en la muestra sobre la característica del hogar en que habitan (existencia o no de instalaciones de agua corriente y agua caliente) podríamos saber lo que el ministerio nos ha pedido.

Perspectivas de la investigación social

Una vez que hemos traducido el requerimiento explícito en términos de demanda implícita, una vez que hemos reducido los componentes ideológicos del requerimiento, debemos seleccionar la técnica o las técnicas de investigación que nos van a permitir responder a esta demanda: que nos van a producir las informaciones requeridas por las transformaciones demandadas.

Podemos considerar tres perspectivas metodológicas de la investigación social: *distributiva*, *estructural* y *dialéctica* (Ibáñez, 1986 a).

El lenguaje es, a la vez, instrumento y objeto de la investigación social. Hay sistemas físicos (energéticos) y sistemas lingüísticos (informáticos), según que las conexiones en el sistema sean energéticas o informáticas. Los sistemas físicos son dinámicos; son lingüísticos los sistemas biológicos (conexión mediante códigos genéticos) y los sistemas sociales (conexión mediante códigos lingüísticos). El orden social es del orden del *decir*: está generado por *dictados* o prescripciones e *interdicciones* o proscipciones. La investigación social implica clausura lingüística, hablamos del lenguaje con el lenguaje.

Un análisis del lenguaje permite separar un componente *semiótico* (lo que hay de fuerza en el habla) y un componente *simbólico* (lo que hay de significado en el habla). Respectivamente, lo que dice (semántica) y lo que hace (pragmática). Por ejemplo, de las dos obras más conocidas de Marx, *El capital*, es un análisis teórico del modo de producción capitalista y pone en juego sobre todo el componente semántico, y el *Manifiesto comunista* es un panfleto movilizador y pone en juego sobre todo el componente pragmático. Y podemos separar, dentro del componente simbólico, una dimensión *referencial* o *deíctica* (el lenguaje apuntando a la realidad translingüística) y una dimensión *estructural* o *anafórica* (el lenguaje apuntando al lenguaje). Una palabra —como un nombre propio, o un nombre común afectado de deícticos— puede intercambiarse, bien por una cosa (es la dimensión referencial: la expresión «esta mesa» se intercambia por el objeto mesa que está más próximo al emisor), bien por otra palabra o expresión (es la dimensión estructural: la expresión «mesa» se intercambia por otra expresión que constituye su definición, como «mueble, por lo común de madera, que se compone de una tabla lisa sostenida por uno o varios pies, y que sirve para comer, escribir, jugar u otros usos» —del mismo modo que la moneda «duro» se intercambia por una cosa, una naranja, o por otras monedas, cinco pesetas—).

La perspectiva distributiva, cuya aplicación más general es la *encuesta estadística*, aplica la dimensión *referencial* del componente *simbólico*: permite decir de cosas o estructuras espacio-temporales translingüísticas (investigación de hechos)—por eso la llamamos *deíctica*—. La perspectiva estructural, cuya aplicación más general es el *grupo de discusión*, aplica la dimensión *estructural* del componente *simbólico*: permite decir del lenguaje mediante el lenguaje (investigación de «opiniones») —por eso la llamamos *anafórica*—. La perspectiva dialéctica, cuya aplicación más general es el *socioanálisis*, aplica el componente *semiótico*: permite hacer con el lenguaje.

Si analizamos los juegos de lenguaje que constituyen el dispositivo de producción de datos en las tres perspectivas, tendremos: *entrevista* (interacción entre un entrevistador y un entrevistado: relación no simétrica) en la encuesta estadística; *discusión* (interacción sólo verbal entre unos pocos: relación simétrica) en el grupo de discusión; *asamblea* (interacción no sólo verbal entre muchos) en el socioanálisis. En el grupo de discusión —y, por supuesto, en la encuesta— se intercambian significados o informaciones, en el socioanálisis se intercambian también fuerzas o energías: la asamblea modifica la realidad —la correlación de fuerzas— más que el grupo de discusión (juega directamente con la energía, en vez de jugar sólo con la información —que también pone en juego alguna energía—).

Toda situación de interacción verbal conjuga un contexto *situacional* o existencial (plano de la enunciación) y un contexto *convencional* o lingüístico (plano del enunciado). El plano de la enunciación pone en juego una compleja red de relaciones sociales (*efecto de sociedad*) y el plano del enunciado pone en juego una compleja red de relaciones lingüísticas (*efecto de lenguaje*). En el socioanálisis

(asamblea) se despliegan en todas sus dimensiones ambos contextos (se ponen en juego todas las dimensiones y componentes de ambas redes): el proceso de producción, generado por la red de relaciones sociales; y el producto, generador por la red de relaciones lingüísticas. Las demás técnicas son generadas por *degeneración* —pérdida de algún componente o dimensión— de esta técnica. El grupo de discusión despliega en todas las dimensiones ambos contextos, pero el contexto existencial (enunciación) está amputado de su componente semiótico (la fuerza se disipa en significado). La entrevista llamada en profundidad despliega todo el plano del enunciado, pero el plano de la enunciación (red de relaciones sociales) degenera a una simple relación entrevistador/entrevistado. El análisis estructural de textos despliega todo el plano del enunciado, pero el plano de la enunciación es totalmente censurado. La entrevista con cuestionario degenera el plano de la enunciación (la red de relaciones sociales es reducida a una relación entrevistador/entrevistado) y el plano del enunciado (el juego de lenguaje pregunta/respuesta sólo permite respuestas fragmentadas, rompiendo la cadena sintáctica). El análisis estadístico de datos degenera de la misma forma el plano del enunciado (datos fragmentarios) y censura totalmente el plano de la enunciación. El investigador debe reconstruir —lo que exige imaginación sociológica— los componentes y dimensiones degenerados o censurados (en esa intención se inscribe la reciente creación de un «defensor del pueblo» en el diario *El País*).

Podemos considerar tres niveles en un sistema (Wilden, 1977): el nivel de los *elementos*, el nivel de las relaciones entre elementos (*estructura*), y el nivel de las relaciones entre estructuras —relaciones entre las relaciones— (*sistema*). Para los sistemas sociales, la perspectiva distributiva alcanza el nivel de los elementos, la perspectiva estructural alcanza el nivel de la estructura (la estática, pero no la dinámica), la perspectiva dialéctica alcanza el nivel del sistema (la dinámica). Por ejemplo, podríamos preguntar si un ejército es democrático: la respuesta exige articular los tres niveles (si los militares tienen un talante democrático, si las relaciones entre militares son democráticas —objeción de conciencia, derecho de huelga, etc.—, si la institución trabaja para la democracia).

Hay sistemas totalmente distributivos: el todo se distribuye en sus partes, como el sistema gas perfecto, o el sistema social si fuera como dice la ideología dominante. Hay sistemas totalmente estructurales: cada elemento o parte está sujetado por la red de relaciones, como una teoría científica. Hay sistemas totalmente sistémicos: no hay elementos autónomos ni estructuras estables, todo bulle, como el caos original del que surgieron las distribuciones y las estructuras. Las distribuciones constituyen una segunda articulación, las estructuras una primera. Los sistemas sociales conjugan las tres dimensiones: hay elementos (individuos), hay estructuras (relaciones bastante invariantes) y hay sistema (el sistema social reproduce su estructura cambiando, es abierto). Una investigación del sistema social exige la conjugación de las tres perspectivas: todas son necesarias, pero ninguna es suficiente (son complementarias). El *empiricismo* es el desbordamiento de la perspectiva distributiva. El *estructuralismo* es el desbordamiento de la perspectiva estructural. El *marxismo* es el desbordamiento de las perspectiva dialéctica.

A medida en que el nivel de *organización* de los sistemas se desarrolla, se reduce la *redundancia* en el sistema. Un vegetal, por ejemplo, tiene muchas hojas, flores, etc., idénticas estructural y funcionalmente: esta redundancia le permite defenderse contra el azar, puede perder hojas o flores sin morir. Un animal superior, por ejemplo, tiene, a lo más, dos manos o pies u ojos o riñones o testículos o hemisferios cerebrales, etc. (no completamente redundantes, pues dos pies o ma-

nos permiten la acción en el espacio tridimensional, dos ojos u orejas permiten la observación en el espacio tridimensional): su cerebro —y en los seres humanos su lenguaje— les proporciona otros medios para defenderse contra el azar —adelantándose a él—. Los sistemas sociales combinan la redundancia con la información: la perspectiva distributiva (estadística) controla la redundancia, la perspectiva estructural (lingüística) controla la información, la perspectiva dialéctica controla la resolución de las contradicciones entre redundancia e información (entre el polo individual y el polo social).

Un investigador *extrae información mediante la observación y devuelve neguentropía mediante la acción*. Participa visiblemente en la observación, pero no participa visiblemente en la acción (la acción pertenece a los clientes o jefes). Pero los dispositivos de investigación social implican una acción sobre la sociedad que transforma la sociedad. Tienen una cara visible semántica (observación) y una cara invisible pragmática (acción): respectivamente, lo que dice y lo que hace la investigación. Vamos a ver primero lo que dice y luego lo que hace.

a) *Modos de observación*

Los dispositivos de investigación social permiten observar dispositivos de acción social que tengan la misma forma.

Veamos un ejemplo. Hay distintos modos de participación política. Hay dispositivos de participación política que tienen la misma forma que la encuesta (las elecciones), hay dispositivos que tienen la misma forma que el grupo de discusión (las conversaciones entre ciudadanos), y hay dispositivos que tienen la misma forma que el socioanálisis (las acciones de masas: asambleas, manifestaciones, etc.). Si observamos un dispositivo de acción con un dispositivo de investigación de nivel inferior, lo destruimos al observarlo. Rompemos los enlaces o conexiones —estructurales— entre los elementos: así, si —por ejemplo— observamos un dispositivo conversacional o de acción de masas con un dispositivo distributivo, rompemos las conexiones, informáticas en el primer caso, también energéticas en el segundo. Un grupo o una masa no son una suma, sino un producto: por eso se dice que la unión hace la fuerza.

Si queremos medir la «fuerza» de una fuerza política, los dispositivos de medida —perspectivas metodológicas— medirán sólo los dispositivos de acción que tengan su misma forma. Así, por ejemplo, en España, el PSOE o Coalición Popular parecerán tener mucha fuerza medida con dispositivos distributivos (unas elecciones o una encuesta); los artistas e intelectuales parecerán tener mucha fuerza medida con dispositivos estructurales (una tertulia o un grupo de discusión); MC o Comisiones Obreras parecerán tener mucha fuerza medida con dispositivos dialécticos (una manifestación o un socioanálisis). El PCE se suicidó políticamente el día que aceptó medir sus fuerzas con dispositivos distributivos (la fuerza de las urnas). La democracia totalitaria intenta reducir la participación de los ciudadanos a los votos: votar es necesario (hay que votar) y suficiente (no hay que hacer otra cosa que votar).

Una investigación sobre la participación de los españoles en la vida política exigiría poner en juego los tres tipos de dispositivos de observación (la lucha armada sólo es medida por la lucha armada, no admite modelos de simulación). Dispositivos distributivos, como la encuesta, investigarían el comportamiento electoral (único en dirección al pasado y múltiple —hay muchos futuros posibles— en dirección al futuro). Dispositivos estructurales, como el grupo de discusión, inves-

tigarían el comportamiento conversacional —fundamental en la génesis de la llamada «opinión pública»— (en la conversación o discusión se enfrentan los diferentes discursos difundidos por los distintos medios de comunicación). Dispositivos dialécticos, como el socioanálisis, investigarían el comportamiento en acciones de masas (que, como demuestran las actuales movidas pacifistas, inciden en muchas decisiones).

Cada dispositivo de información, cada perspectiva metodológica, cada técnica, tiene un campo de observación propio.

Dentro de la perspectiva *distributiva*, hay técnicas que implican la producción *primaria* de datos (como la encuesta estadística), que producen los datos dentro del proceso de investigación, y técnicas que implican la recolección —*secundaria*— de datos, producidos fuera del proceso de investigación. Las primeras pueden funcionar respecto a las segundas, como suplementos (cuando no se dispone de datos), o como complementos (cuando hay que poner en cuestión el proceso —*censurado*— que ha producido los datos). Como ejemplo de la primera situación: hace años, Sweezy y Baran intentaron calcular qué parte del producto bruto norteamericano se gastaba en la producción y qué parte se gastaba en reproducir las relaciones sociales de dominación; no encontraron datos disponibles, porque el sistema sólo produce los datos que son funcionales para su supervivencia. Como ejemplo de la segunda situación: hace años —aunque menos— intenté diseñar una muestra maestra, como primera operación recopilé datos sobre municipios, uno de ellos el porcentaje de población subalimentada en cada uno; vi con sorpresa que en los municipios andaluces había una baja proporción, y en los municipios catalanes una alta proporción, de población subalimentada; traté de enterarme del proceso de producción de los datos —procedentes de un informe sobre el Plan CCB de Cáritas—, y supe que los investigadores habían escrito a los alcaldes solicitando los datos; los alcaldes andaluces —probablemente terratenientes— escondían las miserias debajo de la alfombra, usaban las estadísticas miticamente, como eslabones de un discurso triunfalista, mientras que los alcaldes catalanes —probablemente industriales— exhibían y magnificaban sus miserias, usaban las estadísticas técnicamente, como eslabones de un discurso peticionario o negociatorio (tenían argumentos para pedir subvenciones o exenciones fiscales, instalación de nuevas industrias, declaración de zona de riesgo catastrófico, etc., cuando se presentase la ocasión).

Dentro de la perspectiva *estructural*, hay técnicas de producción *primaria* de datos (como el *grupo de discusión* y la *entrevista llamada en profundidad*) y técnicas de recolección *secundaria* de datos (como el *análisis estructural de textos*). La dispersión de un conjunto semiótico se unifica, bien en dirección a un eje genético —postulando un autor (subjetivo)—, bien en dirección a una estructura profunda —postulando un sentido (objetivo)—: la entrevista en profundidad se inscribe en la búsqueda de un eje genético, el grupo de discusión se inscribe en la búsqueda de una estructura profunda. Supongamos que estamos investigando la marginación: hay grupos marginados (como las minorías étnicas: negros en USA o gitanos en España), e individuos marginados (como los ancianos o los delincuentes); los grupos marginados proceden de una intrusión (por captura —como los negros— o infiltración —como los gitanos—), mientras que los individuos marginados proceden de una desviación (no son productivos —como los ancianos— o son antiproductivos —como los delincuentes—). El grupo de discusión será más adecuado para investigar a los grupos marginados, la entrevista en profundidad será más adecuada para investigar a los individuos marginados (como lo serán

también las *historias de vida*). El análisis estructural de textos (un editorial de *El País*, un noticiario de TVE, etc.) es un complemento del grupo de discusión: el primero investiga emisiones públicas, el segundo investiga emisiones privadas (en las que dejan huella las emisiones públicas). Hay dispositivos generativos (lengua o competencia) y aplicaciones fenomenales de esos dispositivos (habla o actuaciones): los discursos, cursos capturados por *cadena* lógicas de *razonamiento*, físicas de *probabilidad* o morales de *promesa*, son dispositivos generativos, que se aplican en los textos (en un texto se enfrentan muchos discursos). La *ideología* pertenece al nivel *generativo*, es una *estructura profunda*: es un subconjunto del lenguaje, recorta el ámbito de lo decible, reduce el conjunto de elementos y reglas, dispone de una gramática particular. Por eso valen poco las técnicas de análisis de contenido, que se atienen a lo fenomenal, a lo dicho, a los enunciados —a la estructura superficial—: la ideología no es del orden de lo dicho, sino del orden de lo decible (Ibáñez, 1985 a).

Dentro de la perspectiva *dialéctica*, hay una técnica que funciona a nivel micro (el *socioanálisis*) y una «técnica» que funciona a nivel macro (la *revolución*). El socioanálisis es análisis institucional en situación (*in vivo*). Hay dos instituciones que nunca funcionan: la psiquiátrica (mientras el médico se empeña en curar al loco) y la pedagógica (mientras el profesor se empeña en enseñar al alumno). El orden social necesita su reforma, para evitar la revolución. Hay que dar la palabra al loco y al estudiante, pero hasta un cierto límite: de modo que no contagien a toda la sociedad. Así surgió el socioanálisis. Pero cuando una sesión socioanalítica contagió por resonancia a toda la sociedad (mayo 68), el socioanálisis fue puesto en cuarentena. No son perfectamente continentes las fronteras que separan el socioanálisis de la revolución.

b) *Modos de acción*

Los dispositivos de investigación son dispositivos de acción: dicen algo sobre la sociedad, pero también hacen algo en la sociedad.

La *investigación* es una operación de la *caza*. *Investigar* viene de «*uestigo*» (seguir las huellas que deja una presa en el camino). Los dispositivos de investigación son dispositivos de *predación*: son capturados los cuerpos (en la selección de la muestra, o en la reunión del grupo, o en la elección de una institución) y son capturadas las almas —las *hablas*— (en la entrevista, en la discusión, en la asamblea).

La investigación social es un modo de tomar medidas de la sociedad, en el doble sentido de tomar medidas a (observación) y tomar medidas sobre (acción). Las medidas que se toman son —según niveles de cuantificación— del tipo clasificación (nominal), del tipo ordenación (ordinal) o del tipo medición (interval, de razón o absoluta). Sólo es posible y necesario clasificar, ordenar y medir cuando hay más de una alternativa. En sistemas dinámicos (físicos) sólo hay una alternativa, en sistemas «lingüísticos» (regulados por códigos genéticos a nivel biológico, por códigos lingüísticos a nivel social) hay varias alternativas. Hay una correlación uno-a-varios entre dos estados del sistema. Los sistemas «lingüísticos» están regulados por un dispositivo de doble articulación: un nivel dinámico o *hard-ware* (que funciona como segunda articulación) es controlado por un nivel lingüístico o *soft-ware* (que funciona como primera articulación). El *soft-ware* (o *logical*) es una clasificación simplificada del *hard-ware* (o *material*). Para clasificar, ordenar y

medir, la evolución produce diversos dispositivos de *soft-ware*: los sociólogos formamos parte de uno de esos dispositivos (Ibáñez, 1985 b).

Veamos cómo capturan los cuerpos y las almas las diferentes perspectivas de la investigación social. Las tres perspectivas de la investigación social están doblemente articuladas: disponen de dos pinzas, una que captura los cuerpos (selección de las personas que van a interactuar lingüísticamente) y una que captura las almas (sometimiento de esas personas a peculiares juegos de lenguaje).

En la perspectiva distributiva, cuyo modelo general es la *encuesta estadística*, la red utilizada como dispositivo de captura de datos tiene forma de *matriz*: esa matriz —cada columna corresponde a un respondente, cada fila a una pregunta— es una figuración de las dos dimensiones de estriaje del espacio social. La dimensión vertical apunta a los individuos supuestos pilares fijos del orden social (y al organigrama), según la ideología del capitalismo de producción, la dimensión horizontal apunta al juego de lenguaje (pregunta/respuesta) a que son sometidos. En la perspectiva estructural, cuyo modelo general es el *grupo de discusión*, la red utilizada como dispositivo de captura experimenta una *expansión* —en sentido topológico, una exfoliación— en las dos dimensiones: de individuo a *grupo* (y al sociograma), de pregunta/respuesta a *conversación* según la ideología del capitalismo de consumo. Esta expansión es la figura de un espacio de mayor libertad (aunque sea una libertad sólo táctica, una retirada estratégica de los dispositivos de constricción, una libertad de primera especie o restringida). La unidad no se constituye en el presente, sino en el pasado o en el porvenir (en el pasado mediante la persecución de un eje genético, en el porvenir mediante la persecución de una estructura profunda). En ambos casos —como eje genético o estructura profunda— la unidad funciona como límite, abortada en el presente, vale precisamente por su ausencia (como todos los equivalentes generales de valor —Padre, en el intercambio de sujetos; Moneda, en el intercambio de objetos; Lengua, en el intercambio de mensajes—: el presente no vale nada, sólo vale lo ausente —sólo necesitamos un vale para lograr lo ausente—). La unidad se constituye, como exterioridad y trascendencia, fuera del sistema al que unifica y conjunta: Deleuze y Guattari llaman a esta operación *sobre-codificación* (Deleuze y Guattari, 1980³). En la perspectiva dialéctica, cuyo modelo general es el *socioanálisis*, la red utilizada como dispositivo de captura experimenta una *expansión estratégica*. No pone (pues, trabaja *in vivo*) más restricciones ni constricciones que las que ya había. Permite una libertad de segunda especie o generalizada. Son tres modos de comunicación, respectivamente mediante raíz (la encuesta) —unidad visible—, mediante radícula (el grupo de discusión) —unidad invisible—, mediante rizoma (el socioanálisis) —multiplicidad—.

En la perspectiva *distributiva* —en su técnica más general, la encuesta estadística—, la primera pinza es la *selección de la muestra* y la segunda pinza es la *entrevista con cuestionario*. Veamos qué acción ejecutan, qué transformación producen en las formas sociales, la forma-muestra y la forma-cuestionario.

La *muestra* es una caza de cuerpos. El predador es el entrevistador (en realidad, es un auxiliar de cetrería del verdadero predador), la presa es el entrevistado. La entrevista es una intersección entre las líneas de universo de entrevistador y entrevistado. La probabilidad de intersección es función de las respectivas posicio-

³ La sobrecodificación se produce cuando un sistema es observado y controlado por otro sistema. La investigación supone siempre una sobrecodificación, en la perspectiva de un observador humano, individual en dirección al habla o colectivo en dirección a la lengua, que introduce una dimensión vacía suplementaria a las dimensiones que observa.

nes de clase. Entre la muestra teórica —en la que todos tienen la misma probabilidad— y la muestra empírica hay grandes diferencias. *No todos* los presuntos *entrevistados* tienen la *misma probabilidad* de ser entrevistados. El poder se reserva el azar (es impredecible) y atribuye la norma (predice). El verdadero cazador, decía don Juan Matus, no sólo conoce las rutinas de la presa sino que él mismo no tiene rutinas. La entrevista implica dos operaciones, la *localización* del presunto entrevistado, y la *entrevista* propiamente dicha. Tienen mayor probabilidad de ser localizados, los que están asentados mucho tiempo en un espacio (porteros o comerciantes), y los que recorren rutas regulares en el espacio-tiempo (probos funcionarios o *amas de casa*): los que se mueven mucho e irregularmente —sus trayectorias son brownianas— son difíciles de localizar. Una vez localizados, tienen mayor probabilidad de ser entrevistados (en general, asaltados por policías o vendedores o pedigüños) los que están en posición de objeto, los que no tienen derecho a la palabra: los poderosos que tienen ese derecho, y los rebeldes que luchan por ese derecho, son difíciles de entrevistar. Los poderosos disponen de barreras defensivas (guardias, perros, porteros, mayordomos). Los rebeldes son capaces de decir «No». En la muestra aparecen sobrerrepresentados los objetos, subrepresentados los sujetos. No importa: sólo los que son objeto son objetivo para el cazador; las encuestas se inscriben en estrategias de manipulación y sólo los objetos son manipulables. *No todos* los *entrevistadores* tienen la *misma probabilidad* de entrevistar. Según su posición de clase (en clases socioeconómicas, de edad, de sexo, etc.), unos pueden llegar más fácilmente a unos sectores y otros a otros (un chico con pantalón vaquero y melenas a un barrio estudiantil, un caballero con corbata y raya al medio a un barrio residencial). En la estrategia de entrevista, estas limitaciones se atenúan, bien en el proceso de selección de entrevistadores (seleccionando entrevistadores adecuados para cada sector), bien en el proceso de su formación (por adaptación, bien mimética o metafórica —adoptando el aire de cada sector—, bien dramática o metonímica —jugando el papel adecuado, suscitando la solidaridad de clase, exhibiendo poses agresivas o lacrimógenas—).

Desde estos puntos de vista, la forma-muestra hace más neta la separación entre objetos y sujetos —entre amos y esclavos—, inmovilizando a los primeros en su posición de objetos mediante domesticación, movilizándolo a los segundos para su actuación como sujetos mediante doma (los entrevistadores son alevines de vendedores o ejecutivos). Además: la forma-muestra implica que cada *individuo* es *extraído* del *contexto* de su red de relaciones sociales, y que un subconjunto —la muestra— *representa* a un conjunto —el universo—. Lo *primero* supone, semánticamente que quedan *fuera* del campo de *observación* las *relaciones sociales* (con lo que nunca podrán ser puestas en cuestión), pragmáticamente que los objetos de la investigación *nunca serán sujetos*, no llegarán a formar conjunto porque nunca estarán juntos (cada uno no sabe nada de cada otro). Ya vimos cómo la insurrección de mayo 68 fue catalizada por un grupo de socioanálisis, que —porque estaban juntos— llegó a formar conjunto, a devenir grupo-sujeto, a tomar la palabra. Si, por casualidad, los entrevistados en una encuesta llegaran a estar juntos, también podrían llegar a formar conjunto y a tomar la palabra: la encuesta diseñada por Faucault para investigar las condiciones de vida en las cárceles catalizó —puesto que los presos estaban juntos— el movimiento insurreccional en las prisiones. Cuando prende un movimiento insurreccional en contexto estudiantil u obrero —por ejemplo, una huelga—, como dispositivo apagafuegos la dirección suele proponer la sustitución de la asamblea, como lugar para tomar decisiones, por el voto individual y secreto (censo) o incluso por una encuesta (muestra): son inten-

tos de reducir la fuerza del conjunto en lucha. Lo *segundo* supone, semánticamente que los *representantes* aparecen como *equivalentes* de hecho a los *representados*, pragmáticamente que los representantes adquieren el *derecho a representar* a los representados.

La *entrevista* es una caza de almas: por la boca muere el pez —si muerde el anzuelo—, y también el ser humano. El juego de lenguaje a que es sometido el entrevistado —la forma-cuestionario— es: por su forma, un juego pregunta-respuesta (un *test*); por su contenido, una simplificación del lenguaje —un dispositivo semántico-pragmático de homogeneización—. Sujeto es el que pregunta y objeto el que se limita a responder (aunque por dentro vaya la procesión: un resto latente de contestación). La situación elemental de interacción social es una «conversación entre interlocutores *A* y *B*, en un lenguaje *L*» (Pask, 1976): lo que implica, por una parte que la relación de los interlocutores sea simétrica (que se intercambie el papel de sujeto) y que la operación de unos sobre otros sea reversible (que haya retroacción recíproca), por otra parte que el lenguaje sea común a los interlocutores (para que haya comunicación). La entrevista supone una relación antisimétrica y una operación irreversible e irretroactiva (el que responde no puede preguntar al que pregunta) y el entrevistador impone su lenguaje (el lenguaje de sus amos) al entrevistado. Lo que implica, semánticamente que *sólo se retienen las respuestas manifiestas* y se dejan de lado las contestaciones latentes (el mismo día en que las calles de Portugal estallaban de claveles, los periódicos de Lisboa publicaban los resultados de una encuesta que mostraba que los portugueses eran apolíticos), pragmáticamente que los individuos *se acostumbran a sólo responder*, a sólo elegir entre las respuestas (o los candidatos) que se les proponen. Las *preguntas* y las respuestas han de formularse en un lenguaje que sea, por una parte, *comprensible* por todos; por otra parte, *igualmente comprensible por todos* (no ambiguo ni contradictorio). Thorndike propuso una vez un fichero de mil palabras inglesas que cumplían esos requisitos, para uso de psicólogos en sus tests y sociólogos en sus cuestionarios. Lo que implica, semánticamente, que sólo se obtiene una *visión simplificada* de las cosas; pragmáticamente, que este modo de proceder constituye un dispositivo de *homogeneización*. En las encuestas se suelen incluir preguntas del tipo: «¿Prefiere usted la música clásica o la música moderna?» Esta clasificación simplificada no es inocente: hay, según Xenakis, música catalítica (movilizador) y música catártica (paralizadora); la clasificación en clásica y moderna purga a la música de sus componentes catalíticos, música clásica es la encerrada en museos (por desaparición del autor y/o usura de su contenido informativo ya no moviliza a nadie, por eso todos convienen en su valor), música moderna es la otra —la sombra— de la música clásica (en el mismo *pot-pourri*, se mezclan las formas musicales anodinas —las canciones televisivas, el folklore de la sección femenina, los cánticos de Plácido Domingo— con las más vivas, por su contenido —el *Folk*—, o por su forma —el *Free Jazz* o la *New Thing*, el *rock Light* o *Heavy*—: de modo que unas formas anulen a las otras). Así se genera una «cultura de masas».

Decía Luhman que un sistema tan complejo como el capitalismo de consumo o sociedad postmoderna necesita para funcionar dos condiciones: *no todos los mensajes pueden circular libremente* entre todos los ciudadanos, lo que implica que, por una parte (y semánticamente) *se reduzca* el número de ciudadanos a los que llegan, como emisores y/o receptores, los mensajes y *se simplifiquen*, en extensión y en comprensión, esos mensajes, y que, por otra parte (y pragmáticamente) *se orienten las aspiraciones* de los ciudadanos en dirección a los fines del sistema (Luhman, 1969). La encuesta estadística, por su forma-muestra y su forma-cuestio-

nario, así como otros dispositivos (las elecciones) isomorfos a ella, contribuye a que prevalezcan estas condiciones. Es el hilo rojo de lo que llaman modernización.

En la perspectiva *estructural* —en su técnica más general, el grupo de discusión—, la primera pinza es la *convocatoria del grupo* (selección de participantes y encarrilamiento hacia el local de reunión), la segunda pinza es la *discusión en el grupo*. Veamos qué acción ejercen la forma-grupo y la forma-discusión.

La forma-grupo implica: los individuos son conjuntados (puestos juntos), y el microconjunto representa al macroconjunto. La muestra en una encuesta es un conjunto algebraico (sin fronteras que mantenga juntos a los elementos del conjunto), el conjunto de los participantes en una discusión en grupo es un conjunto topológico (*cercado por una frontera*). Lo que hace posible que el grupo pueda devenir grupo-sujeto (tomar la palabra). En cierta ocasión realicé una investigación con madres de minusválidos: el grupo de discusión fue el germen de una asociación de familiares de minusválidos. Pero la frontera que separa el interior del exterior del grupo (el microconjunto del macroconjunto) es artificial: ha sido trazada arbitrariamente por el investigador, y sólo va a permanecer —aunque puede quedar alguna huella— durante el tiempo de la discusión (al contrario de lo que sucede con los grupos espontáneos). Es una frontera casi perfectamente continente: *impide* que la *acción* del grupo *se propague* a la sociedad global. Es una acción limitada y controlable (la frontera espacial del grupo está doblada por una frontera temporal, que se ciñe al tiempo de la discusión). Aunque no es imposible que el grupo permanezca, es poco probable. Por otra parte, el grupo —al contrario que la entrevista— es confortable: se pasa bien en el grupo. Es una técnica tácticamente expansiva y liberadora, aunque estratégicamente constrictiva y represora (la información que produzca se le va a devolver enajenada, en forma de manipulación publicitaria o propagandística). Este microconjunto tan artificial y tan precario va a *representar* al macroconjunto: los participantes se sienten el ombligo del mundo, el grupo es un supuesto centro de reflexiones (y, en cierto modo, de decisiones). Lo que no deja de tener consecuencias: semánticamente que la *macroestructura* social es *dejada de lado* (psicosociologismo), pragmáticamente que es un dispositivo de *privatización de lo público* (ya no hay mítines ni asambleas, las disposiciones se toman en pequeño comité —incluso el Parlamento está siendo puteado—).

La forma-discusión implica: se conversa, pero no se hace otra cosa que conversar. Para que el diálogo sea posible, deben reunir ciertas condiciones los sujetos (que dialogan) y los objetos (sobre los que dialogan): los *sujetos* deben estar en relación *simétrica* (deben poder intercambiar su papel de sujeto de la enunciación: no es posible, por ejemplo, el diálogo entre padres e hijos o entre propietarios y proletarios), y los *objetos* no deben afectar profundamente ni al *interés* ni al *deseo* de los sujetos (no es posible el diálogo entre Reagan y Gorbachov sobre desarme: pues la carrera armamentística afecta profundamente a los intereses de los sistemas que representan, es vital para los USA y es mortal para la URSS; no es posible el diálogo entre dos niños que se disputan una pelota, pues el objeto disputado afecta profundamente al deseo de los contendientes; en los dos casos, ha de aparecer un tercero —la presión de las luchas pacifistas, el maestro que resuelva el problema a bofetones⁴—). Todas las relaciones, por excluyentes que sean, dejan

⁴ La gran mistificación del programa «La Clave» dependía de una doble ficción, la ficción de la simetría donde no hay simetría (un diálogo entre torturador y torturado engulle al torturado en el discurso del torturador) y la ficción de que hablando siempre se entiende

abierto un portillo al diálogo (padres e hijos o propietarios y proletarios pueden hablar de fútbol), todos los conflictos, por irreconciliables que sean los deseos y/o intereses de los contendientes, dejan abierto un portillo a la transacción (se pueden negociar ciertos rincones, ciertos ritmos, de la carrera, de armamentos). Lo que introduce la limitación no es el hecho de conversar, sino el hecho de *no hacer otra cosa que conversar* (lo que implica la pérdida del derecho a hacer otras cosas). Lo que no deja de tener consecuencias: semánticamente se retiene el decir pero *se deja de lado el hacer*, pragmáticamente es un dispositivo de *inhibición del paso a la acción* (hay que analizar las cosas más que actuar sobre ellas, la acción es un *acting-out*, todo se puede negociar y consensuar). Dicen que cuando los bárbaros irrumpieron en el Imperio Romano de Oriente, los sabios estaban discutiendo sobre los ángeles (si los ángeles tienen sexo, cuántos ángeles caben en la punta de un alfiler).

El capitalismo de producción era individualista: sólo eran individuos —como en Roma— los padres —los Padres de la Patria o, para llamarlos por su nombre, los patrones—. El capitalismo de consumo es grupalista: todos los hermanos (los ciudadanos) son individuos si y sólo si quedan encerrados en el grupo (fuera del grupo, bárbaros exteriores o intrusos y bárbaros interiores o desviantes, todo es oscuridad y rechinar de dientes —es la democracia totalitaria—). Cuando Dios vivía, la verdad, el bien y la belleza dependían de *Su acuerdo*. Dios ha muerto, y no nos queda más remedio que *ponernos de acuerdo* entre nosotros sobre lo que es verdadero, bueno o bello: es el consenso. El grupo de discusión es fábrica (un dispositivo para fabricar consensos) y escena (una fabulación de que el consenso es posible). Lo mismo que otros dispositivos isomorfos a él, contribuye a producir y a reproducir las ficciones ideológicas sobre las que reposa el capitalismo de consumo.

En la perspectiva *dialéctica* —en su técnica más general, el socioanálisis—, la primera pinza es la *selección de la institución*, la segunda pinza es el enfrentamiento en *asamblea* de los estamentos. Veamos qué acción ejercen la forma-institución y la forma-asamblea.

La *institución* es recolectada, no producida: es una investigación *in vivo*. Pero la selección de la institución responde a un requerimiento puntual (de la dirección, o respaldado por la dirección) que, a su vez, responde a una demanda (de transformación o reforma de la institución). La producción y el consumo de la investigación quedan así determinadas. La estrategia en la que se inscribe la investigación es la reforma de una institución particular. La acción que ejerce la investigación es ilimitada dentro de la institución (en el sentido de que no le pone límites, sino que más bien tiende a desplazar los que tiene), pero limitada —a una institución— en el sistema institucional. Pero las *fronteras* que separan a una institución del resto del sistema institucional no son *apenas continentales*, pues el proceso de investigación no refuerza, ni dobla con otras fronteras, las fronteras existentes. Un socioanálisis catalizó —como vimos— la revolución de Mayo 68 (fuera del proceso de investigación, un dispositivo isomorfo con él puede catalizar un movimiento revolucionario: así, el dictador colombiano Rojas Pinilla fue derribado por el movimiento que produjo por resonancia una manifestación estudiantil). Así como el grupo de discusión deja fuera del campo de investigación de macrogrupo —ateniéndose sólo a su reflejo en el microgrupo—, el socioanálisis incluye

la gente (cuando hay conflicto de deseos o intereses, el diálogo continúa la lucha con otras armas).

en su campo de observación (y de acción) las relaciones —las fronteras— entre la institución y el sistema institucional. Lo que implica: semánticamente que se acerca al *límite posible* de potencia de la *investigación social*, pragmáticamente que *no pone frenos* ni bridas a la *acción social* (puede extender, por resonancia, su campo de aplicación).

La *asamblea* es la situación de interacción verbal que genera enlaces —conexiones— más fuertes entre los participantes, y potencia y amplifica la fuerza de esos enlaces: una asamblea puede terminar en posición activa, continuada por una manifestación o movida similar (contrasta la acción catalítica de la asamblea con la acción catártica de la discusión). La fuerza del conjunto se potencia de la muestra al grupo, del grupo a la asamblea: así como se extiende la amplitud de su campo de acción. Lo que implica: semánticamente que *integra* la investigación del *decir* (informático) y el *hacer* (energético) y que *incluye* en su campo la investigación de lo *posible*, pragmáticamente que es un dispositivo estratégicamente *expansivo y liberador*.

Un socioanálisis no es una revolución, ni siquiera un paso hacia la revolución (aunque ocasionalmente pueda ser el fulminante). Como reconoce Lapassade, el efecto del socioanálisis es la *simple reforma de las instituciones* a las que se aplica (como la intervención mediante la dinámica de grupos contribuye a la reforma de las organizaciones). «Yo no practico el socioanálisis para hacer la Revolución, podría decir, todo lo más, que practico el socioanálisis para tratar de comprender *por qué y cómo ocurre que la revolución no se hace* y, si se hace, por qué da nacimiento a una nueva clase» (Lapasade, 1971). Pero, así como las perspectivas distributiva y estructural se consumen en un intento de evitar el cambio o controlarlo, la perspectiva dialéctica (como otros dispositivos isomorfos con ella) se inscribe en una estrategia de *producir el cambio*. Es el sentido de la inversión señalada en la nota 1: en vez de tratar de fijar la realidad a su estado positivo, tratar de moverla hacia su(s) estado(s) posible(s).

c) Selección de modos de observación y acción

Según *quién* demanda y *qué* demande, tanto en dirección a la *observación* o información, como en dirección a la *acción* o neguentropía, tanto en dirección semántica como pragmática, deberemos seleccionar las *perspectivas* metodológicas y las *técnicas*.

Hemos visto cómo el análisis de la demanda reduce los componentes ideológicos del requerimiento, pero los reduce en la cabeza del investigador y no en la del cliente o jefe. Los clientes y jefes suelen ser más reticentes al empleo de técnicas estructurales que al empleo de técnicas distributivas —les aterra la posibilidad de que sus «subordinados» lleguen a formar conjunto, aunque sea precario— (de técnicas dialécticas ni se habla). Cuando el cliente o el jefe requieren técnicas distributivas para hacer frente a una situación que demanda técnicas estructurales, puede ser que el cliente o jefe acepte la propuesta del investigador o que no la acepte (o lo que es más frecuente, que la acepte el interlocutor directo pero no la acepten en instancias superiores de su empresa o institución). En mi práctica profesional, he tenido muchas veces que acudir a una solución de compromiso: en esos casos, he diseñado una investigación a base de técnicas estructurales (por ejemplo, grupos de discusión), y la he complementado con una encuesta —que, por estar más implantada en la ideología dominante, tiene mayor eficacia retórica, es más creíble— (los grupos de discusión producen el componente técnico de la información,

la encuesta produce el componenté mítico). En casos como éste, por razones tanto técnicas como éticas, se debe advertir al cliente o jefe: lo que le va a ayudar a solucionar su problema es esto, pero si usted quiere gastar tiempo y dinero podemos hacer también esto —daño no le va a hacer—.

A veces hay que renunciar al dispositivo más adecuado de observación por las acciones que le son inherentes. Por ejemplo: para investigar ciertos problemas de una empresa o institución puede ser más eficaz como dispositivo de observación un grupo de discusión, e incluso un socioanálisis, pero los peligros que supone su uso para el *statu quo* lo hacen desaconsejable. Entonces se sustituye, como en el caso de las huelgas antes mencionadas, por una encuesta. Las resistencias al uso del dispositivo de observación más adecuado pueden provenir de: simples prejuicios ideológicos de los responsables, o peligros objetivos para la supervivencia, bien de la élite dominante (a los caciques rurales o académicos no les interesa la «modernización»), bien de la empresa o institución. No es indiferente el hecho de que la investigación sea requerida por instancias de la cúspide (dirección) o por instancias de la base (sindicatos u otras instancias reivindicativas o revolucionarias). Siempre habrá resistencias por parte de las instancias cuyos intereses son contradictorios con la instancia requirente: pero siempre habrá un resquicio para el acuerdo, ya que la demanda lo exige (pues la situación problemática —esa es la demanda— puede ser tal que la falta de acuerdo ponga en peligro la supervivencia de la empresa o institución). La selección de la perspectiva metodológica, y de las técnicas, puede exigir una complicada negociación.

La selección de *perspectivas* puede ser *excluyente* —una sola— o *inclusiva* —una combinación de varias—. La combinación puede estar articulada *exteriormente* o *interiormente*, en *paralelo* o en *serie*.

La investigación puede ser expresión de un contexto *teoremático* o de un contexto *problemático*. El orden teoremático es el de las constantes o esencias fijas —discontinuas—, el orden problemático es el del flujo de sus variaciones continuas (Deleuze y Guattari, 1980, 455). Los lenguajes científicos tienen estructura teoremática, pero sus contextos de aplicación tienen estructura problemática (no me importa lo que dice Katona, yo lo que quiero es vender sopas). Lo que nos conduce de una dimensión anafórica (lo que dicen Fulano y Fulano) a una dimensión deíctica (lo que tenemos que hacer aquí y ahora para resolver el problema al que nos enfrentamos). Cuando investigamos desde un contexto teoremático, solemos seleccionar una sola perspectiva y una sola técnica (estamos encerrados en el *formalismo metodológico*). Cuando investigamos desde un contexto problemático, debemos hacer una articulación más o menos compleja de perspectivas y técnicas. Por ejemplo: si investigamos sobre la «actitud de los españoles ante la OTAN», debemos integrar todas las perspectivas y técnicas. La distributiva, pues hay pendiente un referéndum que tiene forma distributiva; la estructural, pues el eventual votante en el referéndum es bombardeado por la propaganda que intenta «persuadirle» de lo buena o lo mala que es la OTAN (los diferentes discursos pro o anti-OTAN van a presionar sobre él: con retazos de esos discursos construirá un discurso «personal»); la dialéctica, porque dispositivos de fuerza (el chantaje golpista, o las luchas pacifistas) van a ser factores de la opinión o de la decisión. El Gobierno podría estar interesado en una investigación que combine grupos de discusión (para analizar la estructura de los discursos anti y pro y estar en condiciones de producir un discurso propagandístico —uno de cuyos eslabones sería la formulación de la pregunta para el referéndum—) y encuestas (para medir la distribución de las respuestas a las diferentes preguntas —hasta dar, si es posible, con

la pregunta que asegure la victoria—). La Comisión Anti-OTAN podría estar interesada en una batería de socioanálisis que le permitiera explorar los límites de la movilización posible.

La *articulación* de las perspectivas puede ser *exterior* o *interior*. Lo más frecuente es la articulación exterior: por ejemplo, en el último caso citado —en la perspectiva del Gobierno— los grupos de discusión y las encuestas eran independientes articulados en serie. Pero la articulación puede ser interior, no inter-técnicas sino intra-técnicas: en la misma técnica pueden estar incluidas varias perspectivas.

Un caso de articulación *mínima*: cuando, por razones técnicas o míticas, hay que realizar una encuesta de opinión, es necesaria una investigación *estructural* como fase *previa* (generalmente, algún grupo de discusión). De lo contrario, la investigación reflejará la opinión del que redactó el cuestionario, no la de aquellos a los que se aplica. Supongamos que pedimos la redacción de una pregunta clave para juzgar al Presidente del Gobierno a sociólogos de diferente ideología: un sociólogo en la órbita de AP haría preguntas del tipo «¿Cree usted que es una persona con autoridad?»; un sociólogo en la órbita de PRD formularía preguntas del tipo «¿Cree usted que es una persona eficaz?»; un sociólogo en la órbita de CDS formularía preguntas del tipo «¿Cree usted que es una persona honesta?»; un sociólogo en la órbita de PSOE formularía preguntas del tipo «¿Cree usted que es una persona moderna?»; un sociólogo en la órbita de PCE —o similares— formularía preguntas del tipo «¿Crees que defiende los intereses de tu clase?», etcétera. Si antes de realizar las preguntas un sociólogo, en cualquiera de estas órbitas, realiza uno o varios grupos de discusión, no impondrá su perspectiva ideológica, sino que tendrá en cuenta todas las perspectivas ideológicas vigentes.

Cabe también una articulación *máxima*. Una encuesta opera con unidades en distintas dimensiones (gente, productos de la actividad de la gente, espacio, tiempo...) y a diferentes niveles en cada dimensión [en la dimensión «gente»: individuos, conjuntos de individuos (familias), conjuntos de conjuntos de individuos —conjuntos de familias— (entidades de población), etc.]. Se puede diseñar una encuesta, que analice *estructuralmente* cada *unidad*, y *distributivamente* la distribución de los *conjuntos de unidades*. Por ejemplo: si tomamos como unidades «conjuntos profesor/alumnos», podemos realizar un análisis de cada unidad, estructural de la relación alumno/alumno (por ejemplo, mediante un test sociométrico), dialéctico de la relación profesor/alumnos (un pequeño socioanálisis) —así detectaremos, respectivamente, la estructura y el sistema—; y un análisis del conjunto de unidades (ver cómo se distribuyen los tipos de estructura y/o sistema). Las limitaciones de las diferentes perspectivas, aunque hay límites objetivos, suelen ser subjetivas (falta de imaginación sociológica de los investigadores —que es, por supuesto, inducida socialmente—).

La selección de técnicas dentro de una perspectiva es un problema relativamente trivial.

En la perspectiva distributiva podemos producir primariamente datos (encuesta) o recogerlos secundariamente. En general, recurrimos a la producción primaria cuando no hay datos disponibles para la recolección secundaria. La expresión «no hay datos» articula varios sentidos: no los hay, los hay pero no son fiables (bien en un contexto técnico, bien en un contexto ideológico). Los errores técnicos suelen ser actos fallidos ideológicos. El mismo requerimiento puede expresar diferentes demandas: no es el mismo el requerimiento de «datos estadísticos sobre el paro» —medir el paro— desde la cúspide que desde la base. Las medidas sobre

el paro que se vayan a emprender desde la cúspide constituirán un simple maquillaje del paro (suavizar las cifras, disimular el paro). Las medidas sobre el paro que se vayan a emprender desde la base tenderán a solucionar el problema del paro, bien a nivel individual (subvenciones a parados), bien a nivel colectivo (generar inversión que genere puestos de trabajo). Los índices que miden las fluctuaciones del coste de la vida suelen ser más altos cuando proceden de los sindicatos que cuando proceden de las patronales o de los gobiernos. El requerimiento responde a diferentes demandas: demandas de manipulación técnica de las patronales (subir menos los salarios), demanda de manipulación ideológica de los gobiernos (demostrar el éxito de su política económica) —ambas son demandas de manipulación dentro de la estructura y el sistema—, demandas de transformación de la estructura (si son reformistas) o del sistema (si son revolucionarios), de los sindicatos. No hay índice objetivo: sólo es objetivo dentro de unos objetivos (si es adecuado para esos objetivos).

En la perspectiva estructural podemos producir principalmente textos (mediante entrevistas individuales —en profundidad—, o mediante grupos de discusión) o recogerlos secundariamente (análisis estructural de textos). La recolección secundaria se refiere más bien al plano de los emisores —a los que tienen derecho a la palabra—, la producción primaria al plano de los receptores —a las minorías silenciadas—. A estas minorías, pues son objetos y están privados de la palabra, hay que darles —por un día— la palabra. En su cuerpo ha sido grabada la ley, a nivel generativo o de lengua o de competencia: hay que hacerles hablar, a nivel fenomenal o de habla o de actuación, para deducir del habla la lengua, de la actuación la competencia, de lo fenomenal lo generativo. Cuando el objeto de manipulación sea un objeto total (un individuo) o busquemos un eje genético, será más adecuada la entrevista en profundidad. Cuando el objeto de manipulación sea un grupo (un objeto parcial) o busquemos una estructura profunda, será más adecuado un grupo de discusión. Incluso es posible el empalme en serie de grupos de discusión y entrevistas en profundidad: el grupo es, filogenéticamente y ontogenéticamente, anterior al individuo; después de la discusión, pueden ser entrevistados los participantes, para ver qué efectos ha producido en ellos.

En la perspectiva dialéctica, sólo hay una técnica más o menos codificada⁵ (el socioanálisis). Pero podemos considerar que se inscribe en esta perspectiva toda *intervención in vivo*. Bien a nivel de los individuos o del grupo (dinámica de grupos), bien a nivel de las estructuras o de la organización (intervención a lo Touraine), bien a nivel de los sistemas o de la institución (socioanálisis). Cuanto más bajo sea el nivel, más débil será la intervención (y menos peligrosa para el *statu quo*). Lo instituyente presionará para bajar de nivel, lo instituyente presionará para subir de nivel.

Diseño del diseño

Un proceso de investigación puede ser abierto o cerrado a la información. Es cerrado cuando el proceso de investigación sólo produce las informaciones previstas en el diseño (previamente programadas). Es abierto en la medida en que puede producir informaciones no previstas en el diseño. Hay dos modos de informar un sistema: *inyectarle información* desde fuera (mediante un programa), o

⁵ Cuanto más alto es su nivel lógico, menos codificadas están las técnicas. Alfonso Ortí llama, por eso, al grupo de discusión «práctica» y no técnica.

hacerle *capaz de producir información* desde dentro (de integrar el azar) —von Foerster, 1960—. En el campo pedagógico, al primer modo le llamamos enseñar y al segundo modo le llamamos aprender. Los profesores académicos enseñan, inyectan información al alumno y verifican la inyección mediante un examen memorístico; los profesores críticos enseñan a aprender, incitan a los alumnos a pensar. El primer modo es eficaz cuando el futuro es una copia del pasado, cuando no hay cambios en el medio (y el genotipo se aplica siempre en el mismo fenotipo); el segundo modo es eficaz cuando el futuro no es una copia del pasado, cuando hay cambios en el medio (y la correspondencia entre genotipo y fenotipo es no biunívoca). La utilidad de una *memoria* depende de la medida en que el futuro copie al pasado: es vital cuando el futuro es función del pasado, es mortal cuando el futuro es independiente del pasado (y en los demás casos, que son casi todos, es parcialmente vital y parcialmente mortal —y, en todo caso, ha de ser complementada por la *imaginación*—).

En la perspectiva distributiva, por ejemplo en la *encuesta* estadística, las informaciones que van a ser producidas han de haber sido *diseñadas previamente*, han de haber sido *pro-gramadas* (el investigador como algoritmo o robot —cumple órdenes—). Los datos tienen una estructura de matriz tridimensional (Galtung, 1966): un conjunto inestructurado de respuestas (valores) a un conjunto inestructurado de preguntas (variables) hechas a un conjunto inestructurado de individuos (unidades). Las tres dimensiones de la matriz han de haber sido diseñadas de antemano: en dirección a los valores los cuadros de resultados y el tratamiento a que han de ser sometidos (test de significación, análisis dimensional o causal), en dirección a las unidades el conjunto de individuos que van a ser entrevistados —la muestra— (y su relación con el universo, para que sea posible la extrapolación), en dirección a las variables el conjunto de preguntas que se les van a hacer —el cuestionario— (la redacción de cada pregunta y la secuencia de las preguntas). La *suerte* está *echada antes de empezar* la investigación propiamente dicha (los llamados trabajos de campo). En las perspectivas estructural o dialéctica, por ejemplo en el *grupo de discusión* o en el *socioanálisis*, el *diseño* es *coextensivo* al *proceso* de investigación: los participantes (en la discusión, en la asamblea) pueden *plantear sus propias preguntas*. Si queremos investigar la «imagen» del Presidente del Gobierno: en una encuesta estadística tendríamos que formular preguntas precisas (si tiene autoridad, si es eficaz, si es honrado, si es moderno, si representa a la clase social del entrevistado, etc.) —y, por el hecho de formularlas, las transformaríamos en pertinentes—; en un grupo de discusión son los participantes los que formulan las preguntas —los que establecen las dimensiones desde las que va a ser «juizado»—, y pueden establecer algunas menos o algunas más (si es guapo, buen cristiano o jugador de golf). El *socioanálisis* es *más abierto* que el grupo de discusión: en el grupo de discusión hay *puntuaciones arbitrarias* del investigador (selección de participantes, propuesta de tema a discutir) y el proceso queda cerrado en esas dimensiones; en el *socioanálisis* no hay *puntuaciones arbitrarias* (no hay selección pues son incluidos todos los que forman parte de la institución, no hay propuesta de tema a discutir).

Un proceso abierto de discusión es posible si el investigador es integrado, como sujeto en proceso, en el proceso de investigación. A medida en que pasamos de la perspectiva distributiva a la estructural, y a la dialéctica, hay una integración mayor del investigador.

Podemos distinguir, con Bateson, *dos niveles* en un proceso de comunicación: un nivel *de contenido* (referencial), en cuanto transmite informaciones o computa,

y un nivel *relacional*, en cuanto impone relaciones u ordena (Ruesch y Bateson, 1965). El primer nivel, que implica comunicaciones *digitales*, es de tipo lógico más bajo que el segundo nivel, que implica comunicaciones *análogas*. El nivel relacional es una interacción entre sujetos. El nivel de contenido es objetivo⁶.

En la perspectiva *distributiva*, el sujeto es limpiamente evacuado. La objetividad es la intersección de intrasubjetividad (el mismo sujeto observa lo mismo en distintas ocasiones) e intersubjetividad (distintos sujetos observan lo mismo): se trata de un sujeto idéntico, idéntico cada uno a cada otro, idéntico cada uno a sí mismo (no cambia). Es un punto fijo sin extensión ni duración, un sujeto trascendental. El proceso está regido por un algoritmo o programa inyectado desde fuera. La *singularidad subjetiva* del investigador es reducida como «*ecuación personal*».

En la perspectiva *estructural*, el sujeto es *integrado parcial y transitoriamente*. Parcialmente, en cuanto es incorporado, aunque *sólo a nivel de contenido* de las comunicaciones, tiene que decidir lo que sin su decisión sería indecidible, la pertinencia de los datos que capta o de las interpretaciones que les impone. Transitoriamente, en cuanto es incorporado *sólo tácticamente a nivel relacional* de las comunicaciones: por táctica admite como interlocutores válidos a los sujetos que están en su campo de observación, pero dentro de una estrategia que tiende a remachar su objetivación.

En la perspectiva *dialéctica*, se pretende integrar al sujeto *total y definitivamente*, pues integra los niveles de contenido y relacional. Las otras dos perspectivas operan *in vitro*, produciendo cortes topocronológicos arbitrarios: esta perspectiva opera *in vivo*, alcanzando el techo de la objetividad y el techo de la racionalidad⁷. Traspasa los límites internos, *comunicando* la actividad intelectual, puesta en juego al nivel *de contenido*, y la afectividad, puesta en juego al nivel *relacional*, y los límites con el exterior, *aboliendo la separación sujeto* (investigador)/*objeto* (investigados).

Históricamente, hay tres momentos en el proceso de la integración sujeto (investigador)/ objeto (investigado). El *primer* momento corresponde al desarrollo de las ciencias *naturales* (físicas y biológicas): se enfrentan a una *realidad no hablante*, tratan a los objetos como a objetos. En este momento hay una neta separación entre el sujeto y los objetos. El *segundo* momento corresponde al desarrollo de las ciencias *humanas*: se enfrentan a una *realidad hablante silenciándola*, tratan a los sujetos como objetos. En este momento permanece la separación estratégica entre el sujeto y los objetos, pero el sujeto se aproxima tácticamente a los objetos para hacerlos hablar (aunque objetive su habla, reduciéndola a mero comportamiento). El *tercer* momento corresponde al desarrollo de las ciencias *sociales*: se enfrentan a una *realidad hablante potenciando su habla*, tratan a los sujetos como sujetos. En este momento queda abolida la separación entre sujeto y objeto. Este desarrollo es resumido —al modo en que la ontogénesis resume la filogénesis— en el desarrollo de las técnicas de investigación social: los tres momentos corresponden, respectivamente, al desarrollo de las perspectivas distributiva, estructural y dialéctica.

El *investigador social* forma parte de la sociedad que investiga, es un *dispositivo autorreflexivo* (un espejo) que la sociedad se pone —hay que tener en

⁶ Los términos originales son *report* (= descripción) y *command* (= prescripción).

⁷ Costa Pinto (1963, 15) afirma que «la objetividad de la ciencia de la sociedad (en una época como ésta en que vivimos un proceso de transformaciones aceleradas) consiste, sobre todo, en no tener compromisos con el orden social que se transforma».

cuenta que el reflejo articula un componente semántico o copia y un componente pragmático o mapa, una observación o información y una acción o neguentropía—. ¿Cómo es posible que, si es *interior*, se ponga en el *exterior* de la sociedad para observarla y actuar sobre ella? ¿Cómo, si es una *parte*, puede comprender al *todo* —la sociedad—?

Hay todos que son igual a la *suma* de sus partes (todos mecánicos: un puzzle es igual a la suma de sus piezas). Hay todos que son igual al *producto* de sus partes (todos estadísticos: la probabilidad de un atropello es igual al producto de las probabilidades de que el automóvil y el peatón pasen por el mismo punto en el mismo momento). Esos todos no se pueden reconstruir a partir de ninguna de sus partes (ni el puzzle a partir de una pieza, ni el atropello a partir de la trayectoria del coche). La sociedad no es ni una suma (como pretende la ideología del capitalismo de producción) ni un producto (como pretende la ideología del capitalismo de consumo) de individuos. Cantor ha investigado todos *autorreflexivos*, que pueden ponerse en *correspondencia* biunívoca con sus *partes*. Esos todos son los conjuntos transfinitos: por ejemplo, el conjunto transfinito de los números enteros puede ponerse en correspondencia biunívoca con el conjunto transfinito de los enteros pares ($1 : 2, 2 : 4, 3 : 6, \dots, n : 2n$), hay el mismo número de pares que de enteros, aunque los pares sean una parte de los enteros. La sociedad es un sistema *hipercomplejo*, porque es un *sistema complejo* (autorreflexivo) que tiene como *partes* sistemas *complejos* —los individuos— (autorreflexivos). La evolución ha puesto espejos en el corazón del universo: como el cerebro en los animales o el lenguaje en los humanos. En esos espejos se reflejan copias y se refractan mapas del universo. El sujeto humano es la única entidad que tiene a su disposición ambos tipos de reflejos. Es, por tanto, el único operador epistémico posible.

La verdad científica ha intentado articular dos pruebas: la prueba *empírica* (adecuación a la realidad) y la prueba *teórica* (coherencia del discurso). Heisenberg nos demuestra que la prueba empírica es imposible: no se puede determinar a la vez la posición y el estado de movimiento de una partícula (de ahí la complementariedad partícula/onda, si determinamos la posición tendremos una partícula, si determinamos el estado de movimiento tendremos una onda, pero nunca tendremos a la vez la partícula y la onda). Gödel nos demuestra que la prueba teórica es imposible: no puede haber una teoría que sea a la vez consistente (que todos sus enunciados sean demostrables) y completa (que contenga todos los enunciados verdaderos —siempre habrá un enunciado al menos que sea verdadero pero que no se pueda probar—). La prueba empírica y la prueba teórica son *paradójicas*. Es paradójico todo enunciado que se refiera a sí mismo (autorreferente): el conjunto de todos los conjuntos —paradoja sintáctica—, el mentiroso dice «yo miento» —paradoja semántica—, el padre dice al hijo «no me obedezcas» —paradoja pragmática—. Son sentencias autorreferentes la prueba empírica (pues hay que medir la materia con instrumentos hechos de materia) y la prueba teórica (pues hay que pensar el pensamiento o hablar del habla). La verificación, en ambas dimensiones, nos introduce en un proceso de *regresividad ilimitada*. La prueba empírica: en una nueva medición puedo tener en cuenta la distorsión que produzco en lo medido al medirlo, pero en otra nueva medición tendré que tener en cuenta la distorsión producida por la medición anterior, etc. La prueba teórica: puedo introducir la sentencia gödeliana —cuya verdad es no demostrable en esa teoría— como axioma de una metateoría, que a su vez producirá sentencias gödelianas que habrá que introducir como axiomas en una metametateoría, etc.

Sólo un *sujeto* humano, parlante o *sexuado* (esto es, castrado), puede enfrentarse con las paradojas. Sexuado: *sujeto dividido* en pos de un *objeto perdido*, que nunca podrá coincidir consigo mismo —siempre estará en proceso o devenir—, que nunca podrá alcanzar el objeto. Es la definición de un sistema abierto; abierto siempre a la búsqueda de nuevos fines (o valores). Porque no puede alcanzar la verdad no dejará de perseguirla; porque no hay respuesta definitiva no dejará de preguntar.

Al investigar el orden social transformo el orden social y me transformo yo. La transformación que se opera en mí es la medida de la transformación que se opera en la sociedad. Como la sociedad es un conjunto autorreflexivo, puede ponerse en correspondencia con una de sus partes (que soy yo). Un *sujeto en proceso* es la única *medida* de un *proceso social* (Ibáñez, 1986a).

En un proceso *cerrado* de investigación, como el que ocurre en la perspectiva distributiva, el *diseño* o programa ha de ser *explícito*: se puede enseñar a investigar, decir a un investigador cómo debe diseñar las investigaciones. En un proceso *abierto* de investigación, como ocurre en la perspectiva estructural y sobre todo dialéctica, el *diseño* o programa está *implícito* en el proceso de investigación (en el proceso del sujeto de la investigación en el proceso de investigación): no se puede enseñar a investigar, no se puede decir *a priori* a un investigador cómo debe diseñar las investigaciones. El diseño será modificado a la vista de sucesos imprevistos que ocurran a lo largo del proceso. Es la diferencia entre lo que tradicionalmente se ha llamado *técnicas* y *artes*. Una *técnica* se puede *transmitir* mediante una comunicación al nivel de *contenido*: así, mediante protocolos, cómo realizar un análisis químico o cómo cocinar un plato (o cómo realizar una encuesta). Un *arte* sólo se puede *transmitir* mediante una comunicación a nivel *relacional*: así, cómo pintar un cuadro o cómo operar una úlcera (o cómo realizar un grupo de discusión). En este caso se puede aprender mediante una relación interpersonal prolongada con uno que sabe: el pintor, el cirujano, o el sociólogo que trabaja con grupos de discusión suelen estar muchos años al lado de un «maestro» (también pueden aprender, emborrinando telas, matando enfermos, o mareando a la gente).

Limitaremos el diseño del *diseño* a las *puntuaciones* que el investigador introduce arbitrariamente en el proceso de investigación. Casi toda la investigación que se ha realizado hasta ahora —tanto en ciencias naturales, como en ciencias humanas o sociales—, pues se inscribe en una estrategia de poder (que se reserva el azar y atribuye la norma), ha sido en laboratorio o *in vitro* (los biólogos meten a los seres vivos en el laboratorio, los sociólogos convierten la sociedad en un laboratorio —sacan el laboratorio a la sociedad—). El investigador dispone de un casi omnímodo poder de puntuación: para trazar distinciones o fronteras. Toda frontera o distinción es trazada por alguien cuando sus dos bordes difieren, para él, en valor (Spencer-Brown, 1971). El investigador que trabaja *in vitro* o en laboratorio *traza* fronteras o distinciones: entre sistema y ecosistema, el conjunto de variables que designa como *dependientes* es el sistema y el conjunto de variables que designa como *independientes* es el ecosistema; dentro del sistema y el ecosistema, fragmentando ambos en variables separadas. Mediante un juego de lenguaje estímulo (pregunta)/respuesta, *manipula* arbitrariamente el ecosistema (las variables independientes) para computar/ordenar las variaciones arbitrarias requeridas por los poderes a los que sirve en el sistema. El investigador que trabaja *in vivo* no produce distinciones o fronteras, se limita a *recolectar* las que han

sido producidas «naturalmente»⁸. A lo largo del proceso de la evolución (biológica) y de la historia (humana) han surgido individuos —protosujetos o sujetos— con poder de puntuación, con poder para trazar fronteras o distinciones en función de diferencias de valor —para ellos— entre sus bordes. Para la energía no hay fronteras, para la información siempre. El *cristal*, que es el primer individuo o protosujeto (nivel 0), traza fronteras: entre su universo (solución sobresaturada) y el Universo, entre las partes de su universo *ya* incorporada (interior/pasado, sistema u organismo) y *por* incorporar (exterior/futuro, ecosistema o medio). El cristal propaga iterativamente una única información (incorporada de una vez), el *ser vivo* (nivel 1) es capaz de incorporar (por mutación genética o aprendizaje lingüístico) nuevos aportes de información, traza nuevas fronteras: entre el conjunto de la materia viva y su ecosistema, entre especies y entre cada especie y su ecosistema, entre organismos y entre cada organismo y su ecosistema, entre células y entre cada célula y su ecosistema, etc. Los biólogos que trabajan en laboratorio ignoran y/o rompen esas fronteras con sus diseños: como cuando se especializan en un aparato u órgano (la unidad está fuera de cada aparato u órgano). El *ser hablante* (nivel 2) desarrolla en extensión y en comprensión la capacidad de producir nuevas informaciones: hasta desarrollar —mediante la ciencia— un mapa del universo que casi alcanza a todos los puntos del espacio y a todos los momentos del tiempo. Surgen nuevas fronteras: como la frontera en el espacio que separa dos estados o dos grupos, como la frontera en el tiempo que separa dos períodos de una vida o dos generaciones. Los sociólogos de laboratorio ignoran o rompen esas fronteras. Sólo las fronteras lógicas —dentro de una lógica de la identidad y no contradicción— son perfectamente continentes: las fronteras genéticas y lingüísticas son parcial y selectivamente permeables, lo que importa es lo que pasa por la frontera, entre los dos bordes de la frontera. Una sociología urbana y una sociología rural —por ejemplo— son incompletas: sólo la investigación de la frontera entre lo urbano y lo rural nos puede dar razón de la ciudad y del campo (del campo a la ciudad pasan materias primas y fuerza de trabajo muy mal pagadas, de la ciudad al campo pasan sujetos, objetos y mensajes muy bien pagados y que —como los candidatos a diputado, los soplados preparados o los mensajes televisivos— tienen poco valor de supervivencia para los campesinos). No importa tanto lo que pasa en el campo o en la ciudad, como lo que pasa entre el campo y la ciudad.

Un observador, que puntúa semánticamente, y un actor, que puntúa pragmáticamente, están en un punto-momento de observación y/o acción. Ese punto-momento expresa un poder: y hay que explicitar ese poder. El proceso de esta explicitación se desarrolla en tres momentos: *absoluto*, *relativo* y *reflexivo*. En el momento *absoluto* el poder está implícito, el observador/actor está *fuera* del sistema que observa y sobre el que actúa y *no tiene en cuenta* que está fuera (simula ocupar el lugar de Dios). En el momento *relativo* el poder es parcialmente explicitado, el observador/actor está *fuera* y *reconoce que está fuera* (reconoce la posibilidad de muchos observadores cada uno con su perspectiva: pasamos del monoteísmo al politeísmo). En el momento *reflexivo* el observador/actor está *dentro* del sistema que observa y sobre el que actúa (y se reconoce como dispositivo de autorreflexividad de ese sistema) —Pask, 1976—. Son, respectivamente, las concepciones de la mecánica clásica (Newton), relativista (Einstein)

⁸ Para un individuo es naturaleza lo que no depende de su actividad (lo dado), es cultura lo que depende de su actividad (lo producido). A cada nivel de individuación cambia la definición de naturaleza y cultura.

y cuántica (Heisenberg). Dentro de las técnicas de investigación social, el primer momento corresponde a la perspectiva distributiva, el segundo momento corresponde a la perspectiva estructural, y el tercer momento corresponde a la perspectiva dialéctica. Cuanto más puntúa un investigador, menos tiene en cuenta sus puntuaciones.

Veamos qué puntuaciones realizan los investigadores en cada una de las tres perspectivas.

a) *Diseño en la perspectiva dialéctica*

La principal operación de diseño es la *recolección* de *analizadores naturales* y la *producción* de *analizadores artificiales*.

El análisis —lo mismo el socioanálisis que el psicoanálisis— *transforma en abierto lo cubierto* (pone de manifiesto lo latente, simula lo disimulado). La sexualidad adulta o la explotación feudal (patentes) no necesitan análisis: sí lo necesitan la sexualidad infantil o la explotación capitalista (disimuladas). Lo *reprimido* por los dispositivos de disimulación es la *libido* a nivel individual y la *revolución* a nivel social (la demanda de una transformación permanente de las relaciones sociales, implicada por el hecho de que los sistemas sociales son sistemas abiertos). Una relación analítica pone en juego tres instancias: un analista, un analizante (individual o institucional) y un(os) analizador(es). Un analizador es un dispositivo que desvela lo disimulado en el analizante.

Hay analizadores *espontáneos* («naturales» o recolectados) y analizadores *artificiales* («culturales» o producidos). Son, por ejemplo, analizadores naturales: «el niño (que) nos habla de la separación entre la formación y la brutal entrada en la vida "adulta", la vida del capital. La mujer (que) nos habla de la separación entre la búsqueda de la felicidad y la ambición social. El enfermo (que) nos habla de la separación entre contemplación y acción. El loco (que) nos habla de la separación entre lo normal y lo patológico. El anciano (que) nos habla del deterioro de la noción de adulto, separando un período —cada vez más corto— de existencia vendible al capital y un período de supervivencia, de existencia superflua» (Lourau, 1975, 285). «El movimiento obrero ha sido el analizador de la sociedad industrial naciente del sistema capitalista. Porque lo han comprendido, pero sin decirlo explícitamente, analistas como Marx o Proudhon, han podido producir un análisis de esta sociedad realizado a partir de su analizador social» (Lapassade, 1971, 24-25). Para catalizar el efecto analítico se construyen analizadores artificiales. Así, por ejemplo, el ceremonial psicoanalítico (diván, horarios, dinero, obligación de decir todo lo que pasa por la cabeza), o el ceremonial socioanalítico (presencia del socioanalista en la institución, asambleas, murales o vídeos —como superficies de inscripción del deseo—, movidas en general), constituyen dispositivos analizadores. Con ambos tipos de analizadores se construye un campo analizable: un campo analizable permite el análisis del analizante (transferencia) y del analista (contratransferencia).

Los analizadores surgidos espontáneamente (*naturales*) no forman un *campo analizable*: permiten el análisis del *analizante* —persona en el psicoanálisis, institución en el socioanálisis—, pero *no* el del *analista*. En realidad, lo que falta en el campo es el analista: el movimiento obrero encontró su analista en Marx, la polimorfa perversión sexual infantil encontró su analista en Freud. Ambos analistas, porque autoanalizados.

El socioanalista recolecta analizadores naturales y produce analizadores artificiales: esta operación potencia el efecto catalítico de los analizadores naturales, y el conjunto de analizadores naturales y artificiales constituye un dispositivo analizador.

Un dispositivo analizador induce a la *provocación*. «Provocar» quiere decir literalmente «hacer hablar», hacer pasar a la palabra (para que se diga lo *no dicho* e, incluso, se intente decir lo *no decible* —paso a la acción o *acting out*—). Las camarillas universitarias, por ejemplo, son visiblemente conjuntos maestro/discípulos y son invisiblemente conjuntos padrino/pandilla: esta expresión —de un profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología— constituye una provocación. El socioanálisis, mediante la recolección y producción de analizadores, recolecta y produce provocadores, «individuos particulares, a quienes su situación en la organización permite alcanzar la singularidad de “provocadores”. En el estado actual de los métodos de investigación sociológica no es posible dilucidar el problema del poder, el problema del dinero y el problema de la ideología, que viene a mezclarse de manera inextricable con los dos primeros, sin que inter venga en la situación analítica cualquiera de las figuras bajo las cuales se presenta el analizador: “genio travieso” (sembrador de duda radical), “espíritu perverso”, “sufre-dolores” o “chivo expiatorio”, “oveja apestada” o “aguafiestas”, el “gracioso de la pandilla”, el especialista en “bromas pesadas”, o el “maniático del espíritu de contradicción”» (Lourau, 1975, 282).

La *presencia* del socioanalista en la institución es ya *provocadora*: sin asignación localizable en la división social del trabajo, su presencia es superflua y expresa el *exceso de significante* que pone de manifiesto el *defecto de significado* (manifiesta la estructura, convergencia de una serie significante en exceso y una serie significada en defecto —Deleuze, 1971, 71-73—)⁹. Toda estructura incluye un ámbito de disimulación, y el socioanálisis constituye un *dispositivo de simulación* que desvela lo disimulado.

En la perspectiva dialéctica, el *diseño* alcanza su *mínima* expresión. No sólo porque se reduce al mínimo en el momento de la producción o *emisión* (recolección y producción de analizadores), sino también y sobre todo porque se anula en el momento del consumo o *recepción*. El socioanalista (como cualquier analista) está, en relación al material —palabras o acciones— recolectado o producido, en permanente posición de *escucha*. El término «escucha» expresa, en Freud, la *atención flotante* del analista en psicoanálisis. Es la contrapartida de la obligación para el analizante de decir todo lo que pasa por su cabeza: el analista tiene la «obligación» de oír todo lo que pasa por la boca —y, en general, por el cuerpo— del analizante. *Escucha* es lo contrario de *atención* (una atención flotante es una no atención): el que atiende sólo puede oír lo que espera oír desde el horizonte de sus deseos y/o intereses, el que escucha puede oírlo todo. «Yo no busco, encuentro» —decía Picasso—. El que atiende *busca*, el que escucha *encuentra*. Sólo se puede encontrar lo que no se puede buscar: porque, si lo pudiéramos buscar, ya lo habríamos encontrado.

La posición de *escucha* expresa la máxima *apertura* posible del *sujeto* de la *investigación*.

⁹ En el mismo sentido en que la presencia de un extraño en la familia constituye un analizador en *Llama un inspector* de Priestley.

b) *Diseño en la perspectiva estructural*

En la perspectiva estructural quedan restringidos el campo de la provocación y el campo de la escucha: pasamos de una *provocación* y *escucha generalizadas* a una *provocación* y *escucha restringidas*. Provocación y escucha quedan *acotadas* por unos *objetivos* determinados. Pasamos de una estrategia de *liberación* (una acción sociológica ilimitada en su intención) a una estrategia de *control* (una acción psicociológica de intención limitada). En la perspectiva dialéctica la *información* producida por el proceso de investigación queda en poder de los *investigados*: así, como individuos o como grupos, acrecen su probabilidad de devenir sujetos. En la perspectiva estructural —y, por supuesto, en la distributiva— la información producida por el proceso investigador es retenida por la *instancia investigadora* y les es devuelta a los investigadores —por la instancia cliente— en forma enajenada (la neguentropía se integra en dispositivos de «manipulación»).

Veamos el ámbito al que queda acotado el diseño en las técnicas clave de investigación dentro de esta perspectiva: grupo de discusión, entrevista llamada en profundidad y análisis de textos.

i) En el *grupo de discusión* —que es la técnica más general y completa dentro de esta perspectiva—, la *provocación* queda acotada a la *formación del grupo* y a la *propuesta de un tema* para la discusión, y la *escucha* queda acotada sólo a lo que sea *pertinente para ese tema*.

La *formación de grupos*, selección y agrupamiento de participantes, no responde a criterios estadísticos, sino *estructurales* (no se trata de una muestra de términos o elementos, sino de una «muestra» de relaciones). Investigamos a nivel de la *lengua*, no a nivel de las *hablas* (nivel al que investiga la perspectiva distributiva). Cuando hablamos, aplicamos la lengua y —en el mismo sentido en que un genotipo contiene muchos fenotipos posibles (pero no todos)— una lengua contiene muchas hablas posibles pero no todas. El orden constante de la lengua contiene un flujo variable de hablas. Una *ideología* es una *lengua acotada*, un conjunto de restricciones en la lengua común. Cuando hablamos *somos hablados* por las ideologías que la sociedad ha grabado (escrito) en nuestro cuerpo. Cada ideología está estructurada por un *discurso*: *encadenamiento* de proposiciones, del orden *lógico* del razonamiento, del orden *físico* de la probabilidad o del orden *moral* de la promesa. Articulando —a modo de Frankenstein— trozos (a menudo contradictorios) de esos discursos, construimos cada uno nuestro discurso «personal». Queremos investigar, por ejemplo, la «opinión de los españoles sobre la OTAN»: casi todo lo que los españoles dicen sobre la OTAN está contenido en cuatro discursos, dos discursos anti-OTAN (uno pacifista, otro prosoviético) y dos discursos pro-OTAN (uno ideológico, otro pragmático); estos discursos entran en colisión (en procesos de discusión o reflexión) y la colisión produce, enlazando sus trozos, discursos personales o grupales. [El Presidente del Gobierno, por ejemplo, está atrapado por el ojo del huracán en el que colisionan tres discursos: un discurso lógico hecho de razonamientos («la OTAN no nos conviene»), un discurso físico hecho de probabilidades («no nos van a dejar salir de la OTAN»), y un discurso moral hecho de promesas («Yo prometí el referéndum para salir de la OTAN»)]. Un grupo de discusión es un dispositivo analizador cuyo proceso de producción es la *puesta en colisión* de los diferentes *discursos* y cuyo producto es la puesta de manifiesto de los efectos de la colisión (discusión) en los discursos personales (convencimiento: *convencido* es el que ha sido *vencido* por un grupo)

y en los discursos grupales (consenso). En esta hipotética investigación, la estrategia de formación de grupos de discusión debe tender a construir *lugares de enunciación* de los cuatro grandes discursos, lugares de *colisión* o enfrentamiento entre ellos —ambos son lugares de emisión—, y lugares de *recepción* de esa enunciación y ese enfrentamiento por los que no tienen aún «opinión» formada sobre el tema (de los que aún no han construido su discurso «personal»). El proceso de formación de grupos incluye dos operaciones, *designación* de esos *lugares* y su *combinación* en grupos. Pueden ser lugares idóneos de emisión de los discursos: gentes en la órbita de las movidas pacifistas pueden ser emisores probables del discurso anti-OTAN pacifista, gentes en la órbita del PCPE pueden ser emisores probables del discurso anti-OTAN prosoviético, gentes en la órbita de AP pueden ser emisores probables del discurso pro-OTAN ideológico, gentes en la órbita del PSOE pueden ser emisores probables del discurso pro-OTAN pragmático (el de las ventajas e inconveniente, y el de las contrapartidas). Pueden ser lugares idóneos de enfrentamiento de esos discursos: cualquier inclusión en un grupo de discusión de emisores de dos o más discursos diferentes. Pueden ser lugares de recepción de ese enfrentamiento: cualquier miembro de la mayoría silenciosa (amas de casa, probos funcionarios, obreros o empleados promocionistas, o —en general— elementos del conjunto «no sabe o no contesta»). Esos lugares hay que distribuirlos en grupos (cada grupo es una combinación de lugares). Un grupo tiene fronteras espaciales (de cinco a diez miembros), fronteras temporales (de una a dos horas de duración) y fronteras estructurales (ha de contener lugares comunes y lugares no comunes —para que sean comunicables—). Hay dos situaciones en las que no es posible la *comunicación*: entre *tontos* (todo es común) y entre *locos* (nada es común). Una frontera o barrera es lugar de comunicación y de incomunicación: por ella pasan la energía y la información, pero filtradas. Si no hay barreras o filtros, no hay nada que comunicar porque todo es común. Si las barreras o filtros son perfectamente continentes, no hay nada que comunicar porque nada es común. A nivel micro y a nivel macro hay relaciones sociales fundadas en barreras o filtros de exclusión: como, respectivamente, las relaciones padre/hijo o propietario/proletario (no podemos incluir en el mismo grupo de discusión términos encadenados por estos tipos de relaciones). En el caso que nos ocupa —la OTAN— debemos analizar la naturaleza de las barreras o fronteras que separan los diferentes discursos: ¿son comunicables, por ejemplo, el discurso anti-OTAN prosoviético y el discurso pro-OTAN ideológico?; si no lo son, la discusión sería un diálogo de sordos. Cada discurso —lengua— tiene muchas modalidades de enunciación —hablas que la aplican—. No son iguales los discursos pacifistas de un objetor de conciencia, de una madre, de un teólogo de la liberación, o de un militar pacifista. No son iguales los discursos ideológicos pro-OTAN de un militar golpista o de un simpatizante del PRD. En la medida en que el tiempo y el dinero disponibles lo permiten, habría que saturar la investigación de los lugares que expresan la mayor parte de las modalidades de emisión y recepción.

La *propuesta del tema* a discutir puede ser, en general, *directa* (*inmediata*, enunciando el tema: «Vamos a hablar de la OTAN»); *mediata*, enunciando un tema que contenga lógicamente el tema: «Vamos a hablar de pactos militares» o *indirecta* (enunciando un tema que lleve al tema por condensación *metafórica* —«Vamos a hablar del Mercado Común Europeo»—, o por desplazamiento *metonímico* —«Vamos a hablar de política exterior y de Defensa de España»—). Pero, sea cualquiera el tipo de propuesta, cada palabra empleada resulta problemática. Si aludimos al tratado: no es lo mismo llamarle NATO, OTAN, Alianza

Atlántica (NATO despierta más reticencias que OTAN y OTAN despierta más reticencias que Alianza Atlántica —por eso el Gobierno sólo emplea la última denominación—). Si aludimos al país: no es lo mismo decir España que decir Estado Español (no podemos evitar la expresión de una ideología centralista o abertzale). El investigador —dentro del análisis de su contratransferencia— deberá tener en cuenta los posibles efectos ideológicos producidos o producibles por las singularidades de su propuesta del tema (de su provocación) (Ibáñez, 1979).

No es posible el *diseño* previo de la *interpretación* y el *análisis* de los textos producidos por las discusiones en los grupos¹⁰. La posición del investigador sigue siendo de *escucha*: sólo así podrá encontrar lo que no busca, sólo así el proceso de investigación será un proceso abierto. Pero el ámbito de la escucha —lo mismo que el ámbito de la provocación— queda *acotado* por los *objetivos* de la investigación: lo mismo que —aquí— la ley para el analizante no es decir *todo*, sino sólo lo que es *pertinente* al tema: la ley para el analista no es escuchar todo, sino sólo lo que es *pertinente* al tema. Sin embargo, el criterio de pertinencia es —también— un criterio abierto: lo que parece no pertinente puede serlo si registra una condensación metafórica o un desplazamiento metonímico. Podemos esperar en el texto los mismos deslizamientos que producimos en la propuesta del tema. Por ejemplo: en una investigación sobre edulcorantes no azucarados, las expresiones «la política descafeinada del Gobierno» o «cada día hay más enfermos de cáncer» no parecen pertinentes; pero lo son, la primera registra una condensación metafórica (semejanza entre un partido político *light* y un alimento *light*), y la segunda registra un desplazamiento metonímico (contigüidad —por causalidad— entre los alimentos *light*, que llevan componentes sintéticos, y el cáncer).

ii) En la *entrevista abierta* —que es la degeneración del contexto situacional del grupo de discusión a una simple interacción entrevistador/entrevistado— la *provocación* queda igualmente acotada a la *selección* de la persona entrevistada y a la *propuesta de un tema* para hablar, y la *escucha* queda igualmente acotada sólo a lo que sea *pertinente para ese tema*.

Aquí hay que deshacer un equívoco. Con el nombre de *entrevista en profundidad* se designa habitualmente una entrevista simplemente mal estructurada (la «guía» para la entrevista es sólo un cuestionario mal diseñado). La *entrevista abierta* procede de la psicoterapia *no directiva* inspirada en Carl Rogers: él mismo fue el primero que sugirió su utilización en la investigación social (Rogers, 1945). La entrevista, lo mismo que el grupo, experimenta una transformación radical al pasar del ámbito de la psicoterapia al ámbito de la investigación¹¹. En *psicoterapia* (individual o grupal) toda la *información* producida pasa a la instancia *analizante*: allí se transforma en neguentropía, como mayor y mejor capacidad de producir su propia información (como posibilidad de ser sujeto). En *investigación* (mediante entrevistas individuales o grupos de discusión) toda la *información* producida queda retenida en la instancia *analista*: aquí se transforma en neguentropía, como capacidad de inyectar información en la instancia analizada (el analizante se convierte en analizado, y queda permanentemente en situación de ob-

¹⁰ Llamamos discurso a un modelo teórico de encadenamiento sintáctico y texto a su aplicación empírica (que puede suponer mezcla de discursos). Algo parecido a la diferencia, en Marx, entre modo de producción y formación social.

¹¹ Aparte del texto de Rogers citado, y el que inmediatamente se citará de Pagés, no hay bibliografía sobre la entrevista abierta. Jorge Gómez Alcalá (psicoanalista de inspiración lacaniana) ha impartido seminarios sobre la entrevista en profundidad en el Departamento de Métodos y Técnicas de Investigación Social de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología.

jeto). En la perspectiva dialéctica la información pasa siempre al analizante: un grupo de discusión o una entrevista abierta se transforman a la perspectiva dialéctica si se comunica a la instancia analizante la información producida¹². «Cuando se hace una serie de entrevistas no directivas en oportunidad de una investigación y se comunican los resultados al grupo que está dirigiendo la investigación (laboratorio, empresa, gobierno), es evidente que este grupo sólo constituye una parte del grupo total al que concierne el problema: no es el equivalente del cliente en psicoterapia individual. El equivalente del cliente comprendería este grupo, al que habría de agregar, por lo menos, el conjunto de las personas entrevistadas. Al favorecer el desarrollo de comunicaciones unilaterales en favor de un subgrupo, el entrevistador aumenta la cantidad de información de que dispone este grupo con relación a los otros y, en consecuencia, su poder de control sobre los acontecimientos: por el contrario, no favorece el desarrollo de la regulación y del control en el nivel del grupo total» (Pagès, 1976, 125). Sin embargo, salvo esta restricción sobre la distribución de la información —que acota el ámbito de la provocación y al escucha—, la entrevista abierta debe ser en toda su extensión una técnica abierta (valga la redundancia). El uso de cuestionarios o guías está fuera de lugar.

Hemos visto que con el grupo de discusión buscamos —construimos— una estructura profunda (una arqueología, en sentido foucaultiano) y con la entrevista abierta buscamos —construimos— un eje genético (una genealogía, en sentido foucaultiano¹³). Así como en la *formación del grupo* de discusión intentamos saturar la estructura (lugares de enunciación de discursos), en la *selección de personas* a entrevistar intentamos saturar la génesis (tiempos de enunciación de discursos). Mediante la entrevista abierta investigamos las distintas hablas que aplican una misma lengua. Podemos *hablar unos con otros* (discusión) o uno *consigo mismo* (reflexión). Como ejemplo del primer caso, si queremos realizar una investigación sobre el automóvil, podemos investigar mediante grupos de discusión la significación del automóvil en nuestra sociedad —cómo los discursos publicitarios producen una «imagen» del automóvil—, y mediante entrevistas abiertas los procesos de compra-uso-venta... —cómo esa imagen se aplica en decisiones y acciones, y cómo se modifica por la experiencia— (aquí, el nivel de competencia es grupal, y el nivel de actuación es individual). Es obvio que, en la selección de personas a entrevistar, habrá que saturar los momentos críticos de esos procesos: primera adquisición de automóvil (de las diferentes marcas y modelos) adquisiciones sucesivas (de los mismos u otras marcas y modelos). Como ejemplo del segundo caso, si queremos realizar una investigación sobre la respuesta de los médicos a la ley de incompatibilidades, nos encontramos con dos modos muy distintos de praxis médica, práctica liberal (individual) y práctica institucional (grupal): entre los médicos institucionales —más solidarios— el nivel de competencia es grupal, entre los médicos liberales —más insolidarios— el nivel de competencia es individual (en ambos tipos, el nivel de actuación es individual). Para buscar —construir— la estructura profunda, podríamos utilizar grupos de discusión para los médicos institucionales (la «opinión» se forma me-

¹² Aquí tratamos el grupo de discusión y la entrevista abierta sólo en lo que se refiere a sus usos dentro de la perspectiva estructural. Se usan en la perspectiva estructural cuando son requeridos por una instancia instituida, se usarían dentro de la perspectiva dialéctica si fueran requeridos por una instancia instituyente.

¹³ Véase, en otro lugar de este libro, el trabajo de Félix Recio.

dian­te dispositivos conversacionales unos-con-otros), y podríamos utilizar entrevistas abiertas para los médicos liberales (la «opinión» se forma mediante dispositivos conversacionales uno-consigo-mismo). Por lo demás, si queremos investigar los procesos de compatibilización e incompatibilización de unos y otros, podríamos utilizar entrevistas abiertas (aquí —pues incluyen un componente documental— se aproximan a las historias de vida). Cuando nos encontramos con praxis individuales —propias del capitalismo de producción— la entrevista abierta funciona como sucedáneo del grupo de discusión (no es posible poner a discutir dentro del proceso de investigación a los que nunca discuten fuera del proceso de investigación).

La *propuesta del tema* para hablar plantea más problemas que en el grupo de discusión. En el *grupo de discusión*, la propuesta es puntual: el preceptor le transmite una información inicial al grupo y las sucesivas informaciones son producidas por el propio grupo (el dispositivo conversacional *unos-con-otros* pone en juego relaciones *transitivas* de comunicación, que generan una competencia entre los interlocutores —como dice Lacan, lucha por apropiarse la esencia humana¹⁴—: es una situación recíprocamente retroactiva, lo que uno dice modifica al otro que a su vez dice y modifica a uno...). El preceptor no interviene en la discusión del grupo aportando nuevas informaciones, solamente le devuelve al grupo las informaciones producidas por él, bien *reflexivamente* o *reformulando* (repitiendo literalmente palabras y/o gestos, re-comunicando: devolver al grupo el deseo manifestado), bien *refractivamente* o *interpretando* (interpretando algunas palabras y/o gestos, meta-comunicando: devolver en forma manifiesta al grupo el deseo expresado en forma latente —la interpretación hace manifiesto o abierto lo latente o cubierto, simula lo disimulado—). En la *entrevista abierta*, no basta con la propuesta puntual inicial: la información inicial que el entrevistador le transmite al entrevistado cataliza un proceso que enseguida se agota —retorno al equilibrio— (el dispositivo conversacional *uno-consigo-mismo* pone en juego relaciones *reflexivas* de comunicación: hay un amortiguamiento de la retroacción). El grupo tiene más capacidad de producir información que el individuo. Por eso es más difícil la labor del entrevistador —en una entrevista abierta— que la del preceptor —en un grupo de discusión—. El entrevistador tiene que actuar para provocar al entrevistado a hablar, evitando conducir o canalizar su habla. Los modos generales de actuación siguen siendo la reformulación y la interpretación: pero los tienen que poner en juego con más frecuencia que en el grupo de discusión. El movimiento del entrevistador por la entrevista es tan delicado y problemático como el de un caracol reptando a lo largo del filo de una navaja barbera. Cualquier diseño previo de sus intervenciones —cualquier cuestionario o guía— provocará el corte, y el habla del entrevistado se derramará en el discurso del entrevistador.

Lo mismo que el preceptor en el grupo de discusión, el entrevistador en la entrevista abierta estará siempre a la *escucha*, abierto a cualquier emergente inesperado: tanto en el proceso de la entrevista como en el proceso de su *interpretación* y *análisis*. Las condiciones de esa escucha son las mismas que en el caso del grupo de discusión: pero es precisa una escucha *más sensible* durante la

¹⁴ Lacan modifica el *cogito* cartesiano, lo hace de reflexivo transitivo: en vez de «pienso, luego existo», «primero, los hombres saben lo que no es un hombre; segundo, los hombres se reconocen entre ellos para ser hombres; tercero, yo me afirmo ser un hombre, por miedo de ser convencido por los demás de no ser un hombre» (Lacan, 1966: 213).

entrevista que durante la discusión en el grupo. Lo mismo que allí, aquí tampoco se puede diseñar la escucha: hay que diseñar siempre sobre la marcha.

iii) En el *análisis de textos* —que es la degeneración máxima del contexto existencial— la *provocación es anulada* y la *escucha* es restringida a su dimensión *espacial*.

Esta técnica está incluida como una etapa en las técnicas anteriores: la discusión y la entrevista son registradas magnéticamente y transcritas mecanográficamente, resultando un texto-para-analizar. Sólo que en el análisis de textos el *diseño no alcanza al proceso de producción, sólo al producto* (selección del texto-para-analizar).

Esta *selección* plantea un problema nuevo. El *investigador* es quien *puntúa* ese texto, quien establece la frontera que cierra el texto. El texto se unifica por esa frontera: la *frontera mantiene juntos* a los elementos del *conjunto*, el que *diseña la frontera produce la unidad o conjunto*¹⁵. En el grupo de discusión *puntúa el grupo*, en la entrevista abierta *puntúa el entrevistado* (salvo la formación del grupo o selección del entrevistado y la propuesta de tema, que son puntuados por el investigador). Hay *conjuntos-para-analizar* a los que cierra el propio proceso de su producción: un libro (o la colección de libros de un autor, o de una editorial, o de un género literario), un ejemplar de periódico (o la colección de un periódico, o la colección de las colecciones de todos los periódicos). Pero cualquier selección que rompa esos conjuntos es producida por la puntuación arbitraria del investigador: el investigador puede demostrar lo que quiera, mediante el análisis de textos, si *puntúa adecuadamente* (de ahí el carácter traicionero de las citas).

En el grupo de discusión y en la entrevista abierta, la *escucha es temporal* a lo largo del *proceso de producción* (este componente temporal de la escucha es necesario, pues el investigador incide, mediante reformulaciones y/o interpretaciones, en el proceso), y *espacial* en el momento de análisis e interpretación del *producto* (pues puede volver cuantas veces quiera sobre el texto mecanografiado). En general, la emisión es temporal (por eso es difícil hablar —y es imposible decir nada— cuando uno prepara su discurso) y la recepción es espacial (por eso hay que mecanografiar la discusión o la entrevista): la escucha temporal, de los analistas en general, es una operación a contrapelo. En el análisis de textos, pues el proceso de producción ha degenerado, sólo hay escucha espacial.

La *escucha espacial* es reposada. El analista puede diseñar a voluntad sus itinerarios por el texto, puede regular el ritmo de avance y puede retroceder. Lo que facilita el diseño: no un diseño previo, sino un diseño diseñado a lo largo de esos recorridos. Pero, en el diseño de ese diseño, el investigador puede incluir —del modo como incluimos en nuestra habla sintagmas cristalizados o idiolectos— *elementos codificados* de diseño¹⁶.

¹⁵ No hay conjunto sin frontera. Así, la serie ordenada de los números naturales no formaba conjunto hasta que Cantor —mediante un teorema de existencia— definió un ordinal no finito (transfinito): ese número transfinito es la frontera que cierra el conjunto de los infinitos números finitos. Así, ni los sujetos, ni los objetos, ni los mensajes, forman conjunto hasta que son cercados por una frontera —elemento de la colección que pasa al otro lado— que los conjunta (Dios o Padre, Moneda, Lengua: equivalentes generales de valor). La castración es el teorema de nuestra existencia (SIBONY, 1974, 216).

¹⁶ Véase: LOZANO, PEÑA-MARTÍN y ABRIL (1982), VIDAL BENEYTO (1979), IBÁÑEZ (1985a). Y, muy especialmente, la contribución, desde la perspectiva de Greimas, de GÉRARD IMBERT a este libro.

c) *Diseño en la perspectiva distributiva*

En la perspectiva distributiva, la *provocación* y la *escucha* son anuladas.

La ideología es el obstáculo epistemológico en general, y en especial para las ciencias sociales. La ideología es un efecto de sentido, y «el *sentido* —decía Lacan— tiene que ver con la religión» (por eso intentaba atenerse al *matema*). El desarrollo de las técnicas de investigación social exige la *reducción* del sentido —siempre impregnado de «*sentido común*»—. Esta reducción es operada por dos rupturas epistemológicas: la ruptura estadística, que genera la perspectiva distributiva, dejando de lado el lenguaje, y la ruptura lingüística, que en dirección semántica genera la perspectiva estructural y en dirección pragmática genera la perspectiva dialéctica (renunciando a la ilusión de transparencia del lenguaje, como observación y como acción), analizando el lenguaje. En la perspectiva distributiva —fundada en una metodología estadística— no hay provocación (a decir) ni escucha (a lo dicho) porque no se dice nada.

Hay ciencias *sedentarias*, cuyo método es la *reproducción iterativa* y cuya estructura es *axiomática*, y ciencias *nómadas* que persiguen *itinerantemente e in vivo* condiciones cambiantes (estructura problemática). La perspectiva distributiva es una perspectiva *sedentaria*: son *nómadas*, la perspectiva estructural —tácticamente— y la perspectiva dialéctica —estratégicamente—. Las opciones *nómada* y *sedentaria* no constituyen una alternativa excluyente, sino *inclusiva*: las ciencias *nómadas inventan*, las ciencias *sedentarias organizan*, sometiéndolo a método y teoría, lo inventado; las invenciones de las ciencias *nómadas* en su itinerario problemático son incluidas como axiomas en sus dispositivos *teoremáticos* por las ciencias *sedentarias* (del mismo modo que una *metateoría* incluye como axioma una *sentencia gödeliana* de la teoría).

En la perspectiva *distributiva*, el diseño domina todo el proceso de investigación: en una encuesta, por ejemplo, la suerte está echada cuando empieza la investigación propiamente dicha —los trabajos de campo— (han sido diseñados la muestra, el cuestionario y los dispositivos de análisis). Nada se deja al azar: de lo que se trata es de *reducir el azar* (en las perspectivas estructural y dialéctica hay aberturas al azar). Lo que a un nivel es azar (por ejemplo, moneda al aire), a otro nivel es orden (colección de monedas al aire). En última instancia todo es azar o caos: en el caos se desarrollan *vacuolas* locales y transitorias de orden (nosotros formamos parte de una de esas *vacuolas*). Con la investigación —y especialmente con el diseño de la investigación— intentamos buscar y/o construir orden en el caos o azar. Por eso la estadística es la forma general del diseño, y todo diseño es en última instancia estadístico.

Bibliografía

- BACHELARD, G.
1949: *Le rationalisme appliqué*, París, PUF.
- BOURDIEU, P.; CHAMBOREDON, J.-C., y PASSERON, J.-C.
1976: *El oficio de sociólogo*, Madrid, Siglo XXI.
- COSTA PINTO, L. A.
1965: *La sociología del cambio y el cambio de la sociología*, Buenos Aires, Eudeba.
- CHOMSKY, N.
1970: *Aspectos de la teoría de la sintaxis*, Madrid, Aguilar.
- DELEUZE, G.
1971: *Lógica del sentido*, Madrid, Barral.

- DELEUZE, G., y GUATTARI, F.
1980: *Capitalisme et schizophrénie: Mille plateaux*, París, Minuit.
- FOERSTER, H. von
1960: *Self-Organizing systems*, Nueva York, Pergamon.
- GALTUNG, G.
1966: *Teoría y métodos de la investigación social*, Buenos Aires, Eudeba.
- GÓMEZ ALCALÁ, J.
1986: *Escucha* (en REYES R., *Terminología científico-social: Una aproximación crítica*, Barcelona, Anthropos).
- HERBERT, T.
1966: *Reflexions sur la situation théorique des sciences et spécialement de la psychologie sociale* (en «Cahiers Pour L'Analyse», 2, París —trad. en *Ciencias Sociales: ideología y conocimiento*, Buenos Aires, 1971—).
- IBÁÑEZ, J.
1979: *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: técnica y crítica*, Madrid, Siglo XXI.
1985a: *Análisis sociológico de textos y discursos* (en «Revista Internacional de Sociología», 43, Madrid, Instituto de Sociología «Jaime Balmes», CSIC).
1985b: *Las medidas de la sociedad* (en «Revista Española de Investigaciones Sociológicas», 29, Madrid, CIS).
1986a: *Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social*, Madrid, Siglo XXI.
1986b: *Fenomenal/generativo* (en REYES R., *Terminología científico-social: Una aproximación crítica*, Barcelona, Anthropos).
- LAPASSADE, G.
1971: *L'arpenteur*, París, Epi.
- LOURAU, R.
1975: *El análisis institucional*, Buenos Aires, Amorrortu.
- LOZANO J.; PEÑA-MARÍN, C., y ABRIL, G.
1982: *Análisis del discurso*, Madrid, Cátedra.
- LUHMAN N.
1969: *Legitimation durch Verfahren*, Luchterhand, Neuwied.
- PAGÈS M.
1976: *Psicoterapia rogeriana y psicología social no directivas*, Buenos Aires, Paidós.
- PASK, G.
1976: *Conversation Theory*, Nueva York, Elsevier.
- ROGERS, C.
1945: *The nondirective method as a technique for social research* (en «Amer. J. Sociology», 50, 689-96).
- SERRES, M.
1977: *La naissance de la physique dans le texte de Lucrece*, París, Minuit.
- SIBONY, D.
1974: *Le nom et le corps*, París, Seuil.
- SPENCER-BROWN, G.
1971: *Laws of form*, Nueva York, E. P. Dutton.
- VIDAL BENEYTO, J.
1979: *Posibilidades y límites del análisis estructural*, Madrid, Editora Nacional.
- WILDEN, A.
1977: *System and structure*, Londres, Tavistock.

- SCHEUCH, Erwin K.
1973: «La entrevista en la investigación social», págs. 166-229, en René König, *Tratado de sociología empírica*, Madrid, Tecnos.
- SELLTIZ, C., et al.
1981: *Métodos de investigación en las relaciones sociales*, Madrid, Rialp.
- SMITH, H. W.
1975: *Strategies of Social Research*, New Jersey, Prentice-Hall.
- STOETZEL, J., y GIRARD, A.
1973: *Las encuestas de opinión pública*, Madrid, Instituto de la Opinión Pública.
- PADUA, Jorge
1979: *Técnicas de investigación social aplicadas a las ciencias sociales*, México, Fondo de Cultura Económica.

LA APERTURA Y EL ENFOQUE CUALITATIVO O ESTRUCTURAL: LA ENTREVISTA ABIERTA SEMIDIRECTIVA Y LA DISCUSION DE GRUPO

Alfonso Orti

1. Del enfoque cuantitativo o distributivo al enfoque cualitativo o estructural: limitaciones de la encuesta estadística precodificada para el análisis del discurso ideológico

1.1. En el análisis de la realidad social, tanto el supuesto investigador reflexivo, como cualquier sujeto en su vida cotidiana, no sólo se encuentran con *hechos* (acciones humanas o acontecimientos), sino también con *discursos* de individuos y grupos. Evidentes en apariencia, los *hechos sociales* plantean en su definición y análisis intrincados problemas (correspondientes, de modo particular, a las secciones de esta obra centradas en el diseño y tratamiento de datos de la *encuesta estadística más o menos formalizada*). No menos engañosa resulta ser la aparente simplicidad y transparencia de los *discursos*, entendiéndolos, en una primera definición, por *discurso* —de acuerdo, por ejemplo, con Muchielli (1974, pág. 83)—: todo «texto producido por alguien en situación de comunicación interpersonal». Para ser explicados, los *hechos sociales* se registran, correlacionan, cuantifican y estructuran (mediante *censos y/o encuestas estadísticas formalizadas*). Para ser comprendidos, los *discursos* se interpretan y analizan, bien a partir de cualquier texto (por ejemplo: documentos históricos, declaraciones a los medios de comunicación social, textos literarios, etc.), bien —en la actual investigación sociológica— mediante la *producción de los propios discursos* en situaciones de comunicación interpersonal más o menos controladas, como las que suponen las *entrevistas abiertas o semidirectivas* y las *discusiones de grupo* (a cuya exposición se dedica la presente edición). En principio, ambos fenómenos, *discursos* y *hechos*, integran y configuran igualmente la realidad social y se reclaman mutuamente en su comprensión y explicación. «Lo que la gente me dijo me ayudó a explicar lo que había sucedido —formula, por ejemplo, con sencillez, Whyte en *Street corner society* (Beltrán, 1985, pág. 37)— y lo que yo observé me ayudó a explicar lo que la gente me dijo.» Observación de los *hechos*, registro de los *datos*, cuantificación de su recurrencia y extensión, y comprensión e interpretación de los *discur-*

sos (y de los mismos *hechos*) constituyen momentos esenciales en la estructuración y explicación sistemática de los procesos sociales.

Pero *hechos* y *discursos* pertenecen, no obstante, a esferas o dimensiones radicalmente diferentes de la realidad social, tal y como son concebidos, totalizados (primero), de-construidos (después) y analizados sistemáticamente en la investigación sociológica usual. Por una parte, los *hechos*, en su acepción fuerte y restrictiva, se supone que conforman la dimensión o esfera de los *hechos externos* (acontecimientos físicos de todo tipo, actos humanos en su exterioridad material), considerados independientemente de la conciencia interna de los actores que los producen o sufren (... ya que se persigue una descripción estrictamente '*objetiva*' de los acontecimientos y/o actuaciones). Sin entrar aquí en tan complejo problema, basta con señalar la formulación clásica por Durkheim de esta *concepción objetivista* de los «*hechos sociales*» (D., 1963), como referencia básica (explícita o implícita) de la observación de los *hechos* y el tratamiento de los *datos* en el proceso habitual de la *encuesta estadística formalizada*. Por otra parte, los *discursos* entrañan —en cambio— la existencia de las significaciones culturales de la *comunicación simbólica*, estructurada por un *sistema de signos intersubjetivo* o *lenguaje*, y atravesada por el *sentido subjetivo* (consciente o no consciente) del actor hablante. A la supuesta esfera de la *facticidad*, al mundo de los *hechos*, suele contraponerse así en la investigación sociológica el reino de los *discursos*, la supuesta esfera de la *cultura simbólica*. Y tan radical diferencia de sustancia y forma como fenómenos sociales de los *hechos* y los *discursos* determina, a su vez, una radical diferenciación de sus enfoques epistemológicos y de sus aproximaciones metodológicas respectivas (esto es, de la forma de conocimiento y de la forma de construcción del objeto). Con lo que se abre, *de facto*, la perspectiva de una «*epistemología pluralista*» —según la caracteriza y fundamenta Miguel Beltrán (1985, páginas 8-9)— en el análisis de la realidad social, configurada por la propia complejidad y heterogeneidad de los fenómenos sociales.

A una epistemología pluralista corresponde, de modo coherente, una *metodología pluralista* que se estructura (habitualmente), en la contraposición metodológica entre la *encuesta estadística por muestreo* y *con cuestionario precodificado* (determinada por la captación y análisis *objetivistas de los hechos*) y las denominadas *entrevistas abiertas* o *semidirectivas* y la *discusión de grupo* (orientadas a la captación y análisis *interpretativo de los discursos*). De modo convencional, esta contraposición metodológica se articula y formaliza —en los ambientes, y en la 'jerga' peculiar, de la investigación sociológica y de los estudios de mercado— mediante la división entre «*técnicas cuantitativas*» (fundamentalmente: la *encuesta estadística* destinada a la *cuantificación de los hechos*) y «*técnicas cualitativas*» (expresamente: la *entrevista abierta* y la *discusión de grupo*, nacidas para la *producción e interpretación de los discursos*). Tal división y denominación de «*técnicas cuantitativas*»/«*técnicas cualitativas*» es criticada por investigadores como Jesús Ibáñez (1979, pág. 13), que propone su sustitución por la denominación de *técnicas «estructurales»* (... para las «*cualitativas*») y de *técnicas «distributivas»* (... para las «*cuantitativas*»); pero el uso acrítico del par *cuantitativo/cualitativo* se encuentra quizás demasiado arraigado para ser ignorado, y debe, desde luego, ser conocido por todo aquél que se inicia en el mundo de la investigación sociológica real. Por mi parte, en el contexto de la presente sección, utilizaré indistintamente los términos «*cuantitativo*» o «*distributivo*», y tan sólo de forma matizada me permitiré hablar del *análisis cualitativo* como otra vía, complementaria, para intentar una *definición estructural* de los procesos sociales. Pues mientras la fun-

ción de la *encuesta estadística* es ciertamente la de «constatar cómo se distribuyen los fenómenos —observa Ibáñez (1979, pág. 29)—, los datos que registran los fenómenos», cuantificando sus frecuencias (tal fenómeno se produce en tal proporción en el medio rural o en el medio urbano, tal otro tiene lugar en mayor proporción en el sexo femenino que en el masculino, etc.), ... las sin duda mal llamadas «*técnicas cualitativas*» tan sólo representan —en mi opinión— una de las posibles vías (a través de un procedimiento tan problemático como la *interpretación de la subjetividad ajena*) para la configuración de «*estructuras*» que ordenen coherentemente los procesos sociales. La atribución exclusivista del carácter *estructural* a las que más apropiadamente, y en todo caso, debieran llamarse *técnicas de análisis del discurso* entraña, además, el riesgo de caer en un *pansemilogismo*, que atribuye tácitamente a las *estructuras lingüísticas* la condición de matiz estructurante de los procesos sociales (trivializando su determinación o condicionamiento por los procesos de producción *material* de los bienes y de los mismos individuos, así como de los conflictos afectivos de la personalidad). Cuestión distinta de que tanto los *discursos* (adecuadamente interpretados), como los *hechos* (empíricamente contrastados) dependan, evidentemente, del lenguaje en el análisis, articulación y estructuración final de los procesos sociales estudiados. Por lo que de forma más modesta, a la vez que más fiel a las prácticas reales de la investigación sociológica, puede afirmarse que si bien la *producción y análisis de discursos* (mediante *entrevista abierta* o *discusión de grupo*) contribuye a la *contextualización significativa de los hechos observados*, la *contrastación empírica* de los mismos condiciona, limita y localiza —en el 'campo de las fuerzas sociales'— la representatividad real de los *discursos de individuos y grupos*. (Por ejemplo, para la comprensión de la *evolución de las actitudes ante la despenalización del aborto en España* —que va a ser uno de los casos prácticos o investigaciones «cualitativas» de referencia en esta sección—, el análisis de las *discusiones de grupo* celebradas nos permite definir la *estructura significativa* y la *dialéctica interna de las posiciones ideológicas latentes o posibles*; ... pero sólo la *contrastación empírica mediante encuesta estadística de los elementos o factores estructurales* —sexo, edad, *status social*...—, correlativos a cada 'actitud' o *posición ideológica*, nos permite determinar las 'fuerzas sociales' que se encuentran detrás de ella, así como su peso demográfico relativo, localización ecológica, adscripción política partidista, etc.).

En definitiva, tanto la *contrastación empírica de los hechos*, como la *interpretación y análisis de los discursos*, aunque se abren o apuntan a dimensiones bien diferenciadas de la realidad social, constituyen enfoques parciales y vías estrechas —más bien: 'desfiladeros'— para el acceso a esa misma realidad social; y suponen, ante todo, simples *construcciones metodológicas* en su proceso de análisis, incapaces de abarcar y desentrañar por sí mismas toda la intrincada e insondable densidad real de los procesos sociales. Asimilados a «estados (individuados) de cosas externas» —cuyo registro da lugar a *datos* (Deleuze en Ibáñez, 1979, págs. 29-30)—, los *hechos sociales* (aquello que los sujetos *hacen*: comprar una cierta marca/producto, votar a un determinado partido político, etc.) pueden ser descritos en términos relativamente 'objetivos' (esto es, intersubjetivos), y mediante su *definición operativa* (que determina y formaliza, de modo verbalmente unívoco o *denotativo*, sus condiciones de registro) pueden ser *cuantificados*, aplicándoseles así la *metodología estadística* (dentro de los límites legítimos de su aplicación a los fenómenos sociales). Lo que implica un enfoque epistemológico (una teoría del conocimiento) y un procedimiento metodológico (una construcción formal)

que pretende dar *explicaciones de los hechos* a partir de sus supuestas causas externas, mediante la *reducción analítica* y *contrastación empírica* (falsación/verificación) de sus elementos o factores (por ejemplo, grado de correlación de la compra de X o del voto a P, con los elementos del *status* de los individuos encuestados: sexo, edad, nivel de ingresos, etc.). Y a estas funciones se reduce específicamente la *encuesta estadística por muestreo* —en cuanto *técnica cuantitativa* paradigmática y más usual en la actual investigación sociológica—, diseñada para transformar la *observación de los hechos* en un *registro y tratamiento formalizado y distributivo de los datos*. Pero ese mismo reduccionismo analítico de la *encuesta estadística* —que para registrar y cuantificar como *datos*, las *expresiones o enunciaciones verbales* de los entrevistados, tiene que formalizarlas denotativamente en *categorías o enunciados unívocos*, de modo *standardizado*—, incapacita a la *encuesta estadística*, en principio, para captar y analizar en profundidad el *discurso hablado* (relativamente espontáneo y libre) de los sujetos encuestados.

1.2. No obstante, es cierto que la *encuesta estadística*, que adopta con frecuencia la forma de *encuesta de opiniones* y *actitudes*, se articula mediante intercambios verbales entre entrevistador y entrevistado, y a veces tiende a limitarse prácticamente a registrar y procesar lo que el sujeto entrevistado *dice*: produce *respuestas verbales* a preguntas verbales (respuestas a *cuestiones fácticas* como la edad del entrevistado o su situación laboral como trabajador «fijo», «eventual» o «parado», pero también respuestas a *cuestiones ideológicas*, que debieran ser significativas, ante preguntas tan ambiguas y conflictivas como la de «¿qué es abortar?»). En algunos casos, las *cuestiones fácticas* se resuelven mediante *preguntas/acciones verificativas* del propio entrevistador que observa y comprueba por sí mismo un hecho o un comportamiento (por ejemplo, en el frigorífico de un determinado hogar se encontraba un bote de leche condensada de la marca X, o en el momento co-incidental de la llegada del entrevistador, el ama de casa se encontraba contemplando el programa P del canal 1 de TVE, etc.). Ahora bien, por regla general, en la mayoría de las preguntas de la mayoría de las encuestas, la observación de los supuestos «*hechos*» —incluso respecto de las mismas *cuestiones fácticas*— es sustituida (forzosamente) por simples *respuestas verbales* de los propios entrevistados (por ejemplo, en las encuestas sobre «hábitos de alimentación» suele ser el ama de casa la que comunica que en una cena familiar del «día de ayer» todos comieron el alimento A, o en las de «relaciones sexuales», es la misma mujer la que afirma que durante los últimos tres años no utilizó ningún método anticonceptivo, etc.). «La consideración de los *hechos* —observa Ibáñez, (1979, pág. 117)— se desplaza a unos hechos específicos, las *opiniones*: (pues) aunque la encuesta estadística tiene como referente ideal los hechos, los comportamientos, estructuras espacio-temporales, de hecho se refiere con más frecuencia a *opiniones* (o sea), comportamientos verbales estereotipados». En el caso de las *cuestiones fácticas*, este desplazamiento de los *hechos externos* —u objetivos— a las *opiniones subjetivas verbalizadas* de los entrevistados puede, sin duda, ser evitado aplicando la técnica (muy costosa económicamente) de un *panel de observación participante*, en el que son los propios entrevistadores los que controlan y registran directamente los hechos (por ejemplo, el consumo alimenticio real de una familia a lo largo de un día o de una semana). Se trata en este caso, entonces, de situaciones empíricas, en las que la *encuesta estadística* (no sin problemas metodológicos) cumple adecuadamente con su *función verificativa*. Pero en cuanto el *control directo de los hechos* es sustituido (por razones de economía de esfuer-

zo, tiempo, coste...) por las *opiniones subjetivas* de los entrevistados sobre lo que a ellos mismos —o a otros miembros de la familia— les ocurre o hacen —respecto a *cuestiones fácticas*—, empiezan a producirse desviaciones opiniáticas y malentendidos semánticos. Desviaciones opiniáticas, porque el estereotipo de *lo habitual* y/o de *lo prestigioso* suele interferir en el recuerdo y conciencia de los entrevistados modificando en mayor o menor medida la representación de los hechos (por ejemplo, en el recuerdo/opinión del ama de casa sobre el consumo alimenticio familiar «en el día de ayer» suelen intercarse los 'filtros' *preconscientes* de «lo que habitualmente comen» y de «lo que debieran comer», dada su propia conciencia de *status*, etc., *idealizando* su representación; mientras que resulta obvio que en la cuestión de los métodos anticonceptivos, sobrecargan temores e inhibiciones a la mujer, incluso supuesta su mejor buena voluntad en sus respuestas). Malentendidos semánticos, porque la inevitable *polisemia de las palabras* —la existencia de distintos significados para un sólo significante— provoca que éstas sean entendidas de modo distinto en medios sociales diferenciados (por ejemplo, la situación laboral de «parado» es entendida de modo distinto en el medio rural que en el urbano, porque los jóvenes pertenecientes a familias con pequeñas explotaciones agrarias familiares, en las que ayudan ocasionalmente, pero *sin salario* alguno, no se consideran como «parados», dando así lugar al fenómeno de una aparente menor tasa de paro juvenil en el medio rural, según hemos podido comprobar en una reciente encuesta) (González, Lucas y Orti, 1985). Tales problemas metodológicos de ningún modo anulan la necesidad y la relativa validez de los resultados de este tipo de encuestas (*encuestas estadísticas sobre cuestiones fácticas mediante respuestas verbales*); pues las desviaciones opiniáticas son en parte sistemáticas (reflejan una mayor o menor *desviación ideológica general* de los resultados para cada clase o medio social encuestado, con la que hay que contar en el momento de su evaluación final), mientras que la lucha contra los malentendidos semánticos exige precisamente una mayor profundización y refinamiento semántico en sucesivas encuestas. Pero se trata, pues, a su vez, de problemas que plantean ya la cuestión de la *subjetividad* y del *lenguaje* en el propio proceso metodológico de la *encuesta estadística*, e indican la conveniencia de una «apertura cualitativa» complementaria, mediante un *análisis del discurso* (sobre el objeto de referencia) en *entrevistas individuales abiertas* y/o *discusiones de grupo*, que facilite la comprensión previa de las *desviaciones ideológicas* y de la potencial *polisemia de significados* y *malentendidos semánticos* de una cierta 'batería' de preguntas. (Apertura que, de hecho, ya tiene lugar dentro del propio proceso metodológico de la *encuesta estadística* a través del preceptivo *pre-test del cuestionario* —centrado en la correcta interpretación de los *significantes de las preguntas* por una pequeña muestra de individuos—; sólo que el *análisis del discurso de entrevistas individuales abiertas* y/o *discusiones de grupo* puede desentrañar con mayor profundidad —incluso en el caso de *cuestiones fácticas*— el *proceso significativo* estructurante de la visión subjetiva de un comportamiento objetivo —alimentación familiar, uso de métodos anticonceptivos, etc.—, contribuyendo al propio *diseño lógico* más pertinente de la 'batería' de preguntas del cuestionario, así como a la configuración de los *significantes* o términos más adecuados para los *items* de cada pregunta).

Pero sobre todo, cuando pasamos de las *cuestiones fácticas* (que apuntan a los hechos) a las *cuestiones ideológicas* (que entrañan una *posición* o *proyección valorativa* —*consciente* o *preconsciente*— por parte del sujeto entrevistado), es cuando se pone al máximo en evidencia el desencuentro entre las *limitaciones lingüísticas*

inherentes a la *formalización denotativa* de la *encuesta estadística* y las *posibilidades significativas latentes en el discurso espontáneo y (relativamente) libre* de ese mismo sujeto; discurso que es fundamentalmente *connotativo* (es decir, se halla marcado por los «valores afectivos de los signos» que utiliza, por todo aquello que excediendo de su *función denotativa* estrictamente *referencial*, son capaces estos signos de «evocar, sugerir, excitar, implicar de manera neta o imprecisa», remitiendo a otros signos, símbolos y mitos...), a la vez que se encuentra atravesado por múltiples *ambigüedades y contradicciones* (Martinet, en Mounin, 1979, pág. 43). Semejante desencuentro con la ('barroca' y viscosa) 'plenitud' del *discurso hablado* se manifiesta así singularmente (y de forma paradójica) en el caso de las *encuestas de opinión y actitudes* (o de aquella parte del cuestionario dedicado a las mismas) *formalizadas denotativamente*. Un primer nivel —muy fuerte— de *formalización denotativa* (esto es, unívoca y reductivista, procurando que cada término empleado quede fijado, de forma precisa e inequívoca, en un *sólo sentido* descriptivo u 'objetivado'), que constituye el modo más frecuente de analizar opiniones y actitudes mediante *cuestionario formalizado*, está representado por la formulación de las (llamadas) «*preguntas precodificadas o cerradas*», consistentes en una serie de *items* o *enunciados estereotipados*, entre los que el propio entrevistado debe elegir o adherirse a aquél con el que más se identifique personalmente (por ejemplo, en el caso de una *pregunta precodificada sobre opiniones y actitudes sobre el aborto*, simplificando al máximo, formalizaríamos tres *items* o *alternativas*: /1: el aborto debe ser castigado en todo caso por las leyes del Estado/, /2: el aborto debe ser despenalizado en algunos casos bien definidos por las leyes/, /3: el aborto es una cuestión individual que puede decidir libremente cada mujer/ ...). Resulta evidente que, en este caso, la supuesta *opinión subjetiva* del entrevistado toma la forma de una *votación forzada* (o al menos constreñida) entre unas pocas opciones a una de las cuales ha de adherirse necesariamente, o refugiarse en la 'caja negra' del «no sabe/no contesta». Pues el sujeto entrevistado no puede reformular la pregunta, matizarla, proyectar sus dudas y vacilaciones, 'posicionarse' de forma intermedia entre la alternativa /2/ y la /3/, etc.... (En ocasiones, como todo el que ha realizado *entrevistas con cuestionario* conoce por experiencia propia, el sujeto entrevistado critica los términos de la pregunta y/o debate con el entrevistador sobre su intencionalidad o significación última, para resignarse finalmente —a instancias del entrevistador— a suscribir —casi por compromiso— la alternativa —como ocurre también en algunas elecciones políticas— con la que se encuentra en menor desacuerdo...; porque precisamente de lo que se trata —como quizás le explique el entrevistador— no es tanto de conocer su opinión personal, como la 'probabilidad media' de adhesión a un cierto *enunciado o alternativa* dentro de un determinado colectivo social. Función real —a mi entender— de las *preguntas sobre opiniones precodificadas* que explicaría la paradoja de que dentro de una misma muestra de individuos, al reproducirse la encuesta, bastantes personas pueden 'cambiar de opinión' —dar respuestas distintas —en fechas sucesivas —pasando, por ejemplo, de la alternativa /1/ a la /2/, o de la /2/ a la /1/...—, mientras que las proporciones de adhesión a cada alternativa —las tasas opiniáticas— permanecen prácticamente invariables en la muestra, dados sus márgenes de representatividad).

Por otra parte, por su mismo diseño intencional, los *items* o *alternativas opiniáticas precodificadas* de una encuesta, conforman un *sistema de 'racionalizaciones'* (esto es, de explicaciones o pautas estereotipadas de distintos modelos de

conducta externa que pretenden conseguir una legitimidad social); por lo que el sujeto entrevistado tiende a adherirse o a inclinarse, de forma puramente *externa*, hacia aquella alternativa que cree que goza de mayor aceptación general dentro de su propio medio social (más que ser expresión de las propias posiciones y conflictos personales, la adhesión individual a una u otra *opinión estereotipada* se encuentra así condicionada por el que podríamos llamar *estado coyuntural de la opinión pública* y constituye un índice de la misma). Orientada por una tendencia adaptativa al 'justo medio', la selección de los *items opiniáticos* propende —en consecuencia— a concentrarse en la zona intermedia de 'la moderación', a coincidir con el *consensus social* vigente en torno a una cuestión, con lo que reproduce los perfiles externos de la ideología dominante. Los estereotipos que antes han sido impuestos por la ideología dominante (a través de los medios de comunicación social, las redes de influencia, las presiones difusas...), y marcados sobre las conciencias individuales, son ahora reproducidos por éstas y devueltos a la circulación ideológica del sistema social establecido, en su reflejo por los *datos de las encuestas de opiniones y actitudes*. Y se cierra, de este modo, un circuito comunicativo del sistema autorreflexivo, en el que las «*opiniones*», reducidas a «comportamientos verbales estereotipados» —como apunta Ibáñez (1979, página 117)—, revelan su auténtica naturaleza de «enunciados impuestos y arrancados (en cuanto) *palabra* implantada en el hablante». La *encuesta* casi toma así la forma de «*un examen*» —como la define el propio Jesús Ibáñez (1979, págs. 117-120)—, en el que el entrevistado debe demostrar el conocimiento de 'aquello que debe ser dicho' sobre cada tema —en la situación de entrevista— en concordancia con los valores dominantes. (De tal modo, las *encuestas de opinión* españolas anteriores a 1975 —al fin de la Dictadura del General Franco—, reflejan una escasa adhesión de las masas populares a los valores democráticos; un año después, tras el inicio de la reforma política predemocrática del primer Gobierno Suárez, la adhesión se ha convertido en absolutamente mayoritaria; las personas son las mismas, lo único que ha cambiado es el marco externo, es decir, las condiciones sociales de la expresión pública de sus «opiniones») / (Orti, 1977). Las sucesivas *encuestas de opiniones y actitudes* nos proporcionan, en definitiva, sucesivas 'radiografías' del *estado coyuntural de la opinión pública dominante* (clave de su utilidad en todos los campos opiniáticos estructurados —como ocurre en las *encuestas electorales* y en los *estudios de mercado*— por una *votación forzosa* entre una serie limitada de alternativas: intención de voto por el partido *P1* o por el *P2*, grado de preferencia por la marca *M1* o *M2*, grado de adhesión al estereotipo valorativo *E1* o *E2*, etc.). Pero por su propia estructuración altamente formalizada y reductivista —en el caso de las *preguntas precodificadas o cerradas*—, las *encuestas de opinión y actitudes* se mueven en la *superficie ideológica de la opinión pública* —conformada por fuerzas que permanecen ocultas—, e implican un 'sesgo conservador' (en el sentido de sobrevalorar la adhesión de las masas a los valores dominantes del sistema establecido), al ignorar precisamente las reprimidas estructuras afectivas y conflictos ideológicos internos de las personalidades y clases sociales, reducidas por este sistema de encuesta a la condición de simples 'votantes' sin palabra ni discurso propio. (Tal 'sesgo' o inclinación conservadora es igualmente inherente al *sistema electoral parlamentario* que, por una parte, reduce la participación de los ciudadanos a la de simples votantes, mientras que, por otra, limita las alternativas reales concentrando el 'voto útil' en las formaciones centristas mayoritarias. Buen conocedor probablemente de este efecto de 'conservadurización' del proceso electoral, el hábil Georges Pompidou, Primer

Ministro del General De Gaulle, dio una *salida electoral* a la crisis aparentemente pre-revolucionaria del Mayo francés de 1968: las fuerzas y discursos libres de los grupos y clases sociales dinamizadas, que estaban conmoviendo las bases del sistema social francés, planteando *cuestiones radicales* de la convivencia y organización social, quedaron automáticamente congeladas; al reconvertirse todos los ciudadanos en *individuos votantes* frente a una reducida serie de *alternativas electorales* —institucionalizadas *intra sistema*—, con el resultado del triunfo mayoritario de la derecha conservadora en las elecciones de junio). De aquí que frente a esta *reconducción conservadora y restrictiva del discurso ideológico* por parte de la *encuesta precodificada de opiniones y actitudes*, el *análisis del discurso* (*espontáneo y libre*) de *entrevistas abiertas y/o discusiones de grupo* aparezca como una alternativa complementaria, que al devolverle el uso de la palabra libre (sólo de modo relativo, dentro de ciertas condiciones también restrictivas...) al sujeto entrevistado, nos permite acceder a su *preconsciente ideológico*, e intentar interpretar las claves de su conformación.

1.3. Ahora bien, antes de plantear la metodología adecuada para la *producción y análisis de discursos ideológicos libres*, todavía hay que hacer constar que la técnica de la *encuesta estadística de opiniones y actitudes* dispone también de un sencillo procedimiento para captar el *discurso espontáneo y libre del entrevistado*, como es el de las llamadas *preguntas no codificadas* o «*preguntas abiertas*», es decir: preguntas sobre *cuestiones fácticas* o más frecuentemente sobre *cuestiones ideológicas* que carecen de *items* o *alternativas codificadas*, y que previamente deben ser lo suficientemente *neutras* en su formulación, para no orientar, ni precondicionar la *respuesta abierta o libre del sujeto entrevistado*, consistente en una frase o en un breve conjunto de frases (debiéndose limitar el entrevistador a transcribirlas en su contenido expresivo literal). Desde esta perspectiva, se plantea así un primer problema (inevitable e incluso asumido en el caso de las «*preguntas cerradas*»), como es el de la *neutralidad, no directividad o no precondicionamiento* de la *formulación verbal específica de la «pregunta abierta»* para hacer posible una *respuesta (auténticamente) espontánea y libre* por parte del entrevistado. Problema que tan sólo es trivial para el profano o ingenuo en la *redacción de cuestionarios*; pues lejos de ser 'neutras', *las palabras* se encuentran socialmente '*marcadas*' —'connotan' o se asocian con significados específicos, establecidos por usos o hermenéuticas colectivas—, e inducen de forma inmediata representaciones con valores diferenciados. (La vida y el discurso político se encuentran rebosantes de ejemplos, en los que la matización o 'desviación verbal' —evitando ciertas palabras o sustituyendo unos términos por otros— se convierte en un arma de la lucha ideológica. Muy probablemente, en este mismo año 1986, va a tener lugar, por ejemplo, un *referéndum* sobre la salida o permanencia del Estado español en la organización de defensa internacional *OTAN* o *Alianza Atlántica*, y —como es sabido— la lucha ideológica entre partidarios de una u otra opción se centra en los términos específicos de formulación de la pregunta a someter a votación por el Gobierno. Al parecer, incluso la utilización de la palabra o significante *Alianza Atlántica* —más neutro— en lugar del de *OTAN* puede influir sobre los resultados de la votación, favoreciendo a la opción de la permanencia, al encontrarse el término *OTAN* estrechamente asociado con el *slogan* antinorteamericano y popular de la izquierda: «*OTAN no; bases fuera*», etc.). Existe, además, una lógica e inevitable tendencia *preconsciente*, por parte del investigador/redactor del *cuestionario*, a proyectar sus propias creencias o prejuicios en la for-

mulación de las preguntas (... cuando no se producen casos de grosera manipulación, en ciertas encuestas encaminadas a 'demostrar empíricamente' la validez de unos determinados presupuestos ideológicos, si bien éstos son ya casos extremos, ajenos a la propia técnica, y que ponen en cuestión la honestidad y fidedignidad del investigador como 'agente del conocimiento sociológico'). Por todo ello, las «preguntas abiertas» sobre cuestiones ideológicas suelen ser formuladas con gran cuidado y con la mayor 'neutralidad' y economía verbal posible (esto es, con un mínimo de palabras), y con frecuencia se limitan a la escueta interrogación de un «¿por qué?» —con una intención *motivacional* abierta o 'explorativa', tras una respuesta anterior generalmente respecto a una opción o 'votación' a una «pregunta cerrada» (en el caso de referencia de las *opiniones y actitudes ante el aborto*, esta *cuestión motivacional* se plantearía tras haberse decidido el entrevistado por uno de los tres ítems o *alternativas precodificadas*: /1: el aborto debe ser castigado en todo caso por las leyes del Estado/, etc.). Pero también es posible plantear, en términos de gran generalidad, cuestiones muy abstractas, orientadas a provocar la *proyección ideológica* inmediata del entrevistado (como en el caso ya mencionado del planteamiento directo de cuestiones tan ambiguas y conflictivas como: *¿qué es abortar?*). Y en estos casos, la sistematización o *codificación* posterior —en el llamado *Plan de Codificación*— del conjunto de las *respuestas verbales abiertas* de los entrevistados, nos facilita una primera aproximación al *enfoque motivacional* (es decir, a la *génesis ideológica* de las *posiciones o actitudes* de los entrevistados respecto a la *cuestión del aborto*, por ejemplo, etc.), mediante la *ordenación semántica coherente* de las distintas '*clases ideológicas*' de respuesta (desde aquellas para las que, por ejemplo, «abortar» significa «matar» hasta aquellas otras para las que sólo supone «eliminar una célula»). Al mismo tiempo, que la correlación de cada clase de *respuesta ideológica* con su localización preferente (medio rural o urbano), o con los elementos o factores del *status* (hombre/mujer, clase alta/clase baja, etc.), cumple con la función primordial de la *encuesta estadística por muestreo* de determinar (probabilísticamente) la localización y factores objetivos —en el *campo social* de referencia— de las *respuestas ideológicas subjetivas*.

Sin embargo, las llamadas «preguntas abiertas» de la *encuesta estadística de opiniones y actitudes* continúan siendo una '*apertura cualitativa*' (una 'ventana' o una 'rendija') demasiado estrecha para que por ella circule, aportando toda su riqueza semántica, un auténtico *discurso (ideológico) espontáneo y libre* de un sujeto en (supuesta) situación de 'comunicación total'. Ante todo, porque gran parte de las *respuestas verbales a las preguntas abiertas* (en forma de breves frases 'seltas') son extremadamente ambiguas, al carecer de un contexto propio suficientemente significativo, y resultan así de difícil interpretación y (subsiguiente) clasificación desde el punto de vista de un *sistema de posiciones o actitudes ideológicas* (ante la pregunta abierta de «¿qué es abortar?» cabe, por ejemplo, la respuesta de «matar algo» —que de hecho ha surgido en una de nuestras *discusiones de grupo*—, excesivamente ambigua para ser interpretada en profundidad fuera de un discurso más amplio y contextualizador). De tal modo, dado su carácter fragmentario, estas frases aisladas no pueden ser interpretadas por su contextualización dentro de un *discurso libre y extenso* (con una multiplicidad de dimensiones y significaciones que se valorizan y definen mutuamente), en cuanto expresión latente del *preconsciente ideológico* del sujeto entrevistado (es decir, todas aquellas significaciones y valores implícitos del discurso que constituyen sus claves de codificación). Por lo que las *respuestas verbales* o frases más o menos inconexas

que producen las *preguntas abiertas* concluyen siendo interpretadas y contextualizadas (de forma más o menos forzada) por el propio investigador/codificador a través de su contraposición valorativa o diferencial dentro de la 'masa' de frases o conjunto final formado por todas las *respuestas verbales* (o de la muestra significativa de las mismas —por ejemplo, un 20 por 100— sobre la que se suele diseñar el Plan de Codificación). Semejante contextualización suele ser, en sus grandes líneas generales, más o menos significativa y orientativa respecto del *sistema ideológico preconsciente* que estructura, en un momento dado, la *opinión pública* en torno a una determinada cuestión; pero difícilmente alcanzará el nivel de profundidad, coherencia, asociaciones significativas y matices de la compleja *estructuración semántica del sistema ideológico* configurada a partir de la *interpretación y análisis de los discursos libres* producidos mediante las *entrevistas abiertas y/o discusiones de grupo*. (Por ejemplo, en el *análisis de una serie de discusiones de grupo sobre el aborto*, la expresión «matar algo» se constituye en la posición ideológica central clave de la *tolerancia* —despenalización del aborto sólo en los tres casos excepcionales contemplados por la Ley española recientemente aprobada...— dentro del contexto —enriquecido por los discursos grupales— de una *estructuración semántica conservadurismo/progresismo*, que va desde la concepción *integrista patriarcal* magnificadora de «cometer un filicidio personalizado» o «matar a un niño», a la concepción *feminista* trivializadora de «eliminar una célula», según el «Cuadro estructural de las posiciones ideológicas respecto al aborto», que incluimos en la presente sección. Vid. adjuntos Esquemas 1 y 2) / (Lucas, Orti, 1983). Y en ningún caso, el *análisis de preguntas abiertas* podrá sustituir en las *cuestiones ideológicas al análisis del discurso libre de entrevistas abiertas y/o discusiones de grupo* para captar —a través de la interpretación de las asociaciones discursivas, así como de las dudas, ambigüedades y contradicciones del discurso— el *proceso de conformación ideológica preconsciente del propio discurso subjetivo*. Pues necesaria para la localización/correlación/cuantificación en el 'campo social' de los elementos o factores de las *posiciones ideológicas*, el inevitable 'reduccionismo cosificador' de la *encuesta estadística de opiniones y actitudes* la convierte en un instrumento ciego para la captación de la *génesis y estructura profunda de los discursos ideológicos*.

1.4. Por el contrario, los *discursos* (aquello que los sujetos *dicen* o *manifiestan* espontáneamente: desde una simple «palabra en posición de frase» hasta una larguísima exposición oral o escrita dirigida a otro), en cuanto expresión manifiesta de los deseos, creencias, valores y fines del sujeto hablante, escapan en su nivel máximo de profundidad y articulación al anterior enfoque epistemológico 'cosificador', y exigen fundamentalmente ser *comprendidos e interpretados* (Ricoeur, 1975). O lo que es lo mismo, el *discurso* espontáneo y (relativamente) libre de un sujeto no constreñido por ninguna contextualización impuesta (esto es, por ningún *cuestionario*) se resiste a su formalización, y mucho más aún a su cuantificación. Como es sabido, esto es lo que intenta precisamente el denominado «*análisis de contenido*», definido por Bernard Berelson (1952, pág. 18), uno de sus principales promotores, como «una técnica de investigación para la descripción objetiva, sistemática y cuantitativa del contenido manifiesto de las comunicaciones, cuya finalidad es interpretarlas». Pero un *análisis de contenido del discurso* de carácter *cuantitativo*, si bien puede contribuir (con excesiva parsimonia) a confirmar algunas interpretaciones previas (e incluso a proporcionar indicios significativos para formular nuevas interpretaciones), vuelve a desconocer el carácter

ESQUEMA 1.—CUADRO ESTRUCTURAL DE LAS POSICIONES IDEOLÓGICAS RESPECTO AL ABORTO SEGUN LAS DISTINTAS REPRESENTACIONES DE /LO CONCEBIDO AUN NO NACIDO/ (**)

Eje de secularización progresiva				
(A) ←	← Campo conservador	← Campo de tolerancia	← Campo progresista	→
(1)	(2)	(3)	(4)	(5)
Posición integrista (absoluta)	Posición conservadora (adaptativa)	Posición tolerante (mínima)	Posición permisiva (máxima)	Posición legitimadora (socializada)
1.1. Rechazo medios artificiales planificación familiar. 1.2. /A/: /filicidio personalizado/	2.1. Apertura a los medios artificiales de planificación familiar. 2.2. /a./: /matar a un niño/	3.1. Promoción de medios artificiales de planificación familiar. 3.2. /a./: /matar a un ser vivo/	4.1. Programación sistemática de medios de planificación familiar. 4.2. /a./: /destruir algo/	5.1. Programación sistemática de medios de control de natalidad. 5.2. /a./: /frustrar un embrión/
/alma/ /nasciturus/ /persona humana trascendente/	/niño perfecto/ /feto/ /niño fetal/	/ser vivo/ /feto/ /ser vivo fetal/	/feto/ /ente en desarrollo/	/feto/ /embrión/ /feto embrionario/ /embrión en desarrollo/
1.3. Oposición a toda despenalización... * 24 % encuestados	2.3. Apertura a despenalización /casos extremos/ (indicación terapéutica). * 66 % encuestados: máxima amplitud	3.3. Despenalización (adicional) de /casos graves/ (indicación eugénica). * 62 % encuestados	4.3. Despenalización (adicional) de /casos justificables/ (indicación ética). * 56 % encuestados	5.3. Legalización de la indicación social (por estado de necesidad). * 24 % encuestados: MINORIA PROGRESISTA
				6.1. Reivindicación control masculino de natalidad. 6.2. /a./: /eliminar una célula/ 6.3. Legalización aborto abierto o /aborto libre/ (indicación personal).
				Posición reivindicativa (feminista)

MINORIA INTEGRISTA →

BLOQUE LIBERAL

mínima base

* 24 % encuestados

* 66 % encuestados: máxima amplitud

* 62 % encuestados

* 56 % encuestados

* 24 % encuestados: MINORIA PROGRESISTA

(**) Estudio de referencia: Angel de Lucas y Alfonso Ordi (1983).

* Encuesta CIS (febrero 83)

sistemático del lenguaje, así como la mutua contextualización valorativa de los diversos elementos del discurso y sus contradicciones internas. «El análisis cuantitativo de contenido tiene un alcance muy limitado —concluye, por su parte, Ibáñez (1979, pág. 41)—, porque parte de una hipótesis clasificatoria (descompone el discurso en categorías de unidades) y no de una hipótesis estructural del lenguaje (el lenguaje forma un sistema y no es mero repertorio)». En primer lugar, tal hipótesis estructural del lenguaje implica que la *significación cultural del discurso* (esto es, su condición de *comunicación simbólica*) nos remite a un *sistema de signos intersubjetivos*, cuyas reglas de articulación, valores diferenciales y significados deben ser (obviamente) comprendidos, si queremos entender el valor práctico de las propuestas enunciadas por el sujeto hablante. Entre ambos sujetos —emisor y receptor, actor y observador, encuestado y encuestador...—, la *comprensión del discurso* intercala la *lengua*, que en principio une (en la medida en que el sistema de signos es común a ambos), pero que también puede separar: pues dada la polisemia inherente al lenguaje, todo discurso es más o menos ambiguo, entraña la posibilidad de 'malentendidos' y plantea la cuestión radical del *sentido último* de las proposiciones del sujeto hablante, tanto en su orientación referencial hacia la realidad, como en su (supuesta) determinación motivacional interna. Planteada así, en segundo lugar, la *cuestión radical del sentido del discurso* —las cuestiones del *¿por qué?* y del *¿para qué?* del discurso—, se abre un abismo, que todo análisis sociológico trata inútilmente de colmar, pero en el que desde un punto de vista *pragmático* (esto es, de orientación de la propia respuesta verbal o activa) se hace necesario penetrar, atreviéndonos a realizar *interpretaciones del discurso*.

En un primer plano —en plano de los *niveles manifiesto y latente o implícito*— del *discurso ideológico*, todo discurso es *interpretable* —observan Rafael del Aguila y Ricardo Montoro, en un excelente estudio sobre «*El discurso político de la transición española*» (1984, pág. 2)— «como medio revelador de la realidad sociopolítica que nos señala». Porque todo discurso o lenguaje (en este caso, el *discurso político*) entraña múltiples significaciones, al menos en tres niveles diferentes —que estos mismos autores sistematizan— por sus contenidos o funciones comunicativas:

1. «El lenguaje que *dice cosas*» (*función referencial*)
2. «El lenguaje que *oculta cosas*» (*función ideológica o encubridora*, pero que sometida a una *crítica ideológica* es igualmente interpretable).
3. «El lenguaje que *revela o traiciona significados*»... a pesar del propio sujeto hablante (*aspecto legitimador de la función ideológica*, que puede ser puesto de manifiesto por una *crítica semántica*).

Pero, además, en este último sentido (en el de la captación de las *significaciones latentes* en el lenguaje), el *análisis del discurso* intenta convertirse —como indica Castilla del Pino (1974, pág. 11)—, en una *hermenéutica del lenguaje* definida como «el intento de dilucidar las actitudes en el lenguaje», al enfocar específicamente al lenguaje *como expresión*. Elucidación que siguiendo el *modelo psicoanalítico de la interpretación de los niveles y elementos no conscientes del discurso*, «puede considerarse —observa Brabant (1976, pág. 14)— que tiende a establecer un sentido en donde no parece que éste pueda existir o buscarlo donde no podríamos imaginar que existe». Con lo que llegamos al nivel *más profundo*, pero también *más subjetivo* en la *interpretación del discurso*, en el que el soció-

logo —apoyado si se quiere por un mínimo *análisis semiológico* (reducción del discurso a un sistema de signos) y esencialmente por un abierto *análisis semántico* (relación de la *significación* del texto con el *sentido* u orientación de la conducta del sujeto)— se convierte inevitablemente en *intérprete*.

Ahora bien, el *sociólogo en cuanto intérprete del discurso ideológico* no es (ni tiene por qué ser) ni un *semiólogo* (que autonomiza y analiza las estructuras lingüísticas como una realidad en sí), ni adoptar necesariamente un *enfoque psicoanalítico* (que tiende a reducir el *sentido* a una sobredeterminación del *deseo* en el contexto de un modelo estructural de la personalidad). Pudiendo ampliar y profundizar su *interpretación del sentido del discurso* con aportes de la metodología analítica semiológica y de la concepción antropológica psicoanalítica, la función del *sociólogo/intérprete ideológico* es a la vez más modesta y menos rigurosa (no está determinada por una teoría general del lenguaje, ni por una teoría 'profunda' de la personalidad), pero también más realista y pragmática: porque en la *práctica de la interpretación y análisis mediante técnicas cualitativas del discurso*, la función del sociólogo —como la del historiador— se reduce a relacionar la *orientación ideológica de los discursos* con la *génesis y reproducción de los procesos sociales*. O lo que es lo mismo, el *contexto de su interpretación* está representado por una visión global de la *situación y del proceso histórico* en que emergen los *discursos ideológicos* analizados (o si se prefiere, por emplear la célebre fórmula leninista, por «el análisis concreto de la situación concreta»). De aquí que las *interpretaciones sociológicas del discurso* sean *interpretaciones pragmáticas* (al menos como algunos las realizamos habitualmente en las investigaciones de mercado y en el análisis de las formaciones ideológicas) que buscan relacionar 'lo que el sujeto dice' con su articulación en el campo de las prácticas sociales efectivas..., *desde el punto de vista* de unos determinados objetivos de la investigación sociológica en curso (contribuir a la configuración de una imagen de marca de un producto/mercancía, comprender la génesis de ciertos hábitos de consumo, sistematizar y prever la evolución de las 'actitudes' —o mejor: de las posiciones ideológicas— frente al aborto o a cualquier otro fenómeno social, etc.). Y lejos de reducir al 'sujeto que habla' a un simple 'sujeto de la lengua' (*pansemiologismo*) o a un sobredeterminado 'sujeto del deseo' (como en la terapia psicoanalítica), el *análisis sociológico o pragmático del discurso* ha de referirlo, en último término, a los procesos y conflictos sociales reales de la situación histórica que lo engendra y configura. «La especificidad del habla no depende, como dice Paul Ricouer, de que los sujetos combinen unos signos, sino de que los combinen de forma específica en un discurso significante —observa Narciso Pizarro, en una aguda y sistemática crítica del *pansemiologismo* (1979, pág. 63)—. Por tanto, reducir el habla a la combinación de signos, es reducir la significación al significado, infravalorando precisamente que la producción o la reproducción de una frase por un individuo es siempre —concluye Pizarro— un hecho social concreto que tiene lugar en el seno de relaciones sociales determinadas donde este producto cumple una función precisa: producir un efecto dado, que se inscribe en el contexto del conjunto de las prácticas sociales.» Por lo que, en todo caso, el *análisis semiológico* (metodológicamente útil para desplegar los diversos niveles de significación interna de un texto), está subordinado a la *intencionalidad* y al *análisis sociológicos* en las prácticas establecidas de la llamada *investigación sociológica cualitativa*.

Sin embargo, la referencia del *discurso ideológico* a las relaciones sociales reales no elimina la irremediable *subjetividad del sociólogo como intérprete*. Más bien

la intensifica, al constituir el sociólogo-investigador el agente real que pone en relación la *visión global pragmática* de la situación histórica (a la que se refiere Schumpeter, 1982, pág. 78) con la supuesta *orientación ideológica del discurso o grupo analizado*. «La unidad del proceso de investigación está en el investigador —postula Ibáñez (1979, pág. 324)— que es el operador fundamental.» Pues es el propio investigador el operador o agente de «totalización» —biográfica e históricamente situado— que pone en relación el análisis de la *situación micro (discusión de grupo o entrevista individual abierta)* con la *situación macro o global* (sociedades o clase social de pertenencia de los grupos o individuos), articulándola en una misma representación (Ibáñez, 1979, pág. 344). Razón por la cual las *técnicas cualitativas para el análisis del discurso* suelen ser consideradas como faltas de fiabilidad por los sociólogos y ejecutivos de *mentalidad analítico-positivista*.

2. Génesis y expansión de las técnicas cualitativas para el análisis del discurso: de las investigaciones de mercado a la investigación sociológica general

2.1. El progresivo desarrollo en extensión y profundidad de los estudios de opinión está conduciendo actualmente, también en España, a la incorporación —como una fase *cualitativa* necesaria— del enfoque metodológico de las llamadas *técnicas cualitativas* (a saber: la '*entrevista abierta semi-directiva*' y las '*discusiones de grupo*') en la investigación empírica de los discursos. Pues tal enfoque entraña una forma de aproximación empírica a la realidad social específicamente adecuada a la *comprensión significativa e interpretación motivacional (intencionalmente) profunda* de la conducta de los actores sociales, en su *orientación interna* —creencias, valores, deseos, imágenes preconscientes, movimientos afectivos...—. Impuestas paulatinamente —frente a los prejuicios y recelos de la '*mentalidad burocrática*' de los '*ejecutivos*' de todo tipo de poderes—, precisamente por la propia dinámica competitiva del mercado capitalista de bienes de gran consumo, las *técnicas cualitativas de investigación de los discursos* son de hecho, hoy en día, ampliamente aplicadas —de modo, por supuesto, complementario con las '*encuestas estadísticas por muestreo*'— en la esfera —por ejemplo— de los estudios de mercado, para definir las *imágenes sociales preconscientes* de los productos y marcas comerciales —«Coca-Cola», «Nescafé», «AEG», etc.—, así como para captar, contextualizar e interpretar, en *términos culturales concretos*, las *actitudes y motivaciones básicas* de los distintos grupos sociales —campesinos, oficinistas, jóvenes, viejos, etc.—, *latentes* detrás de estas imágenes más o menos cristalizadas.

Proceso metodológico de ampliación y diversificación de las técnicas y prácticas de la investigación de mercados que responde, en última instancia —como observa Jesús Ibáñez (uno de los pioneros en su introducción)—, al proceso estructural de progresiva instauración del nuevo «capitalismo de consumo». A lo largo de su proceso, el sistema capitalista ha puesto en marcha técnicas de investigación —esto es, «dispositivos de producción de verdad»— funcionales a la tarea fundamental que se le presentaba en cada momento —describe Ibáñez (1979, págs. 112 y sig.)—. «La *encuesta* —instrumento privilegiado de investigación para las ciencias naturales, y en general las ciencias de todo lo que es codificado— aparece con el colonialismo (su tarea fundamental era capturar tierras y hombres: deducirlos de la naturaleza). El *examen* (esto es: la *encuesta estadística de opinión*), en cuanto instrumento privilegiado de investigación de las ciencias

humanas, y en general de las ciencias de todo lo que es domesticado, aparece —prosigue Ibáñez— con el capitalismo de producción y acumulación (su tarea fundamental era acumular a los hombres en el capital: producir individuos). La *confesión* (o sea: la *entrevista abierta semidirectiva* y la *discusión de grupo*), instrumento privilegiado para las ciencias sociales, y, en general, las ciencias de todo lo que es enajenado, aparece con el capitalismo de consumo.»

Lo que el poder del Estado pretendía en un primer momento —podemos añadir—, era censar sus recursos disponibles y sus 'bases imponibles' (brazos, cabezas de ganado, etc.) —recordemos aquí las célebres *Relaciones de pueblos*, o contestaciones a las encuestas llevadas a cabo, en 1575-78, por orden de Felipe II—. (Encuestas pioneras del Estado moderno en España que han sido analizadas, por ejemplo, por José Gentil da Silva, 1967. Puede en esta exposición verse cómo, desde el principio, la *encuesta* se inserta en una dialéctica de dominación y resistencia entre el poder y sus súbditos: mientras el poder se preocupa —en sus preguntas— por las eventuales «causas de descenso de la población» —fuente de brazos, guerreros e impuestos—, los pueblos —en sus respuestas— claman, por el contrario, por la creciente «falta de tierras laborables», respondiendo a la vieja «hambre de tierras» del campesinado español). Pero con el tiempo, la encuesta *estadística*, ahora 'tecnificada' por la introducción del muestreo, se convierte también en un instrumento del capital para prever los efectos multiplicadores de su inversión: se trata de contar a los demandantes/consumidores potenciales; del mismo modo que poco después —y con los mismos métodos— nacerá la *sociología electoral*, para que los partidos puedan hacer recuento de sus votantes potenciales, y determinar su clase y condición social. Por último, cuando el problema para el Poder y el capital ya no es únicamente el de reclutar brazos para la producción y la guerra, ni el de distribuir impuesto o bienes escasos entre masas famélicas, sino el de conseguir dar salida a toda costa a las grandes masas de bienes acumulados —montañas de sobres de sopas preparadas o de zapatos de suela de plástico—, ya no basta con el simple *recuento* de los más o menos acobardados súbditos, se hace necesario ahora el *contar también con ellos*.

Surge así el proyecto de dominación, disfrazado de ideología de la 'soberanía del consumidor', de hacer participar a los antes súbditos y hoy votantes ocasionales y 'consumidores satisfechos' en el obligado festín de plásticos, sopicaldos, fármacos... y otros simulacros del deseo, contando con sus prejuicios, sus pequeñas manías, sus frustraciones, sus fantasías..., aparentemente tan 'personales', y en el fondo tan dependientes de sus 'grupos sociales de referencia'. Proyecto de dominación por la seducción que, como es bien sabido, se engendra en la esfera del *marketing*, la publicidad y las relaciones públicas; a la vez que hace evolucionar a la *investigación de mercados* desde las simples '*técnicas de recuento*' de los consumidores, a '*técnicas de participación*', basadas en la '*confesión*', '*identificación*', '*conversión*'... del consumidor, o del votante, con la mitología de la marca/producto o del partido/agrupación electoral de turno. Antes, el Poder y el capital se conformaban con saber *cuántos* eran sus súbditos; ahora —movidos por el fáustico deseo de una acumulación 'diabólica', cuya meta es cada vez 'arrojada' más lejos: Indias, luna, cosmos—, el poder y el capital —más aliados que nunca por su tácito pacto— quieren saber mucho más: *conocer cuáles son los deseos* más profundos y escondidos de sus cualificados ciudadanos/consumidores, *cómo se engendran y articulan sus procesos de identificación preconsciente*; en fin, comprarles a todos 'el alma', que ha sido previamente forjada por el propio Poder y capital que dividen a la sociedad en clases y grupos, conociendo la forma y el

precio simbólico del deseo en cada grupo, para 're-ligarles' en su propia alianza fáustica.

De aquí la adecuación de las *técnicas cualitativas de investigación de los discursos* —y en particular, de la '*discusión de grupo*'—, en cuanto técnicas de 'participación' y 'religación' (ideológica y afectiva) para el estudio y orientación de la conducta de grandes masas de consumidores en la estructura de la competencia del 'mercado neocapitalista' de la llamada 'sociedad de consumo': bienes superfluos, marcados antes por el deseo que por la necesidad, los bienes de gran consumo masivo —las bebidas refrescantes, las alcohólicas, ciertos electrodomésticos e incluso ciertos automóviles— se presentan como *imágenes socialmente producidas*, símbolos de *status* y de pertenencia a grupos; con los que es forzoso identificarse para promocionar o simplemente 'instalarse' y cuyos *valores y significantes* todos —...los miembros del grupo— deben compartir.

La estructura simbólica del discurso dominante en una *discusión de grupo* reproduce así —de forma *preconsciente* que el análisis debe desentrañar—, la *estructura motivacional* de los '*grupos de referencia*' —o, mejor, de su sistema de valores— que orientan la conducta de consumo en una clase o en una situación social determinada. A la relevancia *motivacional* del grupo en un 'modelo dado de consumo' corresponde así una relevancia *epistemológica* paralela de la '*discusión de grupo*'. «Frente al acoplamiento individual al sistema de consumo (el consumo como relación solitaria del consumidor y el producto...), va ganando terreno —observa Ibáñez, por su parte (1979, págs. 250-3)— el acoplamiento grupal: relación —que tiene la estructura de una relación significativa— entre un conjunto de consumidores y un conjunto de productos, las relaciones entre el conjunto de los consumidores se aplican a las relaciones entre el conjunto de productos; y a la inversa: estructura que se aplica a los actos de venta y consumo, cada vez más grupalizados, utilización de los pequeños grupos como situación de venta, consumo en grupo —bandas, clubs, discotecas, etc.—.» Por todas partes en la sociedad de consumo, reinan la *grupalidad* y la *simbolización*, forjando *significaciones colectivas preconscientes*, que reclaman —en cambio— la liberación del *discurso personalizado* —y, por tanto, de pertenencia *consciente* o *preconsciente* a grupos— de los sujetos/consumidores investigados, en que fundamentalmente las *técnicas cualitativas de investigación de los discursos* consisten.

2.2. Tras las primeras experiencias en la esfera de los estudios de mercado aplicados (en Norteamérica hacia los años 1950, en torno, por ejemplo, al fantástico *Institute for Motivation Research* de Ernest Dichter, en España desde la década de los 60), las *técnicas cualitativas de análisis de las actitudes* han ido poco a poco penetrando también en el ámbito de las investigaciones sociológicas generales (donde, desde luego, contaban con una vieja tradición de precedentes, más o menos peculiares, pero que habían sido ensombrecidos por la 'fase imperialista' de las '*encuestas estadísticas de opinión*'). Dentro, al menos, de la tendencia metodológica y experiencia profesional del grupo de investigadores en que se encuadra quien esto escribe, las *técnicas cualitativas* —de forma específica: las '*discusiones de grupo*'— han sido aplicadas tanto para la definición de las *imágenes sociales* de algunas grandes organizaciones e instituciones —Televisión Española, la Cía. Telefónica, o la Seguridad Social, etc.—, así como para la *interpretación motivacional de la dinámica de las actitudes* de las distintas clases o tipos de ciudadanos frente a cuestiones de interés general o personal —las concepciones de la salud, las actitudes ante el trabajo y la educación o el aborto,

o ante el ocio y el deporte, etc.—. Mientras que el interés por la aplicación de distintas variantes o modalidades del *enfoque metodológico cualitativo* —generalmente, de forma complementaria a la realización de *encuestas estadísticas representativas*— parece ser creciente en estos momentos, como lo muestran numerosas investigaciones en marcha.

Se trata de un proceso de progresivo desplazamiento o ampliación de las *técnicas cualitativas de estudio y re-ligación de las actitudes*, mediante la *perspectiva y dinámica de grupos concretos*, desde la esfera (pretendidamente) 'privada' del consumo al ámbito (pretendidamente) 'público' de las ideologías y creencias. De tal modo, las técnicas de la dinámica de grupos, demostrada su eficacia en el 'análisis-interpretación-re-ligación' de los productos y marcas con los '*grupos consumidores*' (eficacia contrastada por su útil aportación a las estrategias de *marketing* y a las campañas publicitarias), vuelven ahora a su terreno originario para estudiar la génesis y estructura de articulación/re-ligación de los '*grupos ideológicos*' ('creyentes' de todo tipo, votantes de los partidos, o partidarios de uno u otro tipo de reformas). Quizá, por ello, parece estarse produciendo también una cierta revalorización del *enfoque cualitativo* en la investigación sociológica general, incluso en aquellas esferas que han estado sometidas durante los últimos veinte años a la abrumadora influencia cultural de las corrientes más 'cuantitativistas' de la sociología académica norteamericana. En este ámbito, tal revalorización o retorno a la *tradición cultural cualitativa* (clásica y, en realidad, central siempre en el pensamiento y análisis político y social de todos los tiempos), representa la superación de las ilusiones 'tecnocráticas' de una época —la de los años 1950 y 1960— de alucinada obsesión por la *cuantificación absoluta* y la *verificación estadística* de todos los (... multidimensionales, diversos y contradictorios) 'factores' de conformación de los fenómenos sociales. Ya que el lógico predominio de la *mentalidad y métodos tecnocráticos* en todos los centros de poder, con los medios suficientes para el desarrollo de una investigación empírica..., redujo el prometedor *retorno crítico (o concreto) a los hechos* —de fines de los 50, inicios de los 60— a un *empirismo abstracto* (C. Wright Mills, 1961), «en el que el estudio comprometido de los *hechos concretos* tiende a quedar reducido —como he escrito en otra ocasión (Orti, 1982)— a la mera producción de *datos abstractos*, vacuos por su propia obviedad o carentes de un auténtico referente real». Y en un ambiente de cierta idealización triunfalista del *ultracuantitativismo estadístico* en la investigación sociológica general, los *aspectos cualitativos (o simbólicos)* de los fenómenos sociales llegaron a ser considerados —en definitiva— como una especie de 'resto monstruoso' (irracional y aberrante) que debía y podía ser progresivamente reducido a términos 'objetivos', 'racionalizados'... y 'formalizables' (como si el lenguaje fuese un instrumento neutro y exclusivamente denotativo), mediante la aplicación sistemática de una metodología —que se suponía— rigurosamente científica.

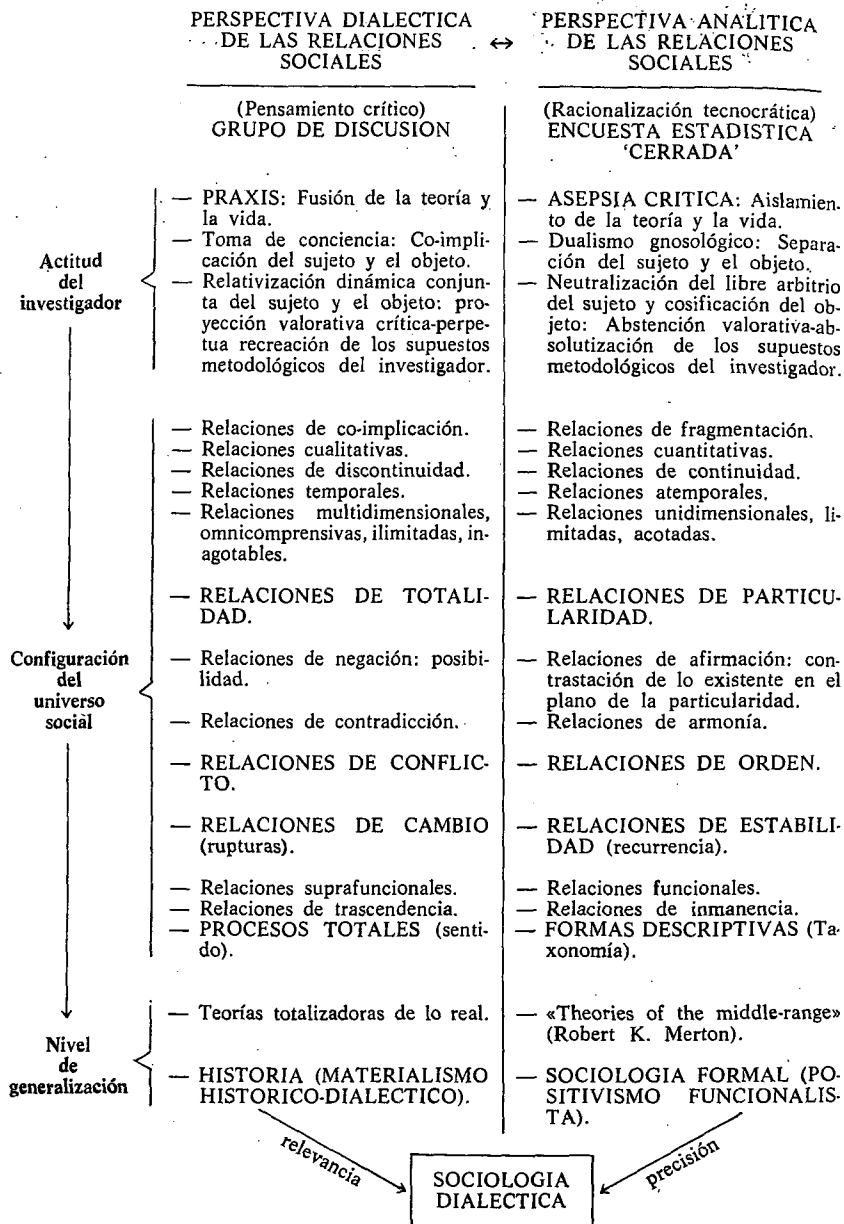
Pero también en el ámbito de la investigación sociológica general, cada vez más abierto, diversificado y pluralista, parecen haber pasado ya los momentos de euforia inicial de este esquizofrénico 'imperialismo cuantitativista'. Y en este sentido, Juan F. Marsal señalaba, no hace mucho tiempo (1977), la declinación de la ciega creencia —que parece acompañar a la crisis de la sociología norteamericana— en la validez exclusiva y omnipotencia de los '*métodos cuantitativos*' en el corazón mismo de su imperio: los USA; donde la aparición —en cambio— de nuevas tendencias, como la llamada '*etnometodología*' representa un resurgimiento del '*enfoque cualitativo*' en la investigación sociológica. «La desconfianza

de la omnipotencia de los métodos cuantitativos, la necesaria compulsa con las categorías que los presuponen... se convierten en crítica más abierta (por ejemplo) en la *metodología etnometodológica* de Cicourel, para quien la *medición social* misma es un problema de sociología del conocimiento —escribe Marsal (1977, pág. 321)—. Como los existentes sistemas de medición no tienen en consideración los aspectos problemáticos de las decisiones cotidianas (uno de los *leit motiv* de la etnometodología), ni la situación biográfica única del autor, ni la mayoritaria tradición colectiva que es oral, resulta entonces —siempre según Cicourel— que los resultados expresados cuantitativamente necesariamente verifican los acontecimientos que se estudian en vez de interpretarlos.» La inevitabilidad de '*la interpretación*', como momento fundamental en todo proceso de investigación sociológica, que pone en juego y compromete a la vez la *subjetividad* de los sujetos-investigados y la del sujeto-investigador, vuelve así a ser reconocida de nuevo, incluso por una fracción creciente de los sociólogos de formación básicamente norteamericana.

Por nuestra parte, somos muchos los investigadores de corrientes más o menos marginales (desde el punto de vista académico) de la sociología española —corrientes a veces calificadas de '*sociología crítica*'— que desde siempre señalamos las limitaciones de una *cuantificación absoluta, exclusivista e ingenua* de los fenómenos sociales, defendiendo la inevitabilidad epistemológica —y política— de la *interpretación* en el análisis sociológico. En este sentido, defendíamos ya, a principios de los años 1960 (desde plataformas como la reiteradamente clausurada por el Gobierno franquista Escuela Crítica de Ciencias Sociales de CEISA, en Madrid), la necesidad de una *perspectiva dialéctica* (o '*cualitativa*') en el análisis de las relaciones sociales como elemento esencial para la elaboración de una pretendida (y quizás también demasiado idealizada) '*sociología dialéctica*'. De mi enseñanza personal en aquella época —y en aquella Escuela— procede el adjunto *Esquema 3*, que me permito incluir aquí tanto como testimonio de la 'edad del bronce' de la investigación sociológica española, como, sobre todo, porque continúa siendo ilustrativo de la confrontación entre *cualitativismo* y *cuantitativismo*, concretada, por ejemplo, en la contraposición entre el *enfoque dialéctico* aplicado a una *discusión de grupo* y el *enfoque analítico* de una *encuesta estadística cerrada*. Confrontación que se funda, desde el punto de vista *dialéctico-cualitativo*, en la co-implicación del sujeto y del objeto que entraña toda *interpretación*, respecto al artificioso intento de una absoluta separación del sujeto y del objeto, que orienta la *perspectiva analítico-positiva* de las relaciones sociales. Mientras que en la *configuración metodológica del universo social*, la *perspectiva analítica* se concentra en la *verificación distributiva* de *objetos fragmentarios* (por ejemplo, atributos externos del *status social*: edad o nivel de ingresos y sus correlaciones, etcétera), en contraste con el *análisis multidimensional e interminable* de la *perspectiva cualitativa dialéctica* (construcción de representaciones totales de la realidad social: como 'clase burguesa' o 'clase proletaria'), pero sin duda siempre adoleciendo de una insuficiente *contrastación de los hechos*. Y en última instancia, ambas perspectivas responden a la doble y contradictoria exigencia de *relevancia* (a través de la *imaginación crítica*) y *precisión* (mediante la *contrastación empírica*) que fundamentan las bases de una auténtica «*sociología dialéctica*»... siempre inalcanzable.

2.3. Vinculado inevitablemente al ejercicio de la '*interpretación*', el *enfoque cualitativo* en el estudio de las interacciones sociales representa —en definitiva—

ESQUEMA 3.—PERSPECTIVAS METODOLOGICAS FUNDAMENTALES EN LA ELABORACION DE LA TEORIA Y LA INFORMACION SOCIOLOGICAS



un nivel último de la investigación sociológica, en el que ésta se convierte, sin duda, en más problemática, en menos precisa y 'objetiva' (... en fin, en menos 'científica', si así lo queremos); pero precisamente para obtener las conclusiones de mayor 'relevancia' posible (aun a costa de su 'fiabilidad' y 'precisión'), reclamadas por los fines de la investigación. Cuando esta investigación se trata, además, de una *investigación sociológica 'motivacional'*, la primacía de la *interpretación cualitativa* en la comprensión significativa última de la interacción social, entraña una cierta precedencia metodológica de las *técnicas cualitativas* —que contribuyen a la definición más estricta y profunda posible del sentido de los actos y opiniones observadas—, sobre las *técnicas cuantitativas*, limitadas a la recolección y 'posicionamiento' de tales actos y opiniones en cuanto *datos*. Ya que en la investigación motivacional de la orientación de la conducta de determinados grupos sociales con respecto a determinadas situaciones, los *datos* y *cálculos numéricos* (que nos proporcionan los '*censos*' y '*encuestas estadísticas*'), siempre necesarios y lo más precisos que posible sea, *cuando son pertinentes*, han de ser —finalmente— integrados en un *modelo interpretativo* global, cuyas *claves motivacionales significativas* han sido definidas por el *análisis cualitativo* de los *discursos* de los grupos de referencia. De tal modo, los *datos* y *variables métricas*, producidos y procesados mediante *técnicas cuantitativas estadísticas*, pueden ahora ser '*reinterpretados*' mediante su inscripción en el *análisis cualitativo* de los *discursos* abiertos (o totales) de los sujetos encuestados, producidos e interpretados mediante *técnicas cualitativas* de interacción social directa. Situación de mutua colaboración y complementariedad de los *enfoques cuantitativo y cualitativo* en la investigación sociológica motivacional, que viene a suceder y a superar al *exclusivismo cuantitativista* de otros tiempos.

Pero si hemos criticado el ingenuo 'triumfalismo' del '*imperialismo cuantitativista*' en la investigación sociológica —que confía en reducir todos los problemas del análisis adecuado de los fenómenos sociales a cuestiones resolubles por las simples *técnicas estadísticas* de registro y cálculo—, hemos de evitar también el caer en cualquier '*triumfalismo cualitativista*', igualmente ingenuo y falsificador de las posibilidades reales de la investigación sociológica ante las enormes dificultades —teóricas y prácticas— del estudio empírico de cualquier fenómeno social. Dificultades que se acrecientan —tanto para el *enfoque cualitativo*, como para el *cuantitativo*— en el paso desde la investigación sociológica aplicada al *marketing* (siempre acotada por un marco de elementos relativamente homogéneos y por un horizonte de decisiones concretas) a la investigación sociológica orientada a la comprensión de los grandes problemas sociales (los conflictos laborales, la ordenación del territorio, la igualdad educativa, etc.), y, en su caso, a la consecuente sugerencia de 'objetivos deseables' (... ¿para quién?), 'fórmulas factibles' (... ¿a costa de qué?) y 'estrategias a desarrollar' (... ¿contando con qué fuerzas sociales y políticas?). Resulta fácil comprender que cuando se penetra en el ámbito de la '*generalidad social*', la investigación sociológica —de todo tipo— se enfrenta inmediatamente con una realidad complejísima, viscosa y laberíntica, oculta bajo la desconcertante apariencia de un sinfín de velos y máscaras ideológicas, desgarrada por numerosos conflictos de intereses, y dividida en profundidad por el juego de fuerzas y contradicciones estructurales, inconscientes a veces para los propios actores sociales, pero que regulan la dialéctica de procesos de transformación que tienden a escapar, en su permanente dinamismo y múltiples 'diacronías', a la posición y al enfoque '*sincrónico*' de toda técnica de investigación mínimamente formalizada. Y ante un escenario de tales proporciones e intrincados

juegos dramáticos, las pretensiones de la investigación sociológica posible —sea 'cuantitativa' o 'cualitativa', o conjunta— no pueden ser más que de reconocimiento de sus propios y estrechos límites: toda investigación sociológica de carácter general no es —por ello— más que una forma de aproximación empírica —más o menos pertinente y controlada— a aspectos parciales de una totalidad social que la desborda por todas partes.

Una vez exorcizado el fantasma de las pretensiones triunfalistas de omnipotencia de cualesquiera técnicas de investigación sociológica, lo que nos importa ahora destacar —en el caso concreto de las 'técnicas cualitativas de investigación de los discursos'— es el hecho de que el paso o transferencia de las mismas desde la esfera del *marketing* —esto es, de las 'investigaciones de mercado'—, al espacio abierto y multidimensional de la *investigación sociológica general*, implica una reducción especialmente sensible de sus capacidades autónomas de prospección, tantas veces contrastadas en numerosos estudios de mercado. En efecto, la adecuación y eficacia metodológica de las *técnicas cualitativas* (de modo específico: la producción y análisis de una serie casi siempre bastante reducida de 'discusiones de grupo') aplicadas a la investigación de los problemas de mercado de un producto concreto, se ve favorecida por su sobredeterminada concreción —consciente e inconsciente— en cuanto 'objeto funcional y simbólico' en un contexto generalmente de no muchas dimensiones o variables específicas: la imagen de marca/producto, predominante en un cierto mercado, se acota en un 'hiperespacio simbólico', con frecuencia muy bien definido por un número finito de n dimensiones —que se articulan y condensan, a su vez, en núcleos simbólicos muy cristalizados en la conciencia colectiva de la clase social de referencia—. (De aquí el que en algunos casos privilegiados haya bastado, de hecho, con la producción y análisis de sólo dos 'discusiones de grupo' —una de clase media 'alta', otra de clase media 'baja'— para llegar a definir —por ejemplo— el sistema de imágenes de marca de coñac/brandy vigente en el mercado madrileño, y los vectores de su desarrollo simbólico, de forma plenamente coherente y explicativa de la evolución de las cifras de venta conocidas para todas las marcas, etc.) En estos casos, las 'técnicas cualitativas' suelen aventajar a las 'técnicas cuantitativas' no sólo en cuanto a la *significatividad* y *relevancia* de sus conclusiones —produciendo *interpretaciones simbólicas preconscientes e inconscientes* de hecho inaccesibles para el *enfoque cuantitativo*—, sino incluso desde el punto de vista de la 'cantidad de información' sobre las dimensiones 'funcionales' —utilidad en las prácticas de la vida cotidiana—, y desde luego 'simbólicas' —valores y emociones ligadas a su uso o consumo—, de una marca/producto muy definida. Semejante información ha podido ser además producida por el libre discurso de una sola 'discusión de grupo' (compuesta por ocho personas), en contraste con la premiosidad y pobreza de los 'indicios informativos' aportados por una 'encuesta estadística' realizada sobre la costosísima base de una muestra de 3.000 individuos.

Cuando se dan, pues, toda una serie de favorables condiciones de superespecificación y estable cristalización del 'objeto simbólico' o 'imagen' de una marca/producto, las 'técnicas cualitativas' —trabajando *en intensidad* sobre las escasas dimensiones y/o variables de tal objeto— tienden —en definitiva— a ser más eficaces metodológicamente que las *técnicas cuantitativas* —orientadas a la *medición extensiva* del grado de generalidad de cada dimensión o variable—. En tan 'supercualitativos' y definidísimos casos de estudios de productos peculiares y/o imágenes de marca, el *análisis intensivo* de los *discursos* de los consumidores por el 'investigador cualitativo', operando 'en profundidad', produce a la vez las

'interpretaciones' pertinentes para desvelar su riqueza simbólica, y —además— una serie de 'indicaciones informativas' suficientes para situar la posición de la marca/producto en el campo social del mercado, o al menos tan 'indicativas' como las que —con mucho mayor costo— podrían ser proporcionadas por una encuesta estadística ad hoc. Análisis intensivo que se despliega 'saturando' todas las limitadas significaciones sociales de la marca/producto en distintos y complementarios niveles: en el nivel 'funcional', definiendo sus atributos 'objetivos' —si bien con frecuencia 'mitificados'— predominantes en un determinado medio social (por ejemplo, para la clase media baja madrileña el brandy 'Carolus Napaloni' —supongamos— continúa representando la máxima solera, calidad, 'fuerza hecha', valor, etc.... atributos todos, al menos inciertos); en el nivel 'simbólico', captando las proyecciones arquetípicas encarnadas en el significado social de la marca (por ejemplo, el 'Carolus Napaloni' sigue siendo identificado —en el mismo medio social— como encarnación simbólica —en el campo de los brandies— del honor y la gloria de los propios ancestros hispánicos, a la vez que de la estructura 'patriarcal' de este tipo de consumo, de su condición de bebida alcohólica ritual y solemne, etc.); en el nivel 'ideológico', descubriendo la articulación y función de clase —confirmación de *status*—, étnica —afirmación nacionalista—, política, moral, etc., de estos mismos contenidos simbólicos (por ejemplo, entre otras muchas, el 'Carolus Napaloni' cumple con la función simbólica de defensa de la idealización mitificadora del ¡coñac-coñac! genuino como algo más 'auténticamente hispánico', etc.); a nivel *preconsciente* (e incluso inconsciente, en su caso), desvelando las proyecciones afectivas profundas, latentes y más o menos 'reprimidas' ligadas a cada marca/producto (por ejemplo, resulta fácil y no demasiado relevante interpretar al 'coñac-coñac' como encarnación simbólica de la 'potencia paterna', pero a veces la propia lógica del análisis conduce a interpretaciones tan imprevisibles y cargadas de significación antropológica como la que en alguna ocasión nos ha hecho interpretar la «*jellatio*», como el significado latente del abonado en el 'inconsciente colectivo' del campesinado...), etc. Por último, el campo simbólico y sociológico a explorar por tal análisis en intensidad se encuentra, además, restrictivamente delimitado por los pragmáticos 'objetivos de marketing' propuestos, que orientan y fundan todas sus interpretaciones: cada hecho social y cada articulación simbólica son así 'reinterpretados' en función de la mayor venta previsible de la marca 'Vendemucho', o de la defensa del perfil de calidad de la marca 'Sóloparapocos', etc. Todo lo cual explica la adecuación metodológica y relativa eficacia pragmática de las técnicas cualitativas (basadas en un número reducidísimo de 'discusiones de grupo' o 'entrevistas abiertas') en el terreno superdelimitado de las investigaciones de mercado.

Pero cuando con las mismas 'técnicas cualitativas' tratamos de investigar problemas tan fabulosamente complejos como las imágenes y actitudes ante 'el trabajo', 'la salud', 'la educación', 'el aborto', etc., en un medio social dado, la 'capacidad informativa' de tales técnicas se ve de inmediato desbordada, por todas partes, por la 'abundancia del significado' y la proliferación de los significantes de 'objetos simbólicos' tan genéricos y multidimensionales. Pues las imágenes, actitudes y comportamientos ligados a fenómenos sociales como 'el trabajo', el 'control de la natalidad', las 'creencias religiosas', etc., constituyen 'objetos simbólicos' y prácticas personales profundas, articulados por un número casi infinito de dimensiones simbólicas y variables sociales, que deben ser analizadas sistemática y laboriosamente, mediante la producción de una gran diversidad de 'informaciones puntuales' de todo tipo, si se quiere profundizar en su significación antropológica

fundamental, teniendo en cuenta su génesis histórica y sus distintas y contradictorias concepciones ideológicas en una misma sociedad, así como todos sus cambiantes condicionamientos estructurales. En la esfera 'hipercualitativa' de la investigación sociológica general clásica de los fenómenos sociales fundamentales, el enfoque y contribuciones de *técnicas cualitativas* tan difusas como la del '*grupo de discusión*' han de ser necesariamente integradas —como una aproximación metodológica más— en el contexto de un proceso informativo muy amplio, complejo y diferenciado, juntamente con los aportes convergentes de una gran diversidad de perspectivas y técnicas (censos, documentaciones, análisis históricos, encuestas estadísticas, observación participante, estudios de casos, etc.). Ante el imprecionante 'mosaico' de cualquier proceso social básico ('el trabajo' o 'el poder' etc.), que el antropólogo Marcel Mauss propone estudiar como un *fenómeno social total* —esto es, como un fenómeno «a la vez vivido y construido», en su dimensión sincrónica o sociológica, e histórica o diacrónica (Levi Strauss, 1971, página 24)—, el '*grupo de discusión*' —por ejemplo— representa —en principio— tan sólo una minúscula ventana, que parece abrirse, de forma aleatoria, a cualquier parte de tan vasto e indefinido horizonte. Y en este caso, la *aproximación empírica cualitativa* ha de basarse en un número relativamente amplio de '*grupos de discusión*', orientados a captar los distintos *discursos diferenciales* de todas las *clases y grupos sociales específicos* para el análisis de la cuestión investigada.

2.4. En realidad, ante la complejidad de la realidad social, cuando se quiere abarcar en todos sus niveles, toda *investigación sociológica empírica (cuantitativa o cualitativa)* no hace más que reproducir —a un nivel máximo— las carencias de todo *empirismo* denunciadas por numerosos epistemólogos de la Ciencia. «La ciencia contemporánea no es experiencia —se atreve a afirmar, por ejemplo, el físico y epistemólogo Mario Bunge (1972, pág. 5)—, sino teoría más experiencia planeada, conducida y entendida a la luz de teorías.» Por lo que *sin teoría* —... tan molesta siempre para la ansiedad ejecutiva de los tecnócratas— no hay conocimiento, ni contexto alguno en el que puedan integrarse los 'indicios' o 'referentes empíricos' de la realidad. «Las teorías son redes que lanzamos para apresar aquello que llamamos el mundo —observa, por su parte, el conocido epistemólogo Karl Popper (1977, pág. 57)—: para racionalizarlo, explicarlo y dominarlo.» Y en un planteamiento metodológico estrictamente riguroso, lo más que puede conseguirse en la relación teoría/realidad —según el propio Popper— es la demostración —mediante lo que él denomina el «método deductivo de contrastar»— de la inadecuación —o *falsación*— de una teoría, pero no en cambio su '*verificación empírica*' (imposible paradigma metodológico que pretende convertirse en criterio de legitimación precisamente de la 'razón burocrática' —para 'controlar', 'precisar', 'predecir'...—, y de sus sacerdotes en el campo de la investigación sociológica). Porque «las teorías —argumenta Popper (1977, pág. 39)— no son nunca verificables empíricamente», dado que el procedimiento de la inducción —esto es, el paso de «enunciados singulares» (descripciones de observaciones y experimentos) a «enunciados universales» (hipótesis o teorías)— ni siquiera en su forma probabilística —piensa Popper—, puede considerarse como lógicamente definitivo. Particularizados en el movedido campo —reino del lenguaje y del pluralismo subjetivo— de la investigación sociológica, semejantes planteamientos epistemológicos han de ser una permanente advertencia sobre la relatividad de cualquier '*determinación empírica*' de los fenómenos sociales, bien sea mediante '*técnicas cuantitativas*', o mediante '*técnicas cualitativas*'. Lo que no obsta, sino por el

contrario exige del investigador social la más fanática dedicación al más atento y ponderado *análisis empírico* posible de la realidad social a todos sus niveles; análisis fundado sobre un cálculo racional y relativista —en contrastación permanente de los datos y la teoría—, que se adapte además a la muy diversa naturaleza y peculiaridades de los diferentes niveles —físicos y simbólicos, racionales y afectivos, conscientes e inconscientes, etc.— de los fenómenos sociales, que reclaman por ello mismo formas de aproximación metodológica también diferenciadas. Desde la perspectiva de la máxima generalidad epistemológica, el *enfoque cuantitativo* y el *enfoque cualitativo* no se contraponen así mediante la falsa dicotomía de 'lo verificable' y 'lo no verificable', sino en cuanto dos distintas formas de *interpenetración de la teoría con la realidad*, con 'objetos formales' distintos —los 'hechos' o los 'símbolos'—, pero igualmente relativas —y más bien indigentes— en sus capacidades productivas de un conocimiento pretendidamente 'objetivo', 'bien definido', 'cristalizado' y 'absolutamente incuestionable' sobre la sociedad y sus cambios y conflictos.

3. La entrevista abierta semidirectiva y la discusión de grupo: estructura, organización y funciones

3.1. La primera y fundamental característica de las llamadas técnicas cualitativas al servicio de la interpretación motivacional profunda consiste en ser técnicas de observación directa —por ejemplo, *entrevistas abiertas* y *discusiones de grupo*— que entrañan un contacto vivo, esto es una cierta interacción personal de investigador con los sujetos y/o grupos investigados, en condiciones controladas. Igualmente, hemos de insistir en subrayar que el calificativo de *cualitativas* se les suele aplicar a estas técnicas (como una connotación en parte negativa: la de no ser «cuantitativas»), porque desentendiéndose —en principio— de cualquier forma de «medida» de opiniones y/o actitudes y no aspirando a «producir» ningún «dato métrico» referente a la conducta de los sujetos y/o grupos observados, las *técnicas cualitativas* se orientan (de modo intencionalmente específico) a captar (de forma concreta y comprensiva), analizar e interpretar los aspectos significativos diferenciales de la conducta y de las representaciones de los sujetos y/o grupos investigados. Por ello mismo, este *enfoque cualitativo*, inherente a la *investigación motivacional profunda*, exige precisamente la libre manifestación por los sujetos encuestados de sus intereses informativos (recuerdo espontáneo), creencias (expectativas y orientaciones de valor sobre las informaciones recibidas) y deseos (motivaciones internas conscientes e inconscientes).

Los *discursos espontáneos (supuestamente) libres* así producidos por los sujetos y/o grupos encuestados sometidos a una adecuada reducción «semiológica», y convenientemente analizados, hacen emerger, más allá de su apariencia informal, relaciones de sentido complejas, difusas o más o menos encubiertas; relaciones que sólo se configuran en su propio contexto significativo global y concreto. Por desgracia, son precisamente —en cambio— estas *relaciones de sentido* de las vivencias e imágenes sociales de los individuos encuestados las que tienden a escapar a las limitadísimas posibilidades de «exploración significativa», que aportan las respuestas estereotipadas (y sobre todo significativamente «descontextualizadas») a las preguntas codificadas (y también más o menos estereotipadas), cuya rígida (y unidimensional) formalización viene a ser restrictivamente determinada por el propio enfoque formalizado y cuantitativo, inherente a las *encuestas esta-*

dísticas de opinión. Por el contrario, la *aproximación cualitativa, informal o abierta*, que entraña la (relativamente) libre autodeterminación expresiva de los sujetos y/o grupos encuestados mediante una *entrevista abierta* o una *discusión de grupo*, pretende crear una situación de auténtica comunicación: es decir, una comunicación multidimensional, dialéctica, y (eventualmente) contradictoria, entre el investigador y el individuo o grupo investigado; situación en la que los «receptores» son a su vez «emisores» de mensajes y pueden reformular —auténtica libertad para la significación— las preguntas planteadas por el investigador, poniéndolas a su vez en cuestión. Surge y se estructura así un proceso informativo recíproco, conformado casi como un diálogo personal y proyectivo, en el que cada frase del discurso adquiere su sentido en su propio contexto concreto, y permite revelar el sistema ideológico subyacente en el sistema de la lengua del hablante.

3.2. *La entrevista individual abierta semidirectiva*

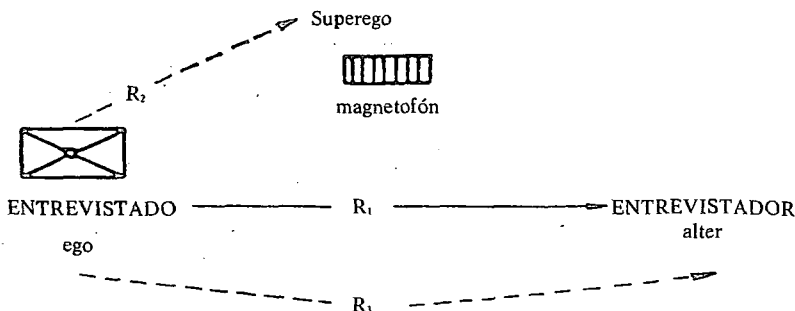
3.2.1. Resulta evidente que la máxima interacción personal posible entre el «sujeto investigado» y el «sujeto investigador» se produce —en principio— en la situación de la llamada *entrevista abierta* (esto es, una entrevista «abierta» o «libre» en la que se pretende profundizar en las motivaciones personalizadas de un caso individual frente a cualquier problema social). Fundamentalmente, tal tipo de entrevista consiste en un diálogo *face to face*, directo y espontáneo, de una cierta concentración e intensidad entre el entrevistado y un sociólogo más o menos experimentado, que oriente el discurso lógico y afectivo de la entrevista de forma más o menos «directiva» (según la finalidad perseguida en cada caso). En función también de las circunstancias de referencia en cada investigación, este diálogo puede ser más o menos apoyado por un cierto «aparato técnico», consistente en el «sometimiento» del sujeto investigado a «test proyectivos», «escalas de actitudes» e incluso determinadas situaciones «psicodramáticas». Pero aun dejando al margen el problema moral que en ocasiones pueden entrañar «intervenciones» psicosociológicas de este tipo, y otras consideraciones prácticas, la función metodológica básica de esta forma libre de entrevista en el contexto de una investigación sociológica —un análisis ideológico, un estudio de mercado, un estudio institucional, etc.— se limita —en nuestra opinión— a la *reproducción del discurso motivacional (consciente e inconsciente) de una personalidad típica* en una situación social bien determinada y/o ante «objetos sociales» sólo (en cambio) relativamente definidos. En la elaboración por el entrevistado de su propio discurso, el sociólogo aspira a «leer», en todas sus dimensiones y niveles, únicamente las coordenadas motivacionales (psíquicas, culturales, clasistas...), más que sus características individuales, de la acción social situada de la «clase de sujeto» en presencia (o lo que es lo mismo, del *sujeto típico de la clase de referencia*). De tal modo, el análisis de la significación motivacional de una actitud determinada —por ejemplo, citando casos de nuestra propia experiencia: la actitud del pequeño campesinado de regadío ante el abonado, la actitud de la clase media urbana ante las vacaciones, etc.— se orienta y agota en la interpretación significativa de tal actitud en el contexto estructural del discurso ideológico-motivacional básico que configura la praxis social de su propia clase de pertenencia: esto es, la reducción semiológica e interpretación motivacional en tal discurso de las vivencias características ante la cuestión investigada inherentes al *status* social del sujeto, las creencias y mitos en torno al objeto investigado (su imagen), articulados por la

ideología de la clase, y, en fin, las mismas fijaciones afectivas peculiares, más o menos profundas, forjadas por el proceso de socialización de la personalidad básica de esta clase, y que se proyectan en su acción social, «sobredeterminando» (en el sentido freudiano del término) su sentido para el sujeto (por ejemplo, la imagen del abonado entre el pequeño campesinado tradicionalmente sólo adquiere su sentido cuando se le sitúa en el contexto de las profundas relaciones afectivas, y fantasías «incestuosas» inconscientes, que vinculan —más allá de la «racionalidad» de la producción— al pequeño campesino con la tierra; o, en el otro caso, la concepción del ocio vacacional entre la clase media baja urbana se asocia a una actitud de característica e intensa «regresión oral», etc.). En conclusión, lo que aspiramos «a ver» y podemos estudiar en el discurso del entrevistado no son —en este género de investigación— sus problemas personales, sino *la forma social —cultural y de clase— de la estructura de su personalidad* y los condicionamientos ideológicos de su proceso motivacional típico. He aquí por qué para algunos —digámoslo ya— la *discusión de grupo* constituye una técnica mucho más adecuada y «productiva» para los fines característicos de cualquier investigación sociológica que la *entrevista individual*.

3.2.2. No obstante, y supuesta esta mayor adecuación de la técnica de la discusión de grupo, la situación de intensa interacción personal, característica de la *entrevista individual*, puede cumplir en algunas ocasiones —de forma complementaria— con ciertas funciones específicas en la investigación sociológica. En primer lugar, desde un punto de vista semántico, puede contribuir al *análisis de significados*, precisando mediante la colaboración del propio sujeto entrevistado las cadenas asociativas de significantes, inherentes a la llamada polisemia del signo (cadena asociativa, por ejemplo, de «conservador» o de «relax», etc.). Igualmente, la entrevista individual abierta tiende a resultar muy productiva para el *estudio de casos típicos o extremos*, en los que la actitud de ciertos individuos encarna, en toda su riqueza, el modelo ideal de una determinada actitud, mucho menos cristalizada en la «media» del colectivo de referencia (por ejemplo, análisis en profundidad de la personalidad y actitudes de los militantes más identificados con una ideología «radical» o «extrema», o de los *fans*, más o menos prejuiciales, de una determinada marca, etc.). Pero, sobre todo, la mayor pertinencia de la técnica de la *entrevista individual en profundidad* para el análisis sociológico, corresponde a la potencialidad de su situación proyectiva para revelar las relaciones —características también de cada medio social de la identidad personal (en términos freudianos: relación dialéctica entre el narcisismo del «yo ideal» y las exigencias del «ideal del yo») — con los modelos culturales de personalidad, reflejados en el *otro generalizado* o superego social institucionalizado en la clase social de referencia. En este sentido, la *entrevista individual en profundidad* puede dar lugar —tal y como diseñamos en el adjunto esquema— a una relación de complicidad (fraternal) entre el entrevistado y el entrevistador, que refleja precisamente el trabajo represivo del superego social dominante (las pautas culturales vigentes, impuestas por la propia clase), conformadoras del *ideal del yo* del entrevistado.

3.2.3. Sin embargo, en la mayoría de los casos, la técnica de investigación motivacional más adecuada para cualquier estudio sociológico suele ser —en nuestra opinión— la técnica de la *discusión de grupo*, porque —como veremos— en su marco se dan las condiciones óptimas para que emerja, con todas sus contradicciones, ambigüedades y matices, la estructura motivacional básica de la *subjetividad colectiva* de la condición o situación de clase representada.

ESQUEMA 4.—SITUACION PROYECTIVA DE LA ENTREVISTA EN PROFUNDIDAD SOBRE CUESTIONES DE OPINION PUBLICA



- R₁ Relación manifiesta convencional: mediada por las diferencias de clase entrevistado/entrevistador.
- R₂ Relación proyectiva del entrevistado con el «superego» social (el otro generalizado): proyecciones de autoidentificación con los valores del grupo social de referencia (expresión del «ideal del yo» sometida a las exigencias del «superego», estructurantes de la propia personalidad, pero temidas).
- R₃ Relación proyectiva del entrevistado con «alter» (mediada por la diferencia de clase): proyecciones de liberación fraternal de las exigencias y del «superego» (relación de complicidad).

3.3. Las discusiones de grupo

3.3.1. Situados en la divisoria entre lo psicológico y lo sociológico, los *grupos pequeños* o *grupos restringidos* configuran aquella privilegiada perspectiva que permite —argumenta el psicólogo Jean Maisonneuve— «captar e interpretar —al mismo tiempo— ... una vivencia colectiva... y observar experimentalmente los comportamientos y las producciones» (1971, pág. 129). Trasladada al terreno de la investigación motivacional con finalidades sociológicas (configuración de imágenes de la realidad social o comprensión significativa de actitudes sociológicas: ante el cambio social, las ideologías o el consumo), la práctica de la llamada *dinámica de grupo* (en su sentido más laxo e impreciso) se reconvierte —y reestructura— en la técnica cualitativa de aproximación empírica a la realidad social denominada «reunión de grupo», «discusión de grupo», o también «entrevista de grupo». Se trata en este caso, aclaremos ante todo, de una práctica *sui generis*, con peculiaridades propias, que en realidad poco o nada tiene que ver con lo que se entiende —de forma rigurosa— como *dinámica de grupo* en el ámbito de la psicología de los pequeños grupos. Pues el objetivo de la *Reunión de grupo*, configurado por y para la investigación sociológica motivacional, es fundamentalmente pragmático, macrosociológico y extragrupo: el grupo tan sólo interesa como medio de expresión de las ideologías sociales, como unidad pertinente de «producción de discursos ideológicos». Por lo que en contraposición a las prácticas y objetivos funcionales o terapéuticos de los enfoques psicológicos del «grupo restringido», en estas «reuniones de grupo» de carácter y naturaleza eminentemente sociológicas, el grupo tan sólo es un marco para captar las representaciones ideológicas, valores, formaciones imaginarias y afectivas, etc., dominantes en un determinado estrato, clase o sociedad global. Así definida, la *discusión de grupo* no debe, pues, ser confundida con ningún tipo de procedimiento o dinámica psico-

lógica particularmente «sofisticados», o llenos de complejidades técnicas u ocultos resortes, sólo «manipulables» por algunos iniciados «supertecnócratas» del grupo, poseedores exclusivos de la serie de «claves» de la dinámica de grupo: lejos de ello, la *discusión de grupo* aplicada a la investigación sociológica motivacional, constituye tan sólo una simple toma de contacto con la realidad, o mejor con una reproducción teatral de la misma, en condiciones más o menos controladas, en las que los miembros del grupo colaboran en la definición y en el texto de sus propios papeles, semidirectivamente orientados por un director más o menos experimentado, al que le bastan un mínimo de experiencia en la conducción de grupos de este género, sentido común y una cierta capacidad de empatía, y sobre todo —lo que a veces tiende a olvidarse— ... la mayor cultura sociológica e histórica general posible y el conocimiento más adecuado del propio problema discutido.

3.3.2. Orientados, pues, por este director, moderador o *líder formal* relativamente experimentado (cuya actividad empática, no obstante lo antes dicho, resulta —claro está— conveniente que haya sido ejercitada mediante algún tipo de práctica de autoanálisis), un *pequeño grupo* —en torno a las cinco a diez personas— cuyos componentes han sido seleccionados de forma anónima, de acuerdo con las características sociales determinadas, pero (deseablemente) sin ninguna relación entre sí, va elaborando con la mayor libertad posible su propio discurso sobre el tópico a investigar. Mediante esta técnica libre o abierta se aspira a reproducir el discurso ideológico cotidiano o discurso básico sobre la realidad social de la clase social o estrato, representado por los sujetos reunidos, para mejor interpretar en su contexto la valoración motivacional afectiva (y lo más profunda posible) del tópico investigado por el grupo, sus creencias y expectativas sobre el mismo, así como —en último término— la proyección de sus deseos, resistencias y temores conscientes e inconscientes, etc. La microsituación así representada y la dinámica consciente e inconsciente del grupo hacen emerger las emociones básicas, los conflictos y las normas sociales dominantes vinculadas al tópico investigado en la macrosituación de la clase y/o estrato social al que los miembros del grupo pertenecen. «El desarrollo del grupo —observa aproximadamente, por su parte, Jesús Ibáñez— se analiza en dos momentos: en un primer momento (momento psicoanalítico), el director del grupo realiza un análisis desde la microsituación del grupo —interpretando cada fenómeno como emergente situacional—; luego, en un segundo momento (momento sociológico), un equipo de sociólogos realiza un análisis desde la macrosituación —interpretando la situación en el grupo como reflejo de la situación fuera del grupo» (Jesús Ibáñez, 1969, pág. 101). El discurso completo del grupo es grabado magnetofónicamente, transcrito mecanográficamente y analizado e interpretado —de modo intensivo— por el equipo investigador. La información así recogida es sometida primero a un análisis semiológico, orientado a saturar sus posibilidades significativas, e interpretada —en última instancia— teórica y sociológicamente.

3.4. *El diseño técnico: cómo se forma un grupo y cómo se dirige*¹

El diseño de una discusión de grupo es un *desideratum*, nunca aparecen en la realidad las condiciones óptimas. Esto no es un obstáculo siempre, ya que el azar

¹ Resumen realizado por Seoane, Pereda y Prada (1981) a partir de Ibáñez (1979: páginas 262-351), en un texto inédito, cuyo permiso de publicación agradecemos.

puede producir siempre emergentes importantes que no se habían tenido en cuenta.

3.4.1. *El contacto*

El contacto con las personas que han de formar el grupo, tiene que realizarlo siempre alguien diferente a quien lo dirige (moderador). Cuando sea posible, esa persona ha de ser un profesional en ese cometido, ya que es una tarea ardua y compleja, y necesita de una cierta especialización. Hay que tener sumo cuidado en que el contactador no «contamine» el grupo, en el sentido —por ejemplo— de introducir un sesgo personal en las personas que lo forman.

El contacto ha de ser, en cierta medida, aséptico; aunque esto puede variar según los objetivos de la investigación. El individuo seleccionado ha de saber lo menos posible de la investigación y sus objetivos, con el fin de que no prefabricue opiniones o posturas.

Es usual que a la reunión comparezcan menos individuos que los que en principio se esperaban (*el ideal de una reunión es de ocho a diez personas*). Para evitar esto, una primera operación consiste en localizar mayor número de personas que las necesarias. Otra forma de evitar la incomparencia es conseguir que los vínculos que unan al contactador con el contactado tengan una cierta fuerza.

3.4.2. *El local*

El local ha de reunir un cierto número de condiciones:

- Condiciones de tipo técnico: un sitio agradable y sin ruido; una mesa pequeña y baja; y una disposición de los asientos que no determine ninguna preeminencia en las condiciones del diálogo.
- Condiciones de tipo «simbólico», que siempre se refieran al grupo que hemos escogido como muestra. Primeramente, el local ha de estar siempre separado del contexto real de la vida de los participantes (por ejemplo, si la reunión se realiza con obreros de una empresa, nunca se escogerá un local de dicha empresa). Segundo, el aspecto del lugar no ha de ofrecer contradicción con los valores simbólicos del grupo (por ejemplo, nunca se podrá escoger un hotel de lujo para unos obreros), ya que de lo contrario coartaría la expresión de éste.

3.4.3. *El inicio de la reunión*

El moderador no debe hablar previamente a la reunión con los participantes. Una persona ajena puede estar con éstos, esperando a que lleguen todos, en una habitación diferente a dónde se ha de realizar la reunión.

En el centro de la mesa se colocará el magnetofón, que grabará toda la reunión (una vez empezada la reunión el moderador explicará su presencia y su necesidad).

Una vez introducidos los participantes en el local de la reunión, se les colocará de forma estratégica (por ejemplo, si hay mujeres no se las colocará todas juntas —válido para todas las categorías susceptibles de formar subgrupos—). El moderador no ocupará ningún puesto preeminente.

Se enciende el magnetofón y el moderador comenzará por agradecer la presencia de las personas asistentes. Seguidamente —siempre de forma breve—, ex-

plicará los objetivos de la investigación, y el objetivo particular, introduciendo el «tema». El tema ha sido escogido previamente según las necesidades del estudio, puede ser particular o general, pero siempre «objetivable», en el sentido de no llevar presente juicios de valor acerca de lo que se trate.

Posteriormente, el moderador explicará la dinámica de la reunión: hablará de la presencia del magnetofón; advertirá que ellos tienen que estructurar el tema en función de sus valoraciones; que su papel de moderador es simplemente el de dirigir técnicamente la reunión.

Todo el proceso de la presentación ha de estar controlado en los siguientes sentidos:

- a) El moderador no puede introducir juicios de valor sobre el tema;
- b) ha de adaptar su lenguaje a las características del grupo;
- c) tiene que mantener su autoridad moral (la función del padre, en el sentido psicoanalítico de la transferencia).

3.4.4. El desarrollo de la reunión

Estas tres pautas es necesario mantenerlas para el desarrollo posterior de la reunión. El moderador ha de intervenir lo menos posible, pero es necesario hacerlo en determinados casos:

- Cuando el grupo se calle o se encrespe. Ni la paz ni la guerra absolutas permiten la producción de un discurso aceptable. Para evitar el silencio no debe introducir el moderador su opinión como elemento polémico: se limitará simplemente a relanzar opiniones ya expresadas por algún miembro (o a interpretarlas). A los individuos aislados que permanezcan callados durante la reunión hay que motivarlos de alguna manera para que se expresen. De todas formas, para estos casos y los siguientes no existen fórmulas preestablecidas (sólo prohibiciones): todo depende de las capacidades y la experiencia del moderador.
- Cuando el grupo derive hacia otro tema. En principio hay que dejar que el grupo navegue a su aire. La productividad necesaria obliga a que los márgenes se estrechen. La fórmula más usual para que el grupo vuelva al «buen camino» es que el moderador interrumpa e intente volver a la discusión del tema por el punto en que se había dejado.
- Cuando un líder espontáneo monopolice la discusión, el moderador se las ingeniará para que intervenga menos.

El tiempo de duración de la reunión puede oscilar entre una hora y hora y media, aunque no existe ningún impedimento técnico para que se excedan dichos márgenes.

Bibliografía

ANZIEU, Didier, y MARTIN, Jacques-Yves

1971: *La dinámica de los grupos pequeños*, Edit. Kapelusz, Buenos Aires.

AGUILA, Rafael del, y MONTERO, Ricardo

1984: *El discurso político de la transición española*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid

- BARTHES, Roland
1970: *Elementos de semiología*, Edit. Alberto Corazón, Madrid.
- BELTRÁN, Miguel
1979: *Ciencia y Sociología*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
1985: «Cinco vías de acceso a la realidad social», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 29; enero-marzo 1985, CIS, Madrid.
- BERELSON, Bernard
1952: *Content analysis in communication research*, The Free Press, Glencoe.
- BRABANT, Georges Ph.
1976: *Claves para el psicoanálisis*, Los Libros de la Frontera, Barcelona.
- BUNGE, Mario
1972: *Teoría y realidad*, Edit. Ariel, Barcelona.
- CASTILLA DEL PINO, Carlos
1974: *Introducción a la hermenéutica del lenguaje*, Ediciones Península, Barcelona.
- DURKHEIM, Emile
1963: *Les regles de la méthode sociologique*, Presses Universitaires de France, París.
- GENTIL DA SILVA, José
1967: *Desarrollo económico, subsistencia y decadencia en España*, Edit. Ciencia Nueva, Madrid.
- GONZÁLEZ, Juan Jesús; LUCAS, Angel de, y ORTI, Alfonso
1985: *Sociedad rural y juventud campesina (Estudio sociológico sobre la juventud rural, 1984)*, Instituto de Estudios Agrarios, Madrid.
- IBÁÑEZ, Jesús
1969: «Investigación profunda y motivación», en *Marketing para publicitarios*, Instituto Nacional de Publicidad, Madrid.
1979: *Más allá de la Sociología. El grupo de discusión: técnica y crítica*, Siglo XXI de España Edits., Madrid.
1985: *Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social*, Siglo XXI de España Edits., Madrid.
- KIENTZ, Albert
1976: *Para analizar los «mass media». El análisis de contenido*, Fernando Torres Edit., Valencia.
- LÉVI-STRAUSS, Claude
1971: «Introducción a la obra de Marcel Mauss», en *Mauss, «Sociología y Antropología»*, Editorial Tecnos, Madrid.
- LUCAS, Angel de, y ORTI, Alfonso
1983: *Representaciones colectivas sobre la mujer y la familia (Un análisis de las actitudes sociales ante el aborto mediante discusiones de grupo)*, ejemplar policopiado en Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- MAISONNEUVE, Jean
1971: *La dinámica de los grupos*, Edit. Proteo, Buenos Aires.
- MARSAL, Juan F.
1977: *La crisis de la Sociología norteamericana*, Ediciones Península, Barcelona.
- MILLS, Claude Wright
1961: *La imaginación sociológica*, Fondo de Cultura Económica, México.
- MOUNIN, Georges
1979: *Diccionario de Lingüística*, dirigido por G. M., Editorial Labor, Barcelona.
- MUCHIELLI, Roger
1974: *L'analyse de contenu des documents et des communications*, Librairies Techniques, París.
- ORTI, Alfonso
1976: «De la sociología a la historiografía del franquismo», en revista *Triunfo*, núm. 735, 26/XII, Madrid.

- 1979: «Motivaciones turísticas europeas e imagen turística de España 1977: un enfoque cualitativo mediante discusiones de grupo», en revista *Estudios Turísticos*, números 63-64, vol. II, julio-diciembre 1979, Madrid.
- 1982: *De la Guerra Civil a la transición democrática: Resurgimiento y reinstitucionalización de la Sociología en España* (folleto editado por la Asociación Aragonesa de Sociología, Zaragoza).
- 1984: «Crisis del modelo neocapitalista y reproducción del proletariado rural (Represión, resurrección y agonía final de la conciencia jornalera, un análisis mediante discusiones de grupo)», en obra colectiva editada por Eduardo Sevilla, *Sobre agricultores y campesinos. Estudios de Sociología rural de España*, Servicio de Publicaciones Agrarias, Madrid.
- PIZARRO, Narciso
1979: *Metodología sociológica y teoría lingüística*, Alberto Corazón Edits., Madrid.
- POPPER, Karl R.
1977: *La lógica de la investigación científica*, Edit. Tecnos, Madrid.
- RICOEUR, Paul
1975: *Hermenéutica y estructuralismo*, Ediciones Megápolis, Buenos Aires.
- SEOANE, Luis; PEREDA, Carlos, y PRADA, Miguel Angel
1981: *Aproximación al análisis de la problemática de los jóvenes inmigrantes en Holanda, desde la metodología del grupo de discusión*, Madrid, inédito.
- SCHUMPETER, Joseph A.
1982: *Historia del análisis económico*, Edit. Ariel, Barcelona.